ALMANAQUE

Sud-americano

ALMANAQUE

SUD-AMERICANO



DIRIGIDO

POR

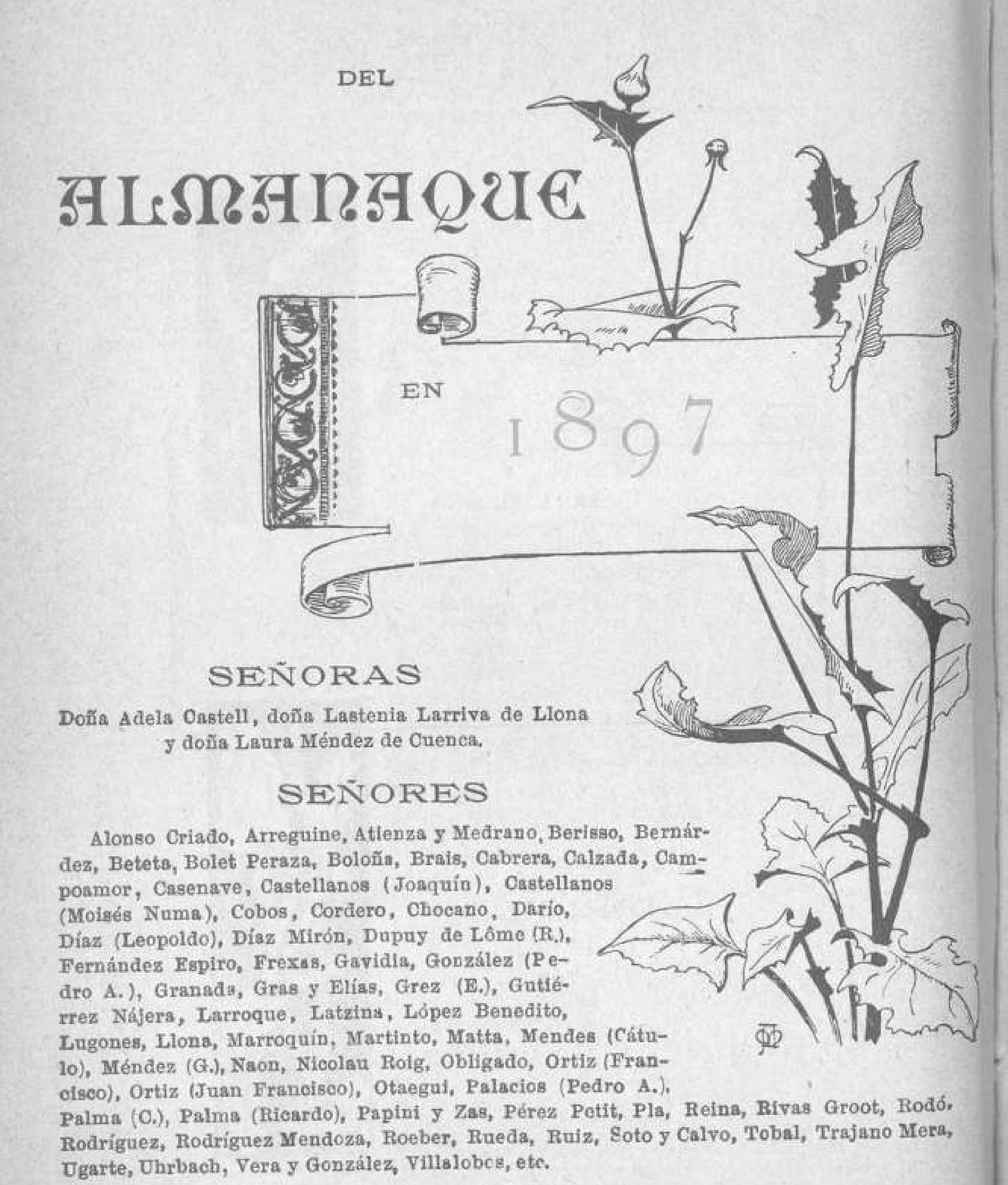
Casimiro Prieto y Valdés



BUENOS AIRES
El Siglo ilustrado
170, CERRITO, 174

MONTEVIDEO
Andrés Rius
155, SORIANO, 157

COLABORADORES DEL ALMANAQUE EN 1897



SEÑORAS

Doña Adela Castell, doña Lastenia Larriva de Llona y doña Laura Méndez de Cuenca.

SEÑORES

Alonso Criado, Arreguine, Atienza y Medrano, Berisso, Bernárdez, Beteta, Bolet Peraza, Boloña, Brais, Cabrera, Calzada, Campoamor, Casenave, Castellanos (Joaquín), Castellanos (Moisés Numa), Cobos, Cordero, Chocano, Darío, Díaz (Leopoldo), Díaz Mirón, Dupuy de Lôme (R.), Fernández Espiro, Frexas, Gavidia, González (Pedro A.), Granada, Gras y Elías, Grez (E.), Gutiérrez Nájera, Larroque, Latzina, López Benedito, Lugones, Llona, Marroquín, Martinto, Matta, Mendes (Cátulo), Méndez (G.), Naon, Nicolau Roig, Obligado, Ortiz (Francisco), Ortiz (Juan Francisco), Otaegui, Palacios (Pedro A.), Palma (C.), Palma (Ricardo), Papini y Zas, Pérez Petit, Pla, Reina, Rivas Groot, Rodó, Rodríguez, Rodríguez Mendoza, Roeber, Rueda, Ruiz, Soto y Calvo, Tobal, Trajano Mera, Ugarte, Uhrbach, Vera y González, Villalobos, etc.

ARTISTAS

Cabrinety, Caraffa, Cilla, Eriz, Fradera, Mestres (Apeles), Nicolau Cotanda, Pellicer (J. Luis), Picolo, Prieto y Valdés (Federico), Ross (P.), y Vázquez.

ÍNDICE LITERARIO

ÍNDICE ARTÍSTICO

ENERO



1 V. ✠ LA CIRCUNCISIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.
2 S. S. Isidro, obispo y mr.
3 D. S. Florencio y santa Genoveva, virgen.
4 L. Stos. Gregorio y Tito, obispos.
5 M. Stos. Telesforo, papa y mr., y Eduardo, rey.
6 M. ✠ LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES.
7 J. S. Julián, mártir. — ÁBRENSE LAS VELACIONES.
8 V. Stos. Luciano, Teófilo y Máximo, mrs.
9 S. S. Fortunato, y sta. Basilisa, mrs.
10 D. Stos. Nicanor, mr. y Guillermo, arzobispo.
11 L. Stos. Higinio, papa, y Salvio, mrs.
12 M. S. Benedicto, obispo.
13 M. Stos. Gumersindo, presbítero y Leoncio, obispo.
14 J. S. Hilario, obispo.
15 V. Stos. Pablo, primer ermitaño, y Mauro.
16 S. Stos. Marcelo, papa y mártir, y Fulgencio, obispo.
17 D. EL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS. — Stos. Antonio Abad y Sulpicio.
18 L. La Cátedra de san Pedro en Roma y sta. Liberata, virgen.
19 M. S. Canuto y sta. Marta, mrs.
20 M. Stos. Sebastián y Fabián, mrs.
21 J. Stos. Fructuoso y Eulogio, mrs.
22 V. Stos. Vicente y Anastasio, mrs.
23 S. Stos. Ildefonso, arzobispo de Toledo, Raimundo de Peñafort y sta. Emerenciana, virgen y mártir.
24 D. Nuestra Señora de Betlehem. — Ntra. Sra. de la Paz y san Timoteo, obispo.
25 L. La Conversión de san Pablo, apostol, stos. Máximo y Proyecto, ob. y mr. y sta. Elvira, vgn. y mr.
26 M. S. Policarpo, ob. y mr., s. Alberico, abad y sta. Paula, virgen.
27 M. S. Juan Crisóstomo, obispo y doctor.
28 J. S. Julián, obispo y confesor.
29 V. Dedicación de esta Sta. Catedral. - Stos. Valero y Francisco de Sales.
30 S. S. Hipólito, mr., y sta. Martina, virgen.
31 D. S. Pedro Nolasco. — *Indulgencia de 40 horas en la Merced.*



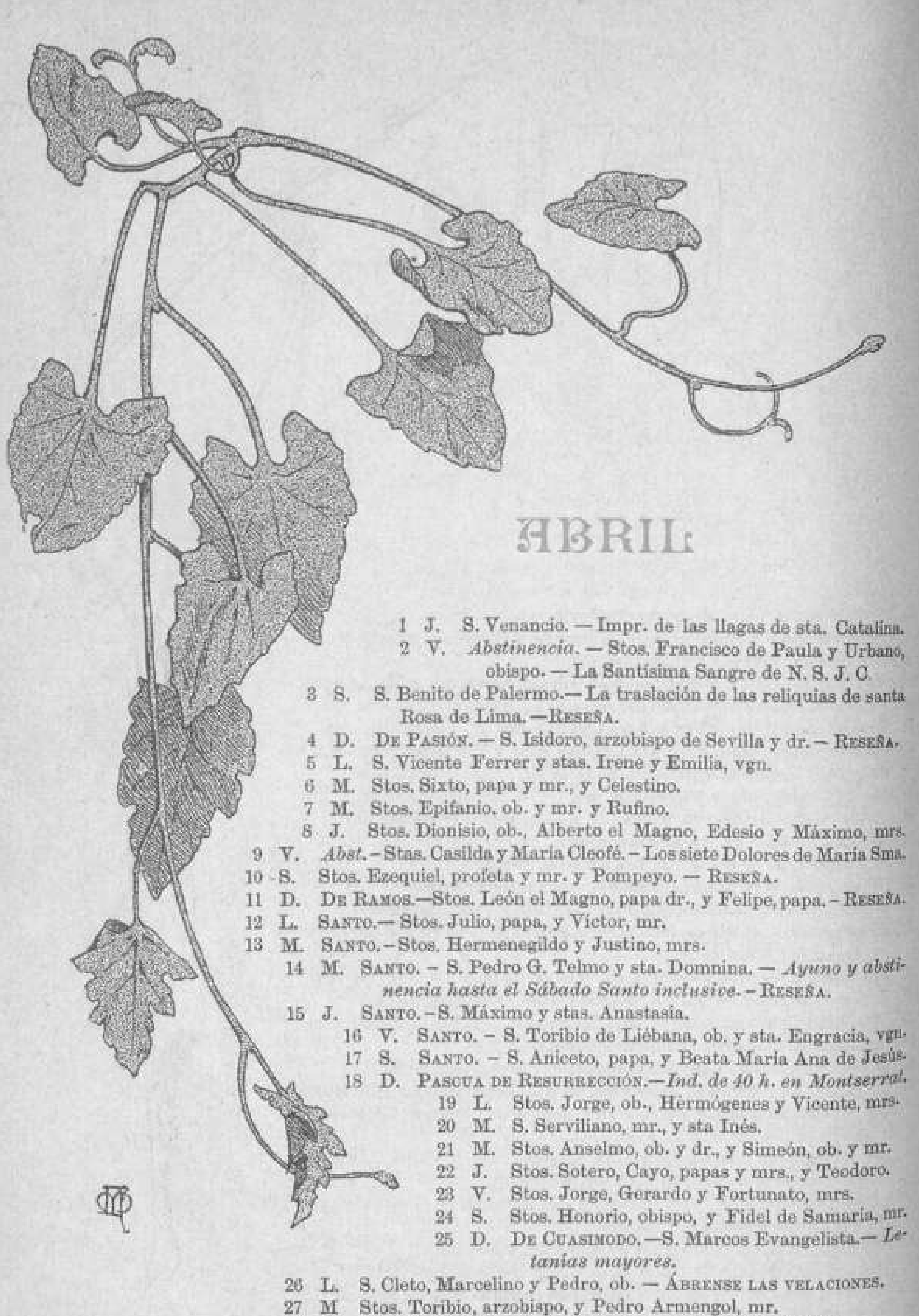
FEBRERO

1 L. Stos. Cecilio é Ignacio, obispo y mr.
2 M. LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA. – Santos Firmo y Cándido.
3 M. Stos. Blas, obispo y Laurentino, mrs.
4 J. Stos. Andrés Corsino, obispo y Donato, mártir.
5 V. S. Albino, obispo y sta. Agueda, virgen.
6 S. Stos. Teófilo y Saturnino, mártires y sta. Dorotea, virgen y mártir.
7 D. S. Romualdo, abad, y Ricardo, rey.
8 L. Stos. Juan de Mata, confesor, Lucio y Ciriaco, mrs.
9 M. Stos. Alejandro, Nicéforo y Jocundo, mrs. y santa Polonia, vgn. y mr.
10 M. Stos. Ireneo y Amancio, y sta. Escolástica.
11 J. Stos. Félix, mr. y Saturnino, papa.
12 V. Stos. Damián y Modesto, y stas. Eulalia, mr. y Humbelina, vgn.
13 S. S. Benigno, mr. y sta. Catalina de Ricci, vgn.
14 D. *De Septuagésima.* — Stos. Valentín, pbro. y Zenón, mrs.
15 L. S. Faustino y sta. Jovita, mrs.
16 M. *La Oración de N. S. J. C. en el Monte Olivete.* – Stos. Gregorio, papa, y Elías, profeta.
17 M. Stos. Rómulo, Policronio, mrs., y Julián.
18 J. Stos. Simeón, ob. y Claudio, mrs.
19 V. Stos. Gavino, Marcelo, mártires, Mansueto, obispo y Álvaro de Córdoba, confesor.
20 S. Stos. Eleuterio, Sadot, obs., y Nemesio, mrs.
21 D. *De Sexagésima.* – Stos. Félix, ob., y Fortunato, mr.
22 L. La Cátedra de san Pedro en Antioquía, sta. Margarita y san Abilio.
23 M. *La Conmemoración de la Pasión de N. S. J. C.* — Stos. Pedro Damián, ob. y Policarpo, mr.
24 M. Stos. Matías, ap., Modesto y sta. Primitiva, mr.
25 J. San Sebastián.
26 V. Ntra. Sra. de Guadalupe. — S. Alejandro.
27 S. S. Baldomero, confesor.
28 D. *De Quincuagésima.* — Stos. Justo y Rufino, mrs. — *Indulgencia de 40 horas en las Catalinas.* — CARNAVAL.



MARZO

1 L. S. Rudesindo, ob. y cfr. y sta. Eudoxia, mr.
2 M. Stos. Heraclio y Absalón, mrs., Florencio y Simplicio, papa y confesor. — CIÉRRANSE LAS VELACIONES.
3 M. DE CENIZA. — Stos. Hemeterio y Celedonio, hermanos y Medín, mrs. — *Abstinencia.* – *Principio del ayuno cuaresmal.*
4 J. Stos. Casimiro, rey y cfr. y Lucio, papa y mr.
5 V. *Abstinencia.* – Stos. Adrián y Eusebio, mrs. y Gerásimo, cfr. – La Sagrada Corona de Espinas de N. S. J. C.
6 S. Stos. Olegario, ob., y Victoriano, mr.
7 D. *1.º de cuaresma.* — Sto. Tomás de Aquino y sta. Perpetua, mr.
8 L. S. Juan de Dios, fr. y sta. Erenia, mr.
9 M. S. Paciano, ob. y sta. Francisca romana, viuda.
10 M. *Témporas.* — S. Melitón y los 39 compañeros mártires.
11 J. Stos. Zacarías, padre de san Juan Bautista y Eulogio, ob.
12 V. *Témporas.* – *Abstinencia.* — S. Gregorio el Magno, papa y doctor. – La Lanza y Clavos de N. S. J. C.
13 S. *Temporas.* — Stos. Leandro, ob., y Macedonio.
14 D. *2.º de cuaresma.* — Stas. Florentina, vgn. y Matilde, reina.
15 L. Sta. Madrona, vgn. y mr. y stos. Raimundo, abad. y Longinos, mr.
16 M. Sta. Isabel, madre de san Juan Bautista.
17 M. Stos. Patricio, ob., José de Arimatea, cfs. y sta. Gertrudis.
18 J. Stos. Gabriel, arcángel, Alejandro, ob. y el beato Salvador de Horta.
19 V. ✠ EL PATRIARCA SAN JOSÉ, esposo de Nuestra Señora.—*Abst.* – La Santa Sábana de N. S. J. C.
20 S. Stos. Braulio y Niceto, ob. y stas. Eugenia, vgn. y Fotina la Samarit.
21 D. *3.º de cuaresma.* — S. Benito, abad y fundador. OTOÑO.
22 L. Stos. Deogracias, ob. y Octaviano y sta. Catalina de Génova, vgn.
23 M. S. Victoriano y sta. Teodosia, mr.
24 M. Stos. Agapito, ob., Dionisio, Timolao y Pausides, mrs.
25 J. LA ENCARNACION DE N. S. J. C. – S. Ireneo.
26 V. *Abstinencia.* — S. y Braulio, ob.— Las Cinco Llagas de N. S. J. C.
27 S. S. Ruperto, ob. y cfr. y sta. Lidia con su esposo é hijos mrs.
28 D. *4.º de cuaresma.* — Stos. Sixto, papa, y Doroteo, mr.
29 L. Stos. Cirilo y Pastor.
30 M. S. Juan Climaco, abad.
31 M. S. Benjamin y santa Balbina, vgn. y mr.



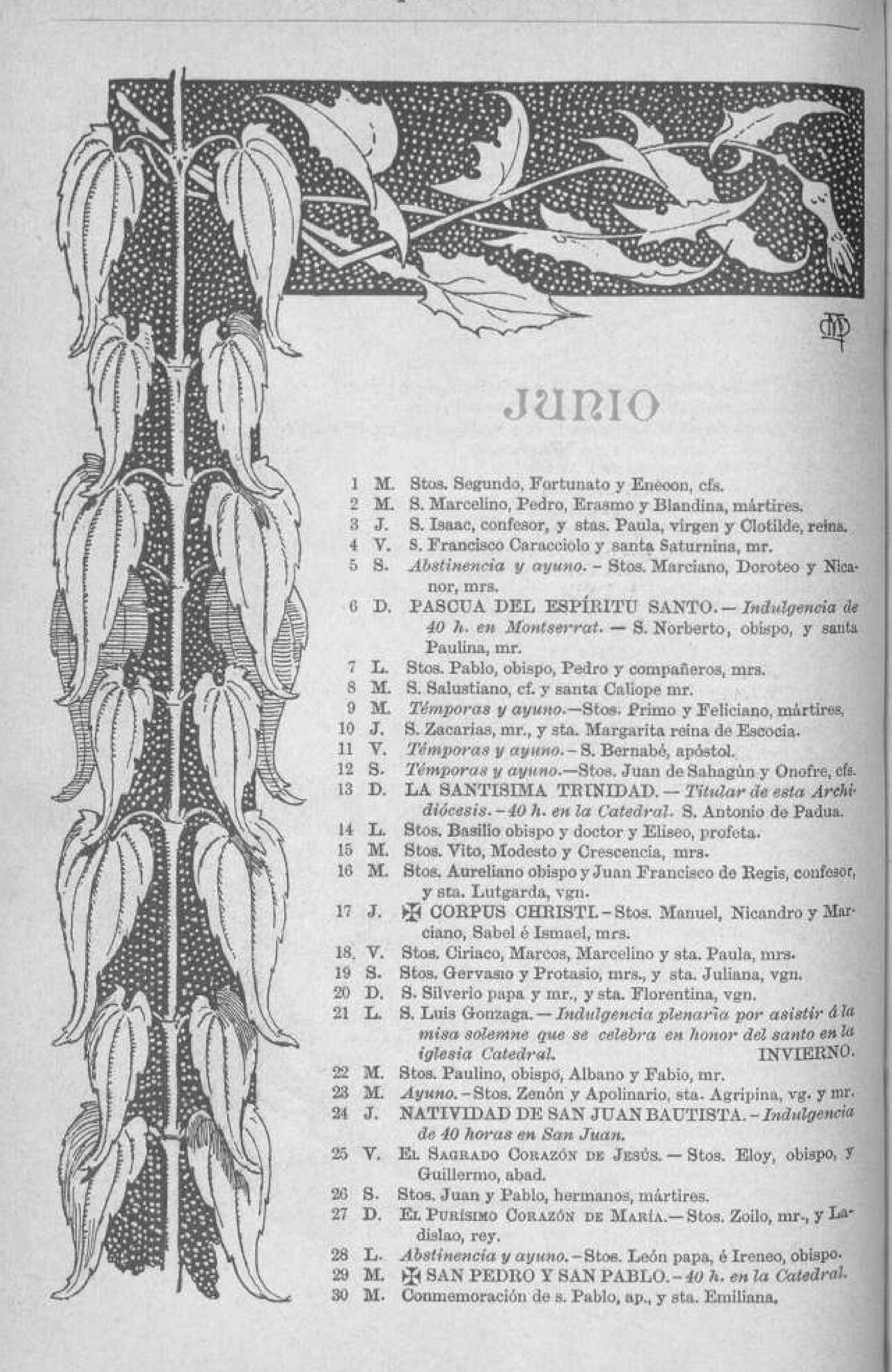
ABRIL

1 J. S. Venancio. — Impr. de las llagas de sta. Catalina.
2 V. *Abstinencia.* — Stos. Francisco de Paula y Urbano, obispo. — La Santísima Sangre de N. S. J. C.
3 S. S. Benito de Palermo.— La traslación de las reliquias de santa Rosa de Lima. — Reseña.
4 D. De Pasión. — S. Isidoro, arzobispo de Sevilla y dr. — Reseña.
5 L. S. Vicente Ferrer y stas. Irene y Emilia, vgn.
6 M. Stos. Sixto, papa y mr., y Celestino.
7 M. Stos. Epifanio, ob. y mr. y Rufino.
8 J. Stos. Dionisio, ob., Alberto el Magno, Edesio y Máximo, mrs.
9 V. *Abst.* - Stas. Casilda y María Cleofé. - Los siete Dolores de María Sma.
10 S. Stos. Ezequiel, profeta y mr. y Pompeyo. — Reseña.
11 D. De Ramos.—Stos. León el Magno, papa dr., y Felipe, papa. - Reseña.
12 L. Santo.— Stos. Julio, papa, y Víctor, mr.
13 M. Santo. - Stos. Hermenegildo y Justino, mrs.
14 M. Santo. - S. Pedro G. Telmo y sta. Domnina. — *Ayuno y abstinencia hasta el Sábado Santo inclusive.* - Reseña.
15 J. Santo. - S. Máximo y stas. Anastasia.
16 V. Santo. - S. Toribio de Liébana, ob. y sta. Engracia, vgn.
17 S. Santo. - S. Aniceto, papa, y Beata María Ana de Jesús.
18 D. Pascua de Resurrección.—*Ind. de 40 h. en Montserrat.*
19 L. Stos. Jorge, ob., Hermógenes y Vicente, mrs.
20 M. S. Serviliano, mr., y sta Inés.
21 M. Stos. Anselmo, ob. y dr., y Simeón, ob. y mr.
22 J. Stos. Sotero, Cayo, papas y mrs., y Teodoro.
23 V. Stos. Jorge, Gerardo y Fortunato, mrs.
24 S. Stos. Honorio, obispo, y Fidel de Samaria, mr.
25 D. De Cuasimodo. —S. Marcos Evangelista.— *Letanías mayores.*
26 L. S. Cleto, Marcelino y Pedro, ob. — Ábrense las velaciones.
27 M Stos. Toribio, arzobispo, y Pedro Armengol, mr.
28 M. Stos. Prudencio, arz., Vital, mr., y su esposa sta. Valeria.
29 J. Stos. Pedro, mr., y Paulino, obispo.
30 V. Sta. Catalina de Sena, vgn. y s. Pelegrín, cfr.



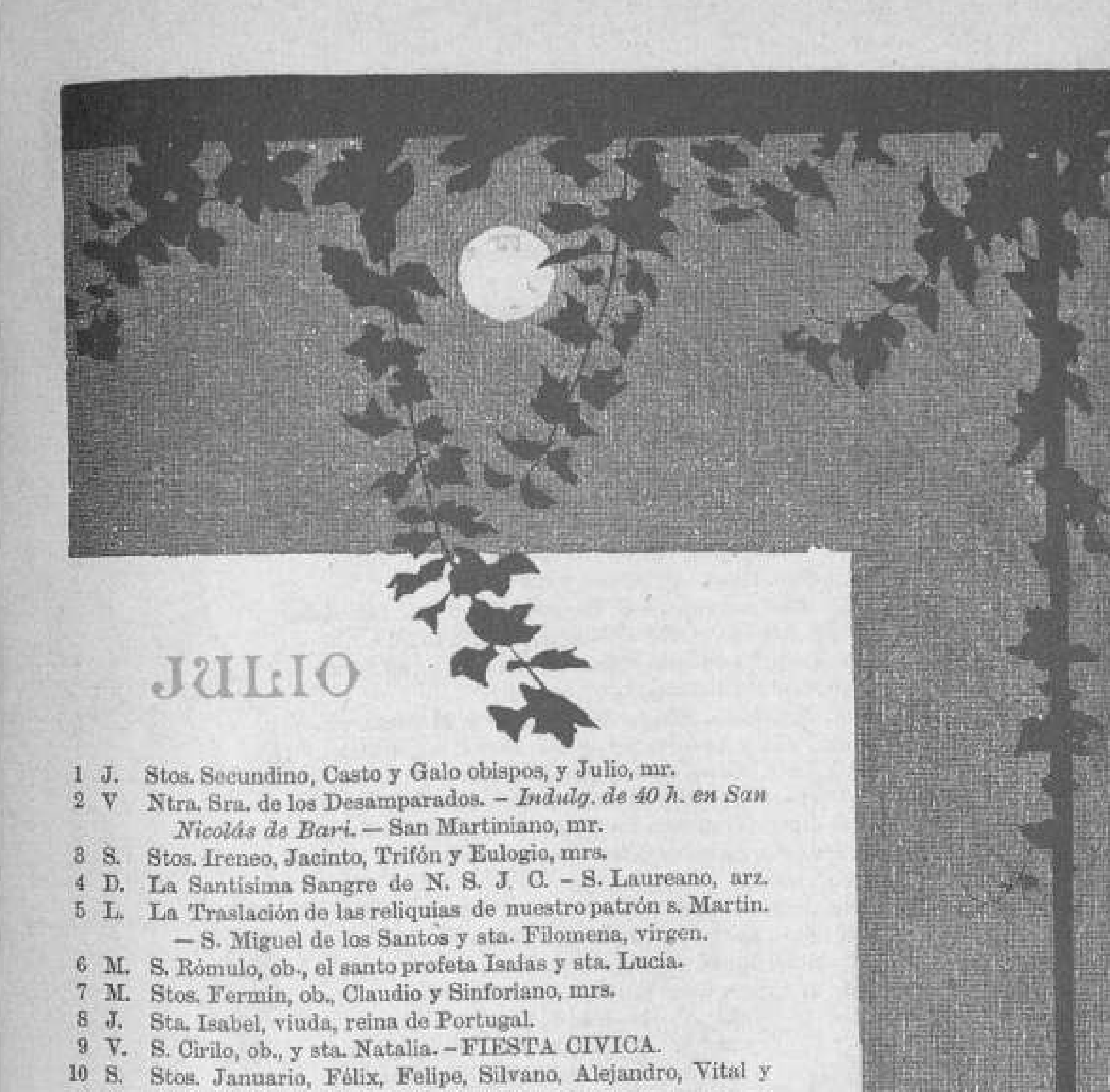
MAYO

1 S. Stos. Felipe y Santiago, apóstoles y s. Segismundo, rey y mr.
2 D. Stos. Anastasio, ob. y dr., Germán y Celestino, mrs.
3 L. La Invención de la Santísima Cruz y s. Alejandro, papa y mártir.
4 M. S. Silvano, obispo, y mr. y sta. Mónica, viuda.
5 M. S. Pio V y la conversión de s. Agustín, ob. y dr.
6 J. El martirio de s. Juan Evangelista.
7 V. Stos. Benedicto y Estanislao, ob. y mr.
8 S. La aparición de s. Miguel Arcángel.
9 D. EL PATROCINIO DE SAN JOSÉ. — S. Gregorio Nacianceno, ob.
10 L. Stos. Antonio, arzobispo de Florencia y Cirilo, mr.
11 M. Stos. Eudaldo, Mamerto, Poncio, Gualtero, Evelio y Fabio, mrs.
12 M. Stos. Domingo de la Calzada, Nereo y Pancracio, mr.
13 J. Stos. Mucio, pbro., Segundo, y Pedro Regalado.
14 V. Stos. Sabino y Bonifacio, papa y sta. Corona, mrs.
15 S. Stos. Isidro Labrador y Torcuato.
16 D. NUESTRA SEÑORA DE LUJÁN.—Stos. Ubaldo y Peregrino, ob.
17 L. S. Pascual Bailón y sta. Restituta, vgn. y mr.
18 M. Stos. Venancio, Félix de Cantalicio, cfr. y sta. Claudia, mr.
19 M. S. Pedro Celestino, papa y santa Prudencia, virgen.
20 J. S. Bernardino de Sena.
21 V. Stos. Secundino y Timoteo, obispo y mr.
22 S. Stas. Rita de Casia, Quiteria y Julia, vírgenes y mrs.
23 D. Stos. Desiderio, ob., Vicente, pbro. y Basileo, mr.
24 L. Rogaciones. - Stas. Afra y Susana.
25 M. Rogaciones. - Stos. Gregorio VII y Urbano. - FIESTA CÍVICA.
26 M. Rogaciones. - Stos. Felipe Neri, cfr. y fr. y Heraclio, mártir.
27 J. ✠ LA ASCENSION DEL SEÑOR. — S. Juan, papa y mr.
28 V. Stos. Justo, Germán y Emilio, mrs.
29 S. Stos. Máximo, ob., Alejandro y sta. Teodosia, mrs.
30 D. Stos. Fernando, rey y Félix, papa.
31 L. Ntra. Sra. Reina de todos los santos y Madre del Amor hermoso, stas. Ángela de Merici, vgn. y fundadora y Petronila, vgn.



JUNIO

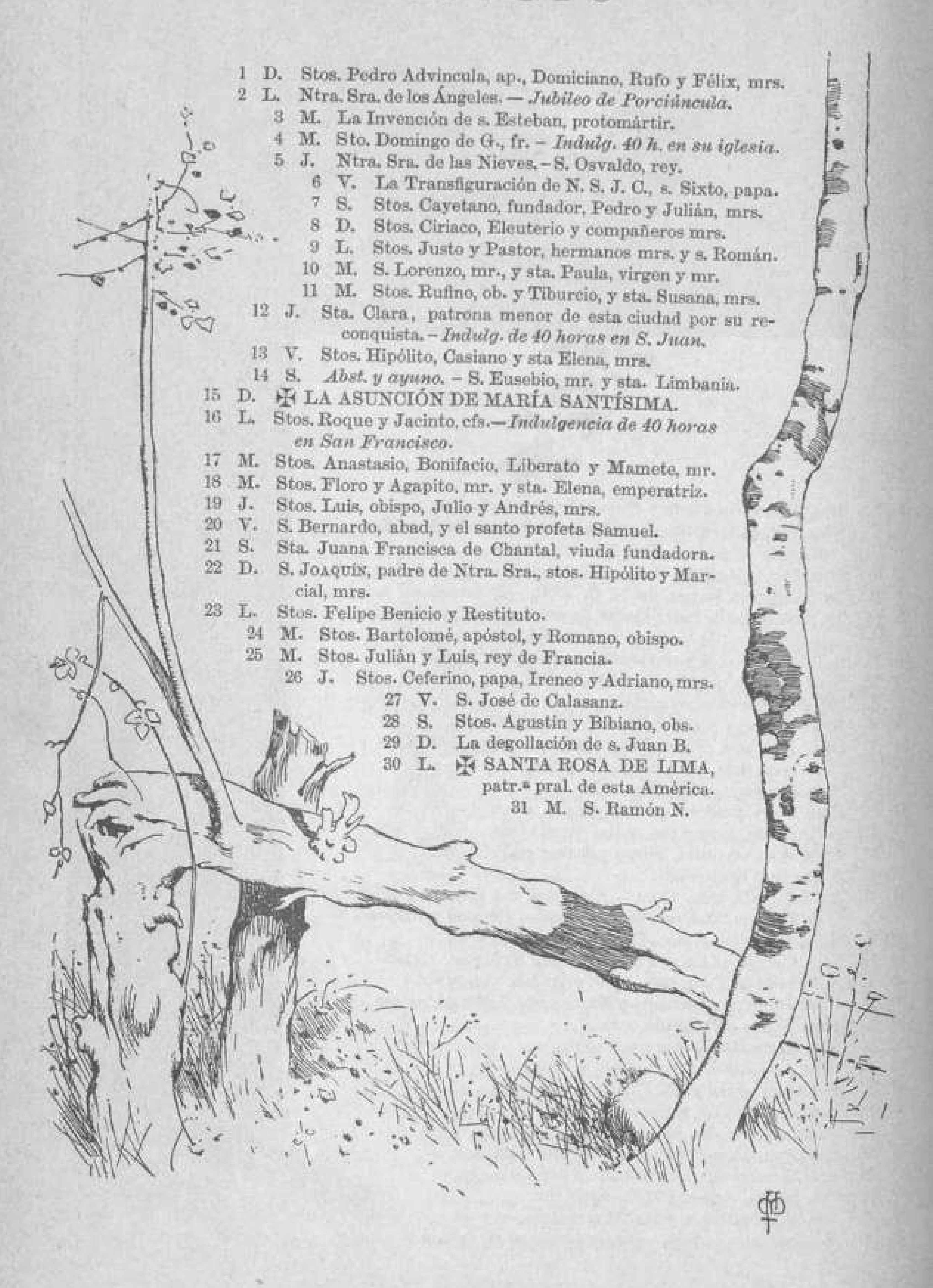
1 M. Stos. Segundo, Fortunato y Enecon, cfs.
2 M. S. Marcelino, Pedro, Erasmo y Blandina, mártires.
3 J. S. Isaac, confesor, y stas. Paula, virgen y Clotilde, reina.
4 V. S. Francisco Caracciolo y santa Saturnina, mr.
5 S. *Abstinencia y ayuno.* - Stos. Marciano, Doroteo y Nicanor, mrs.
6 D. PASCUA DEL ESPÍRITU SANTO. — *Indulgencia de 40 h. en Montserrat.* — S. Norberto, obispo, y santa Paulina, mr.
7 L. Stos. Pablo, obispo, Pedro y compañeros, mrs.
8 M. S. Salustiano, cf. y santa Caliope mr.
9 M. *Témporas y ayuno.*—Stos. Primo y Feliciano, mártires.
10 J. S. Zacarías, mr., y sta. Margarita reina de Escocia.
11 V. *Témporas y ayuno.* - S. Bernabé, apóstol.
12 S. *Témporas y ayuno.*—Stos. Juan de Sahagún y Onofre, cfs.
13 D. LA SANTISIMA TRINIDAD. — *Titular de esta Archidiócesis. — 40 h. en la Catedral.* S. Antonio de Padua.
14 L. Stos. Basilio obispo y doctor y Eliseo, profeta.
15 M. Stos. Vito, Modesto y Crescencia, mrs.
16 M. Stos. Aureliano obispo y Juan Francisco de Regis, confesor, y sta. Lutgarda, vgn.
17 J. ✠ CORPUS CHRISTI. - Stos. Manuel, Nicandro y Marciano, Sabel é Ismael, mrs.
18. V. Stos. Ciriaco, Marcos, Marcelino y sta. Paula, mrs.
19 S. Stos. Gervasio y Protasio, mrs., y sta. Juliana, vgn.
20 D. S. Silverio papa y mr., y sta. Florentina, vgn.
21 L. S. Luis Gonzaga. — *Indulgencia plenaria por asistir á la misa solemne que se celebra en honor del santo en la iglesia Catedral.* INVIERNO.
22 M. Stos. Paulino, obispo, Albano y Fabio, mr.
23 M. *Ayuno.* - Stos. Zenón y Apolinario, sta. Agripina, vg. y mr.
24 J. NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA. - *Indulgencia de 40 horas en San Juan.*
25 V. El Sagrado Corazón de Jesús. — Stos. Eloy, obispo, y Guillermo, abad.
26 S. Stos. Juan y Pablo, hermanos, mártires.
27 D. El Purísimo Corazón de María. — Stos. Zoilo, mr., y Ladislao, rey.
28 L. *Abstinencia y ayuno.* - Stos. León papa, é Ireneo, obispo.
29 M. ✠ SAN PEDRO Y SAN PABLO. - *40 h. en la Catedral.*
30 M. Conmemoración de s. Pablo, ap., y sta. Emiliana.



JULIO

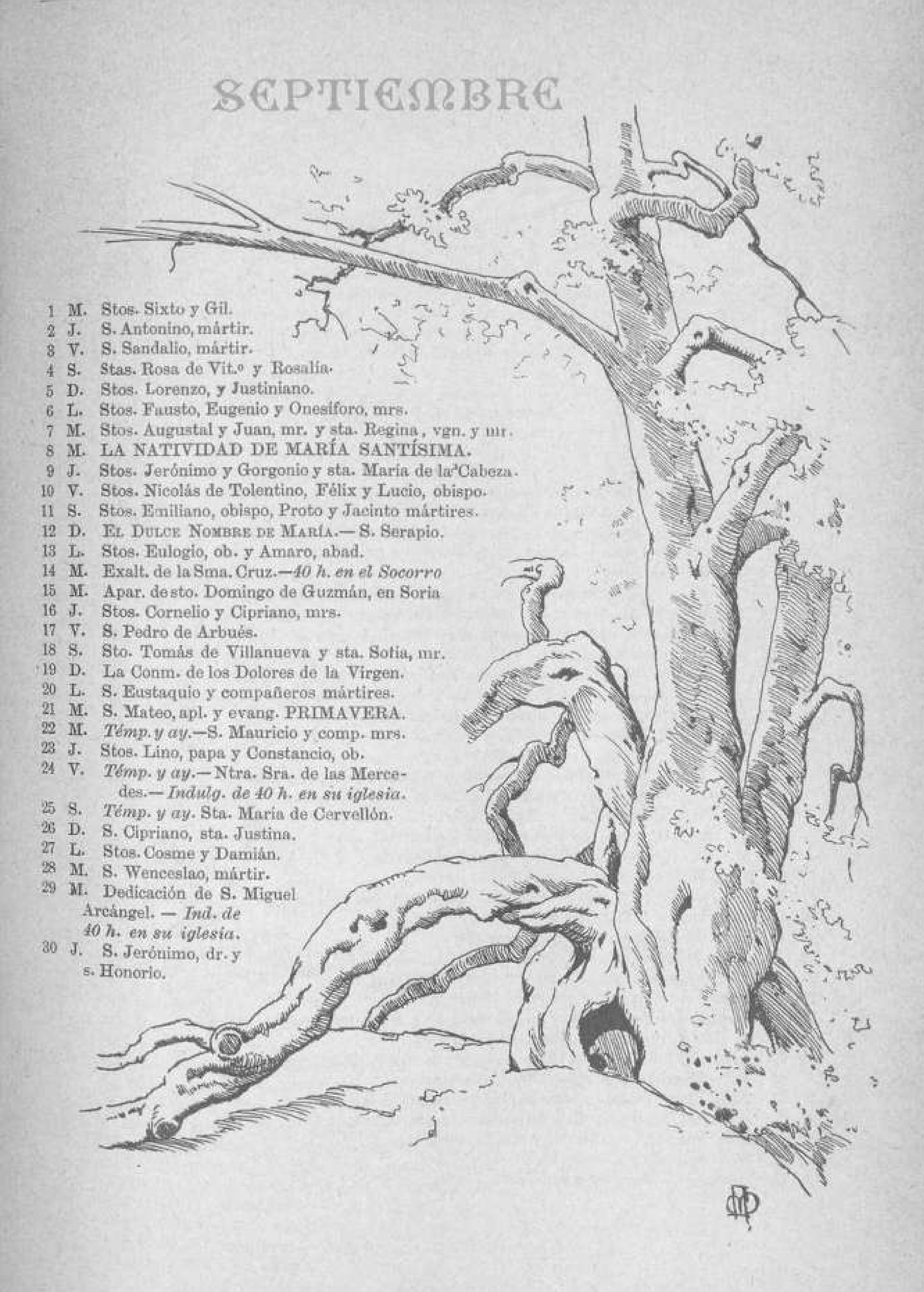
1 J. Stos. Secundino, Casto y Galo obispos, y Julio, mr.
2 V Ntra. Sra. de los Desamparados. – *Indulg. de 40 h. en San Nicolás de Bari.* — San Martiniano, mr.
3 S. Stos. Ireneo, Jacinto, Trifón y Eulogio, mrs.
4 D. La Santísima Sangre de N. S. J. C. – S. Laureano, arz.
5 L. La Traslación de las reliquias de nuestro patrón s. Martin. — S. Miguel de los Santos y sta. Filomena, virgen.
6 M. S. Rómulo, ob., el santo profeta Isaías y sta. Lucía.
7 M. Stos. Fermin, ob., Claudio y Sinforiano, mrs.
8 J. Sta. Isabel, viuda, reina de Portugal.
9 V. S. Cirilo, ob., y sta. Natalia. – FIESTA CIVICA.
10 S. Stos. Januario, Félix, Felipe, Silvano, Alejandro, Vital y Marcial, mrs., hijos de sta. Felicitas.
11 D. Stos. Pio, papa, y Cipriano, mrs.
12 L. Stos. Juan Gualberto, abad, y Félix, mr.
13 M. S. Anacleto, papa y mr., y sta. Mirope, mr.
14 M. Stos. Buenaventura, obispo y doctor, y Cirilo, mr.
15 J. S. Enrique, emperador.
16 V. Triunfo de la Sma. Cruz. – Ntra. Sra. del Carmen. – *Ind. de 40 h. en Montserrat, Concepción, Teresas y Carmen.*
17 S. S. Alejo, confesor, stas. Donata y Segunda, mrs.
18 D. Stos. Camilo de Lelis, Federico, y sta. Sinforosa, virgen.
19 L. S. Vicente de Paul, stas. Justa y Rufina, vgn. y mr.
20 M. Stos. Jerónimo, Emiliano y Elías, y sta. Liberata, virgen.
21 M. Stos. Victor y Feliciano, mrs.
22 J. Sta. María Magdalena y s. Teófilo.
23 V. Stos. Apolinario, obispo y mr., y Liborio.
24 S. S. Francisco Sol y sta. Cristina, vgn. y mr.
25 D. Santiago, apóstol, s. Cristóbal y sta. Valentina.
26 L. Santa Ana, madre de Ntra. Sra., y s. Jacinto, mr.
27 M. Stos. Pantaleón y Sergio, mrs., y sta. Natalia.
28 M. Stos. Inocencio, papa, Nazario y Acacio, mrs.
29 J. Sta. Marta, virgen, y s. Faustino, mr.
30 V. Stos. Abdón, Senén y sta. Máxima, ms.
31 S. S. Ignacio de Loyola. – *Ind. 40 horas en su iglesia.*

AGOSTO

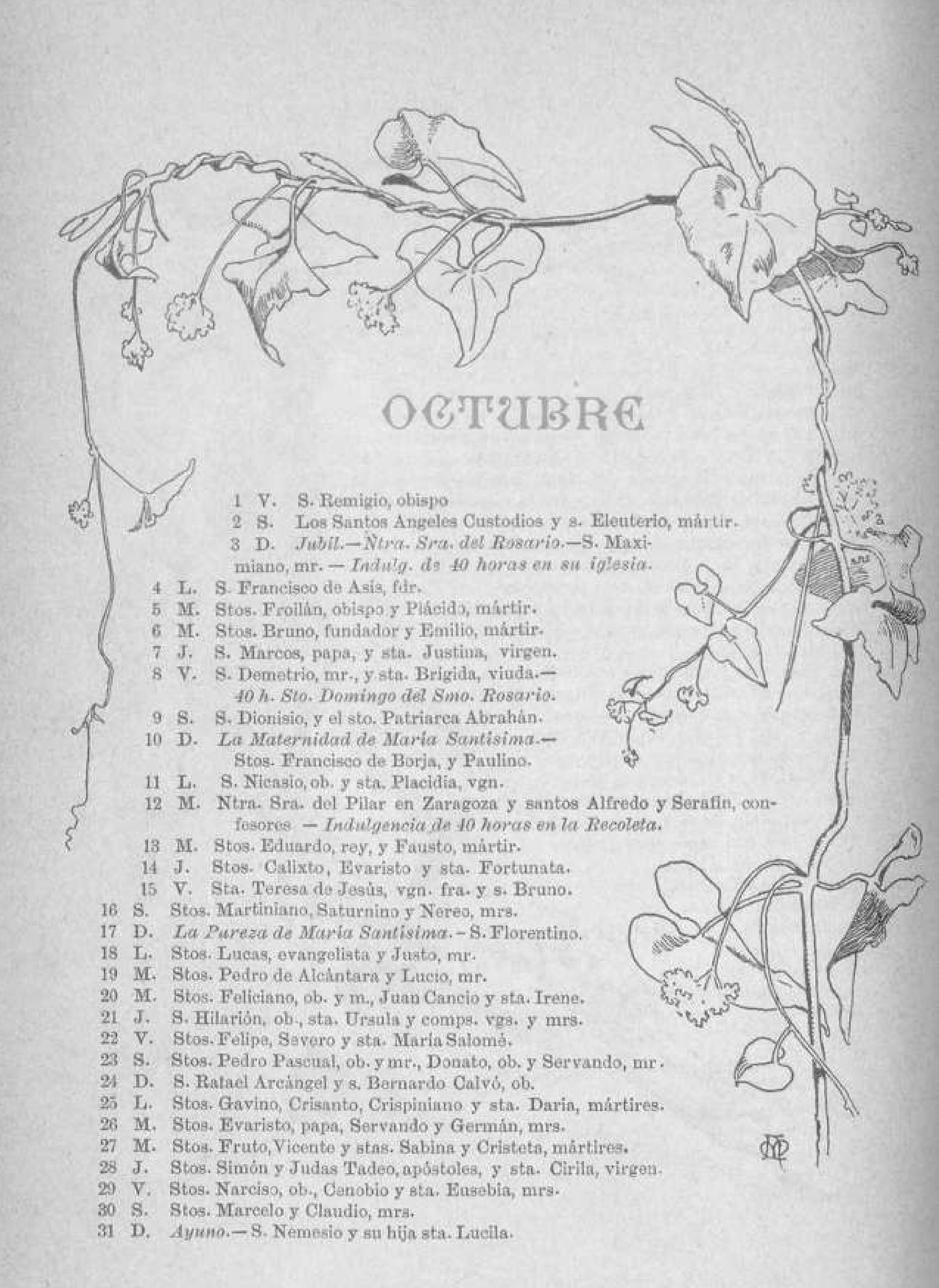


1 D. Stos. Pedro Advincula, ap., Domiciano, Rufo y Félix, mrs.
2 L. Ntra. Sra. de los Ángeles. — *Jubileo de Porciúncula.*
3 M. La Invención de s. Esteban, protomártir.
4 M. Sto. Domingo de G., fr. – *Indulg. 40 h. en su iglesia.*
5 J. Ntra. Sra. de las Nieves. – S. Osvaldo, rey.
6 V. La Transfiguración de N. S. J. C., s. Sixto, papa.
7 S. Stos. Cayetano, fundador, Pedro y Julián, mrs.
8 D. Stos. Ciriaco, Eleuterio y compañeros mrs.
9 L. Stos. Justo y Pastor, hermanos mrs. y s. Román.
10 M. S. Lorenzo, mr., y sta. Paula, virgen y mr.
11 M. Stos. Rufino, ob. y Tiburcio, y sta. Susana, mrs.
12 J. Sta. Clara, patrona menor de esta ciudad por su reconquista. – *Indulg. de 40 horas en S. Juan.*
13 V. Stos. Hipólito, Casiano y sta Elena, mrs.
14 S. *Abst. y ayuno.* – S. Eusebio, mr. y sta. Limbania.
15 D. ✠ LA ASUNCIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA.
16 L. Stos. Roque y Jacinto, cfs.—*Indulgencia de 40 horas en San Francisco.*
17 M. Stos. Anastasio, Bonifacio, Liberato y Mamete, mr.
18 M. Stos. Floro y Agapito, mr. y sta. Elena, emperatriz.
19 J. Stos. Luis, obispo, Julio y Andrés, mrs.
20 V. S. Bernardo, abad, y el santo profeta Samuel.
21 S. Sta. Juana Francisca de Chantal, viuda fundadora.
22 D. S. JOAQUIN, padre de Ntra. Sra., stos. Hipólito y Marcial, mrs.
23 L. Stos. Felipe Benicio y Restituto.
24 M. Stos. Bartolomé, apóstol, y Romano, obispo.
25 M. Stos. Julián y Luis, rey de Francia.
26 J. Stos. Ceferino, papa, Ireneo y Adriano, mrs.
27 V. S. José de Calasanz.
28 S. Stos. Agustín y Bibiano, obs.
29 D. La degollación de s. Juan B.
30 L. ✠ SANTA ROSA DE LIMA, patr.ª pral. de esta América.
31 M. S. Ramón N.

SEPTIEMBRE



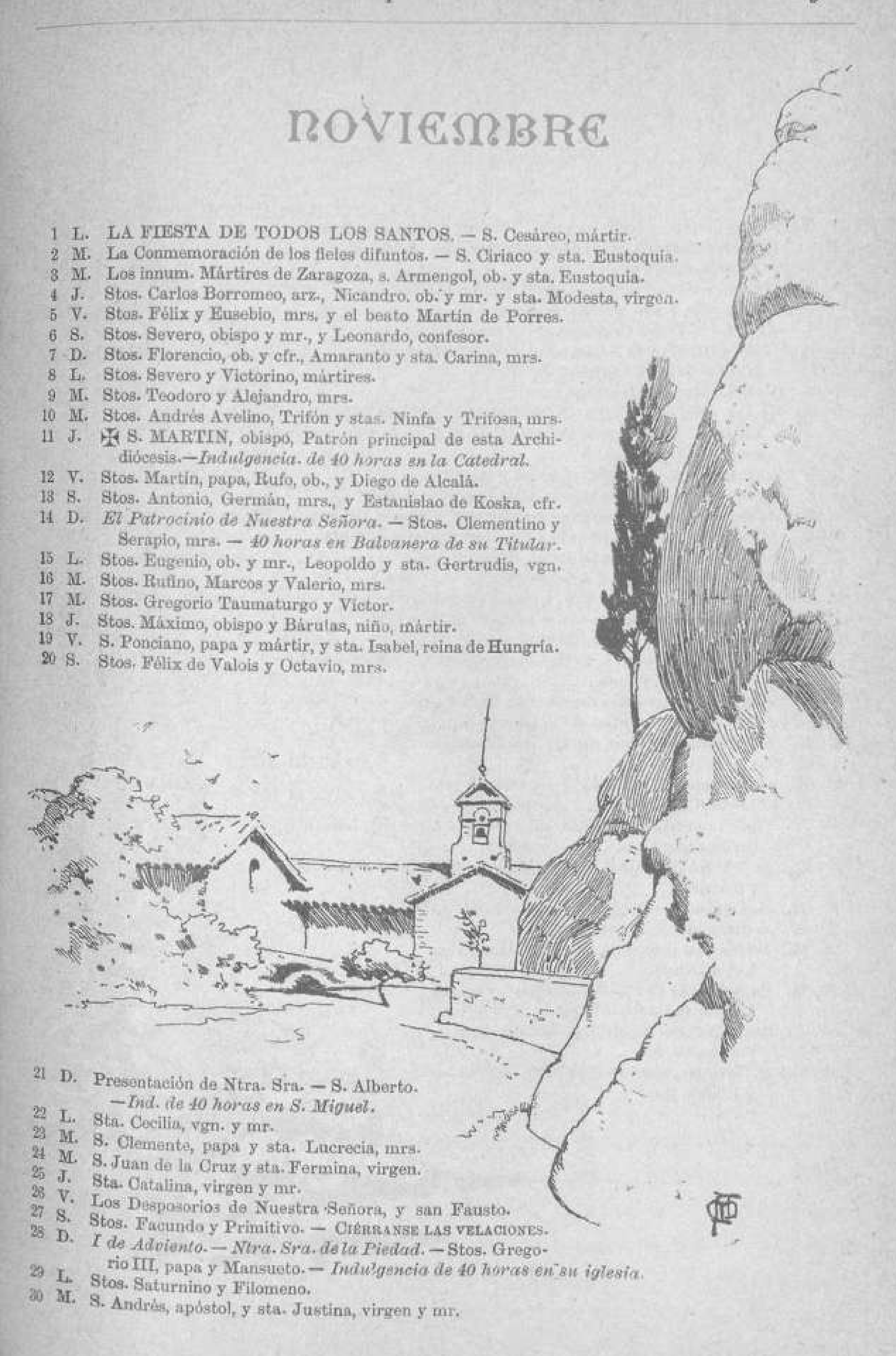
1 M. Stos. Sixto y Gil.
2 J. S. Antonino, mártir.
3 V. S. Sandalio, mártir.
4 S. Stas. Rosa de Vit.º y Rosalía.
5 D. Stos. Lorenzo, y Justiniano.
6 L. Stos. Fausto, Eugenio y Onesíforo, mrs.
7 M. Stos. Augustal y Juan, mr. y sta. Regina, vgn. y mr.
8 M. LA NATIVIDAD DE MARÍA SANTÍSIMA.
9 J. Stos. Jerónimo y Gorgonio y sta. María de la Cabeza.
10 V. Stos. Nicolás de Tolentino, Félix y Lucio, obispo.
11 S. Stos. Emiliano, obispo, Proto y Jacinto mártires.
12 D. El Dulce Nombre de María.—S. Serapio.
13 L. Stos. Eulogio, ob. y Amaro, abad.
14 M. Exalt. de la Sma. Cruz.—*40 h. en el Socorro*
15 M. Apar. de sto. Domingo de Guzmán, en Soria
16 J. Stos. Cornelio y Cipriano, mrs.
17 V. S. Pedro de Arbués.
18 S. Sto. Tomás de Villanueva y sta. Sofía, mr.
19 D. La Conm. de los Dolores de la Virgen.
20 L. S. Eustaquio y compañeros mártires.
21 M. S. Mateo, apl. y evang. PRIMAVERA.
22 M. *Témp. y ay.*—S. Mauricio y comp. mrs.
23 J. Stos. Lino, papa y Constancio, ob.
24 V. *Témp. y ay.*—Ntra. Sra. de las Mercedes.—*Indulg. de 40 h. en su iglesia.*
25 S. *Témp. y ay.* Sta. María de Cervellón.
26 D. S. Cipriano, sta. Justina.
27 L. Stos. Cosme y Damián.
28 M. S. Wenceslao, mártir.
29 M. Dedicación de S. Miguel Arcángel. — *Ind. de 40 h. en su iglesia.*
30 J. S. Jerónimo, dr. y s. Honorio.



OCTUBRE

1 V. S. Remigio, obispo
2 S. Los Santos Angeles Custodios y s. Eleuterio, mártir.
3 D. *Jubil.—Ntra. Sra. del Rosario.*—S. Maximiano, mr. — *Indulg. de 40 horas en su iglesia.*
4 L. S. Francisco de Asís, fdr.
5 M. Stos. Froilán, obispo y Plácido, mártir.
6 M. Stos. Bruno, fundador y Emilio, mártir.
7 J. S. Marcos, papa, y sta. Justina, virgen.
8 V. S. Demetrio, mr., y sta. Brigida, viuda.— *40 h. Sto. Domingo del Smo. Rosario.*
9 S. S. Dionisio, y el sto. Patriarca Abrahán.
10 D. *La Maternidad de María Santísima.*— Stos. Francisco de Borja, y Paulino.
11 L. S. Nicasio, ob. y sta. Placidia, vgn.
12 M. Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza y santos Alfredo y Serafín, confesores — *Indulgencia de 40 horas en la Recoleta.*
13 M. Stos. Eduardo, rey, y Fausto, mártir.
14 J. Stos. Calixto, Evaristo y sta. Fortunata.
15 V. Sta. Teresa de Jesús, vgn. fra. y s. Bruno.
16 S. Stos. Martiniano, Saturnino y Nereo, mrs.
17 D. *La Pureza de María Santísima.* - S. Florentino.
18 L. Stos. Lucas, evangelista y Justo, mr.
19 M. Stos. Pedro de Alcántara y Lucio, mr.
20 M. Stos. Feliciano, ob. y m., Juan Cancio y sta. Irene.
21 J. S. Hilarión, ob., sta. Ursula y comps. vgs. y mrs.
22 V. Stos. Felipe, Severo y sta. María Salomé.
23 S. Stos. Pedro Pascual, ob. y mr., Donato, ob. y Servando, mr.
24 D. S. Rafael Arcángel y s. Bernardo Calvó, ob.
25 L. Stos. Gavino, Crisanto, Crispiniano y sta. Daria, mártires.
26 M. Stos. Evaristo, papa, Servando y Germán, mrs.
27 M. Stos. Fruto, Vicente y stas. Sabina y Cristeta, mártires.
28 J. Stos. Simón y Judas Tadeo, apóstoles, y sta. Cirila, virgen.
29 V. Stos. Narciso, ob., Canobio y sta. Eusebia, mrs.
30 S. Stos. Marcelo y Claudio, mrs.
31 D. *Ayuno.*— S. Nemesio y su hija sta. Lucila.

NOVIEMBRE



1 L. LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS. — S. Cesáreo, mártir.
2 M. La Conmemoración de los fieles difuntos. — S. Ciriaco y sta. Eustoquia.
3 M. Los innum. Mártires de Zaragoza, s. Armengol, ob. y sta. Eustoquia.
4 J. Stos. Carlos Borromeo, arz., Nicandro. ob. y mr. y sta. Modesta, virgen.
5 V. Stos. Félix y Eusebio, mrs. y el beato Martín de Porres.
6 S. Stos. Severo, obispo y mr., y Leonardo, confesor.
7 D. Stos. Florencio, ob. y cfr., Amaranto y sta. Carina, mrs.
8 L. Stos. Severo y Victorino, mártires.
9 M. Stos. Teodoro y Alejandro, mrs.
10 M. Stos. Andrés Avelino, Trifón y stas. Ninfa y Trifosa, mrs.
11 J. ✠ S. MARTIN, obispo, Patrón principal de esta Archidiócesis.—*Indulgencia. de 40 horas en la Catedral.*
12 V. Stos. Martín, papa, Rufo, ob., y Diego de Alcalá.
13 S. Stos. Antonio, Germán, mrs., y Estanislao de Koska, cfr.
14 D. *El Patrocinio de Nuestra Señora.* — Stos. Clementino y Serapio, mrs. — *40 horas en Balvanera de su Titular.*
15 L. Stos. Eugenio, ob. y mr., Leopoldo y sta. Gertrudis, vgn.
16 M. Stos. Rufino, Marcos y Valerio, mrs.
17 M. Stos. Gregorio Taumaturgo y Victor.
18 J. Stos. Máximo, obispo y Bárulas, niño, mártir.
19 V. S. Ponciano, papa y mártir, y sta. Isabel, reina de Hungría.
20 S. Stos. Félix de Valois y Octavio, mrs.
21 D. Presentación de Ntra. Sra. — S. Alberto. —*Ind. de 40 horas en S. Miguel.*
22 L. Sta. Cecilia, vgn. y mr.
23 M. S. Clemente, papa y sta. Lucrecia, mrs.
24 M. S. Juan de la Cruz y sta. Fermina, virgen.
25 J. Sta. Catalina, virgen y mr.
26 V. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Fausto.
27 S. Stos. Facundo y Primitivo. — CIÉRRANSE LAS VELACIONES.
28 D. *I de Adviento.* — *Ntra. Sra. de la Piedad.* — Stos. Gregorio III, papa y Mansueto. — *Indulgencia de 40 horas en su iglesia.*
29 L. Stos. Saturnino y Filomeno.
30 M. S. Andrés, apóstol, y sta. Justina, virgen y mr.

DICIEMBRE

1 M. S. Eloy, obispo y confesor y sta. Cándida, mrs., y sta. Natalia.
2 J. S. Silvano, obispo y mártir y stas. Bibiana, Adria, Paulina y Aurelia, mártires.
3 V. *Ayuno.*—Stos. Francisco Javier, confesor, Daniel, ob., Crispin y Claudio, y sta. Magina, mártires.
4 S. *Ayuno.*—S. Pedro Crisólogo, ob., y sta. Bárbara, vgn.
5 D. *II de Adviento.*—S. Sabas, abad y sta. Crispina, mr.
6 L. S. Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.
7 M. Stos. Ambrosio y Policarpo, mr.
8 M. ✠ LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARIA SANTISIMA, y s. Sifronio.—*Indulg. de 40 h. en la Concepción y en San Francisco.*
9 J. Stas. Leocadia y Valeria, virgenes y mártires.
10 V. *Ayuno.*—Ntra. Sra. de Loreto, stas. Gorgonia y Eulalia.
11 S. *Ayuno.*—Stos. Dámaso, papa español, cfr., y Daniel Estilita.
12 D. *III de Adviento.*—S. Donato y sta. Emerenciana, v. y mr.
13 L. Sta. Lucía, virgen y mártir.
14 M. Stos. Nicasio, obispo, y Arsenio, mrs.
15 M. *Témporas y ayuno.*—Stos. Ireneo, Cándido y Fortunato, mrs. y stas. Albina, vgn. y mr. y Adelaida, emperatriz.
16 J. Stos. Eusebio, obispo, y Valentin, mrs.
17 V. *Témporas y ayuno.* – Stos. Lázaro, ob. y cfr. y Floriano, mr. y sta. Vivina, virgen.
18 S. *Témporas y ayuno.*—Espectación de Ntra. Sra., y s. Teótimo.
19 D. *IV de Adviento.*—Stos. Nemesio y Ciriaco, mrs.
20 L. Sto. Domingo de Silos, abad, y sta. Liberata,
21 M. Sto. Tomás, apóstol. VERANO.
22 M. Stos. Demetrio, Floro y Zenón, soldado, mrs.
23 J. El beato Nicolás Factor, y sta. Victoria, vgn. y mr.
24 V. *Vigilia con ayuno y abstinencia.* — Stos. Gregorio, Luciano y Delfin, obispo, y sta. Tarsila, virgen.
25 S. ✠ LA NATIVIDAD DE N. S. J. C., y sta. Anastasia, virgen y mártir.
26 D. S. Esteban, protomártir.
27 L. S. Juan, apóstol y evangelista.
28 M. Los Santos Inocentes, stos. Teodoro y Castor, mártires.
29 M. Sant. Tomás Cantuariense, obispo y mártir, y el sto. rey profeta David.
30 J. Stos. Severo, Honorio y Donato, mrs., y sta. Anisia, mr.
31 V. S. Silvestre, papa y cfr., y stas. Paulina é Hilaria, mrs.



¡MUY BUEN VIAJE!

(EN AÑO NUEVO)

Cortésmente os acompañamos, queridos amigos nuestros, hasta el umbral de la casa. La cuadrilla, compuesta de doce respetables caballeros, que han venido á robarnos y nos han robado un año de existencia, amén de muchas ilusiones y de algunas verdades, se despide ahora, ó lo que es lo mismo, cambia de nombres y de trajes para continuar cometiendo las mismas fechorías.



Esos doce señores tienen casi todos la propia estatura, pulgada más, pulgada menos. Sólo uno, el travieso, el medio loco, es un poco más bajo. Cada cuatro años crece como si se empinara para ver quién es el nuevo presidente, pero en seguida recobra su habitual tamaño. Este chiquitín parece un cascabel.

Antes de que se alejen esas doce personas, que ya están con el sombrero en la mano, debemos saludarlas con respeto, como se saluda generalmente á los ladrones. Veámoslas por la última vez, pero no tales como son, porque á nadie es bueno ver tal como es, sino como las disfraza nuestra fantasía, como

las pinta la memoria. No iguales, no uniformadas, no con sus treinta ó treinta y una casillas de tablero invariable, sino distintas, individualizadas, como las vemos á través de los recuerdos.

¿Qué es Enero? Es un niño, pero no un niño recién nacido, sino uno que ya come dulces, compra juguetes, pide dinero á su papá y empaña con su vaho el cristal de los aparadores. Le gustan todos los colores, así como de joven le gustarán todas las bonitas. Salta como la pelota, corre como



el aro, gira como el trompo. A veces es ya un verdadero general; la prueba es que maltrata á sus soldados. A ratos deja la espada por la prestidigitación, por la caja de suertes ó de escamoteo, y se convierte en hombre político color de rosa en su cutis, porque Enero no come pan como nosotros, sino merengues, caramelos, cerezas.

Este mes no existía antes. Es francés. Hay quién opina que vino con su tambor flamante y su corneta de brillantísimo latón cuando vinieron los zuavos. Pero él lo niega. Asegura que llegó en un baúl de una cantatriz de ópera bufa. Poco á poco fué recibiendo su equipaje: las bolsas de dulces, las cajitas de raso acolchonado, los muñecos que dicen *sí*

como los diputados, las muñecas que cuestan mucho como las mujeres, los ferrocarriles de hojalata, las casitas de madera. Antes no había más que un niño de porcelana, el niño Dios. Desde que vino el francesito Enero hay muchos porros.

Tras de Bebé llega Cascabel.

Es el más rehilete; no cesa de moverse. Ya ése no es niño... ¡qué ha de ser! Cierra el rector la puerta del colegio,



apaga los faroles de los claustros, ronda las celdas con paso cauteloso, espía por los agujeros de las cerraduras: todos duermen! Tranquilo, pues, retírase á su cuarto. Pero apenas ha abierto el viejo rector su libro de pergamino, apenas se ha sentado en el sillón de cuero, cuando Febrero, que se fingió dormido, entorna la puerta de su celda, atraviesa de puntillas los pasadizos y los corredores, baja las escaleras sin hacer ruido, como baja una bolita de azogue por el plano inclinado de un espejo... Salta las tapias de la huerta... ¡y allá va por la calle obscura con rumbo al teatro! ¡Qué colegial! ¡Qué

alegre y decidor es Cascabel! ¡Qué bien sabe arrancar una careta... con los labios! ¡Y cómo duerme en Marzo el chiquitín desvelado!

¡Ah! Marzo es triste. Es el regaño después de la travesura. La mamá se pone seria. Cascabel le anda huyendo el cuerpo, pero al cabo la entrevista es inevitable. Inútil fué que Cascabel se quedara á fumar con una tía; inútil que llegara á su casa después de media noche: la señora espera. Y fué preciso oirla.



¿Cómo paga Febrero su estudiantil escapatoria? Pues como la pagan todos los hijos de padres católicos antes de cumplir los quince años: yendo hipócritamente compungidos á la sacristía de alguna iglesia, en donde los aguarda el confesor de la mamá. Mes de Cuaresma.

La rosa se quita su corsé. La violeta abre los ojos. El agua no es lluvia aún, es rocío. El pájaro sale de la Escuela. Y en la atmósfera azul, cantando *bras dessous bras dessus*, corren Abril y Mayo por los campos. Abril es hombre; mujer Mayo. ¿Que si se casaron?... Creo que sí, pero no lo aseguro. En todo caso se casarían ayer: todavía se aman mucho. Muy

lindo es el sombrerito que lleva ella. Muy elegante la corbata de él. Están contentos de la vida los dos novios. Y ni él conoce á ella ni ella á él.

En llegando al último día del mes risueño, comienza el año á entristecerse. Ya va de bajada. Junio y Julio no están tristes habitualmente; pero sí de mal humor. Riñen con sus mujeres, padecen reuma de cuando en cuando. ¿Veis á ese caballero de paletot de hule, sombrero hongo y de paraguas



inglés que se dirige al teatro, al club ó á algún café en noche lluviosa? Ese caballero es Junio que se aburre en su casa. ¿Y aquel otro que va á la casa de una amiga? Ese es Julio.

Agosto reconcilia á los esposos mal avenidos. Trae un niño rubio para ellos y... para otros un puñado de oro. Por algún tiempo recobra el año su alegría; pero ya no es amor el que lo anima: es la ambición, es el deseo de gloria, es la lucha por conquistar el vellocino de oro.

¡Qué ruido hace Septiembre! Tambones, clarines, disparos de cañón... ¡Seré fuerte! ¡seré poderoso! ¡seré rey! Es el hombre en plena virilidad corriendo en pos de la fortuna ó de

la gloria! Pero á poco el delirio se apacigua: ¡allí está Octubre! El crepúsculo azul envuelve el alma, se siente uno cansado; se desea, no la muerte, pero sí el sueño. Después de todo, la gloria es vana. Mejor es la dicha del hogar. Mejor es llevar á los niños de paseo en esas tardes que comienzan á ser largas para que los papás puedan ir á la calzada con sus hijos. Mejor es proveerse de pieles para el invierno. Ya tenemos nuestra casa, nuestra mujer, nuestra familia, ¿para qué ir en busca de aventuras?

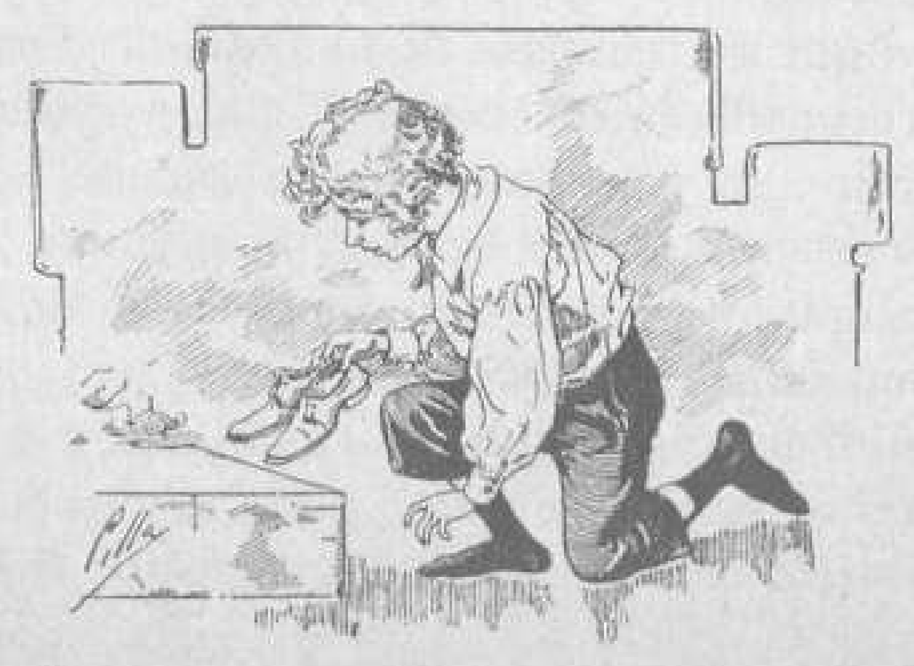
Pero la vida no perdona. El apuntador llama á otro personaje y éste se presenta: es Noviembre. Las campanas se estremecen cuando él llega. La naturaleza encógese aterida y la noche comienza á ser muy larga, como para acostumbrarnos á la muerte. Noviembre es blanco, pero no como el traje de las novias, no como el azahar: como la cera. Él nos enseña lo que Renán llama la última ciencia: la resignación al olvido.

Y ya en Diciembre todavía vivimos, pero no en nosotros, sino en nuestros hijos. Es el mes niño y no el mes viejo, como lo pintan los artistas que no saben verlo. Por eso Jesús quiso nacer en él y por eso vemos cómo se alegran todos los niños en Diciembre. Es el mes de los cohetes y de las zampoñas, de los panderos y de los rabeles, el mes en que hasta el mismo Dios es niño.

Nosotros vemos jugar á nuestros hijos y vamos cerrando los ojos poco á poco.

Llega San Silvestre, reza las oraciones de los agonizantes, y mientras los niños dejan sus botincitos en la chimenea para ver qué deja en ellos el nuevo año, nosotros nos vamos por no estorbar, seguros de que nada trae ya para nosotros.

Méjico. MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.



Bellezas americanas



ARGENTINA



ESTRELLAS

(ESCENA ÍNTIMA)

EN EL ÁLBUM DE LAS DISTINGUIDAS SEÑORITAS MARÍA Y AÍDA ESPASA

Mi Musa. ¡Felices noches!
Yo. ¡Felices!
¡Vén!...
Mi Musa. ¡Qué pegajoso!... ¡aparta!
Yo. ¿Has recibido mi carta?
Mi Musa. Esta mañana.

Yo. ¿Qué dices?
Te la escribí, según creo,
el quince... ¡eso es!
Mi Musa. No hagas caso;
hijo mío, en el Parnaso
anda muy mal el correo.
Mas dí, ya que me llamaste,
¿qué quieres?
Yo. Seré conciso;
tengo un grave compromiso...
Mi Musa. ¿Algún álbum?
Yo. Acertaste.
Mi Musa. ¿Y de inspiración en pos
por eso otra vez me invocas?
¿quién es ella?
Yo. Te equivocas;
no es una sola... ¡son dos!
Siento admiración no escasa
por ellas, y desearía...
Mi Musa. ¿Cómo se llaman?
Yo. María
y Aída...
Mi Musa. ¿Y qué más?
Yo. Espasa.
Mi Musa. Cuando te encantas al verlas,
deben de ser muy hermosas.
Yo. Por su belleza, dos rosas.
y por su virtud, dos perlas.
Mi Musa. ¿Y has escrito algo?
Yo. No mucho;
la cosa es dificililla;
sólo hice una redondilla.
Mi Musa. Pues léela; ya te escucho
Yo. «Si vuestra alma es toda amores
y sois virtuosas y bellas,
¿qué mucho que os llame *estrellas*,
al prodigaros mis flores?...»
Mi Musa. —¡Hombre! aparte de lo huero,
es tan viejo el símil tal,
que está ya en un madrigal
que hizo Adán, siendo aún soltero.
Cantar en él á Eva quiso,
y por un precio algo módico
se lo publicó un periódico
con *monos*, del Paraíso.
Yo. ¿Prensa allí?...
Mi Musa. Y de las mejores.

YO. ¿Y se pudo sostener
tal diario?
MI MUSA. Murió al nacer...
por falta de suscritores.
YO. En fin, si el símil no cuela...
MI MUSA. Por lo original no brilla,
mas sirve la redondilla
para hacer una *espinela.*
YO. De un verdadero conflicto
tu ingenio ¡oh Musa! me saca;
vén... siéntate en mi butaca
y dicta.
MI MUSA. Me siento... y dicto:
«Si vuestra alma es toda amores
y sois virtuosas y bellas,
¿qué mucho que os llame *estrellas,*
al prodigaros mis flores?
No hay penas ni sinsabores
que no sepáis endulzar,
y aunque tratéis de ocultar
vuestra ciencia peregrina,
siendo *estrellas,* se adivina
otro *cielo* en vuestro hogar.»
YO. «Vuestro hogar...»
MI MUSA. Firmas ahora
y estamos del otro lado.
YO. ¿Te vas?
MI MUSA. Sí, que eres casado
¡y si me ve tu señora!...
YO. No temas...
MI MUSA. ¿A qué empeñarte?..
Volveré.
YO. ¡Cruel!
MI MUSA. No me riñas...
Cuando veas á esas niñas,
expresiones de mi parte.

CASIMIRO PRIETO.

20 Junio de 1896.

EPIGRAMA

—¿Mano de nieve, Sofía,
tu prima de Polvoranca?
—Pues es verdad, á fe mía;
no lo será por lo blanca,
pero lo es... por lo fría.



RECUERDOS DE GUIPÚZCOA

EN EL GOYERRI [1]

Llega el invierno y la alegría desaparece. Las montañas se cubren de nieve; braman furiosos los vientos; los arroyos, convertidos en rápida corriente, precipítanse torrentosos; y los árboles de nudosas ramas, desprovistas del verde ropaje, destacan su tétrica silueta sobre un horizonte sombrío.

En las montañas del *Goyerri*, donde el invierno se enseñorea desplegando sus frías galas, cubriendo los montes y planicies de nieve que borra caminos y veredas; en esas montañas llenas de hermosos bosques que durante el estío cobijan con su fresca sombra, y entre la fina hierba, sabrosos setales; he visto más de una vez á los sencillos y crédulos caseros, al pasar por los bordes de alguna cima ó precipicio, mientras soplaba furioso el huracán exhalando lúgubres gemidos, persignarse y mirar medrosos y con desconfianza á su alrededor, creyendo ver surgir á cada paso algún *basojaun* [2]

[1] Parte alta.
[2] Señor de los bosques.

maldito, cuya trágica vida transmiten tradiciones y consejas.

Triste es el paisaje que las faldas de esos montes presentan durante la fría estación: la nieve que cae lenta y constantemente; los prados amarillentos y sin flores que los alegren; las alamedas de cuyas desnudas ramas cuelgan copos de nieve que el frío congela; los rústicos caseríos que salpican la montaña y que desaparecen casi bajo el níveo sudario, todo entristece el alma de los moradores de esa comarca, que no pudiendo gozar contemplando los encantadores paisajes que durante el estío brotan en sus montañas, buscan en los recuerdos dulces expansiones para su espíritu, y en el caserío, al calor de la azulada llama que alegre chisporrotea en el hogar, la alegría franca y serena que caracteriza á la familia vascongada.

En una pequeña aldea, que atrevida y garbosa se levanta en la ladera de una de esas montañas, cuyas diez ó doce casitas separadas por pequeños setos, entre las que descuella su humilde iglesia, parecen trepar las escarpadas rocas, pasé algunos días preso por las terribles nevadas que imposibilitaban toda salida del villorrio, gozando de la deliciosa compañía de aquellos aldeanos, cuya rústica sociedad, desprovista de toda gala y ostentación, y, digámoslo de una vez, de todo aparato teatral, no deja de ser agradable por lo sencilla é ingenua.

Cuando los últimos toques de la oración se perdían en la montaña, y los postreros rayos del sol se elevaban perpendiculares en un horizonte anaranjado, volvían los caseros de las cercanas heredades, con la azada al hombro, cubiertos de nieve que el viento pulverizaba azotando sus bronceados rostros, caminando con paso lento y entonando alguna de las alegres canciones que encarnan los sentimientos de aquel honrado pueblo. Contentos volvían al caserío, cuya chimenea lanzaba al frío ambiente caprichosas espirales de humo, y donde la tierna esposa ó la amorosa madre les recibía con afán, dispuesta la cena abundosa en humilde y limpia mesa.

Una de las noches que pasé en la aldea, cené en compañía de una de esas felices familias; al levantarnos de la mesa, salí á la puerta deseoso de contemplar el paisaje. ¡Cuán

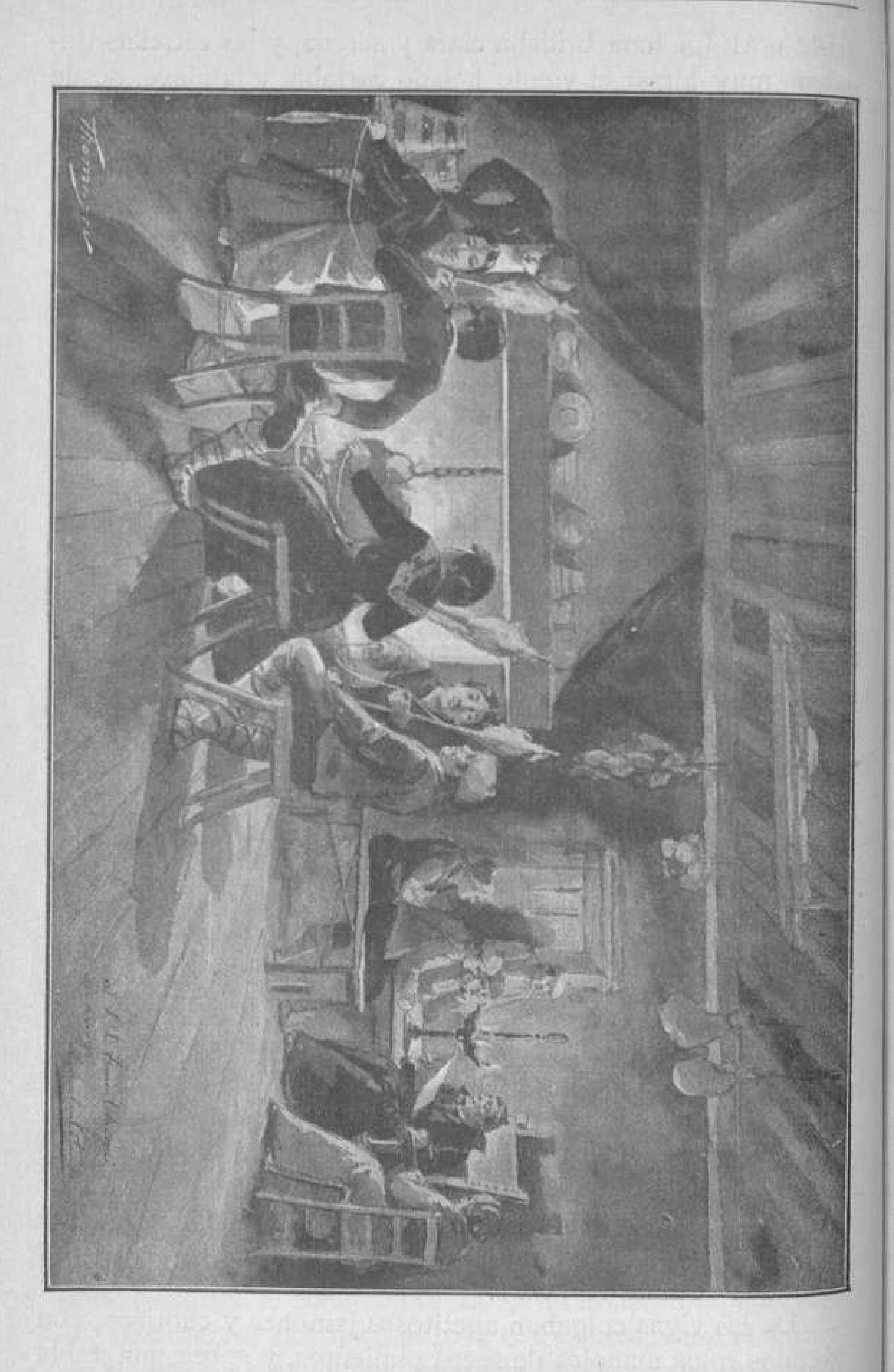
triste era! La luna brillaba clara y serena, y las estrellas titilaban muy altas; el viento helado cortaba, y la nieve, desde la elevada cumbre, tendía su inmensa y luminosa sábana cubriendo el pequeño valle; el silencio era solemne, sólo el ladrido de los mastines que guardan los rebaños lo interrumpía de vez en cuando; en los vecinos caseríos veíase brillar una que otra luz, que iban extinguiéndose poco á poco, y el silencio recobró momentáneamente su imperio.

Poco después oyéronse lejanos murmullos, y luego conversaciones cercanas, no tardando en destacarse sobre la nívea alfombra pequeños grupos de moradores de los otros caseríos, que se dirigían al nuestro, donde aquella noche se hacía sociedad.

¡Hacer sociedad! ¡Parece tan raro esto en aquellos apartados y solitarios lugares! Sin embargo, los labriegos rendían fiel tributo á esta necesidad innata al ser humano, y sin música, sin literatura, sin modas de que hablar, se reunían todas las noches en uno de los caseríos, turnándolos diariamente. Aquella noche le correspondía al nuestro.

La reunión tenía lugar en la cocina: ésta era grande y cómoda; en el fondo, en una enorme piedra que servía de hogar, chisporroteaba alegre el fuego; en la pared se veía incrustada una plancha de hierro, y un poco más arriba la amplia campana de la chimenea, de cuyo centro pendía una gruesa cadena llamada *elaza*, que sirve para colgar la olla; alrededor de la campana, detrás de una pequeña baranda de madera, se percibían cacharros, marmitas y otras vasijas hechas un ascua de oro; á un lado del hogar estaba la leñera, y al otro, en un pequeño estante, dos herradas cuyos aros de cobre brillaban bajo los tímidos rayos que la luz de un candil lanzaba; en la pared de la derecha, en un rústico aparador, se veían platos y fuentes de gruesa loza, á continuación una mesa, y en ella dos vasijas de barro llenas de sabrosos *piperras;* en la de la izquierda había una ventana cuyos vidrios empañados, apenas permitían distinguir bajo el reverbero de la luna la cercana montaña.

De las vigas colgaban apetitosos jamones y chorizos, con algunos rojos manojos de secos pimientos, y sobre una tabla suspendida estaban colocados algunos quesos hechos con la



exquisita leche de los rebaños que apacentan las praderas de aquel montañoso país.

Después de las salutaciones de costumbre, se formaron dos grupos, uno de viejos, otro de jóvenes; sentados los primeros en torno de la mesa, jugaban á la *treinta y una*, tejiendo ellas su tradicional calceta y fumando ellos en sus inseparables pipas de barro; los segundos, el grupo joven, donde retozaba la alegría entre risas apagadas por el respeto que á las *amachus* y *aitonas* se tiene, estaban sentados en la piedra del hogar y en largos bancos que á su alrededor había, hilando las *neskas* la tarea que de sus casas llevaran y conversando con los mozos que las hacían compañía.

Pasada la primera media hora, que sirvió para comunicarse las impresiones del día, los cuentos y chismes, los celos y envidias, que nunca faltan y más bien sobran en las pequeñas aldeas, se pidió á uno de los presentes, famoso contador de cuentos, que narrara alguna de las consejas ó tradiciones de su vastísimo repertorio; así lo hizo, siendo escuchado con gran atención é interrumpido muy á menudo por las muchachas, que suspendían su trabajo para saborear los pasajes que más herían su imaginación.

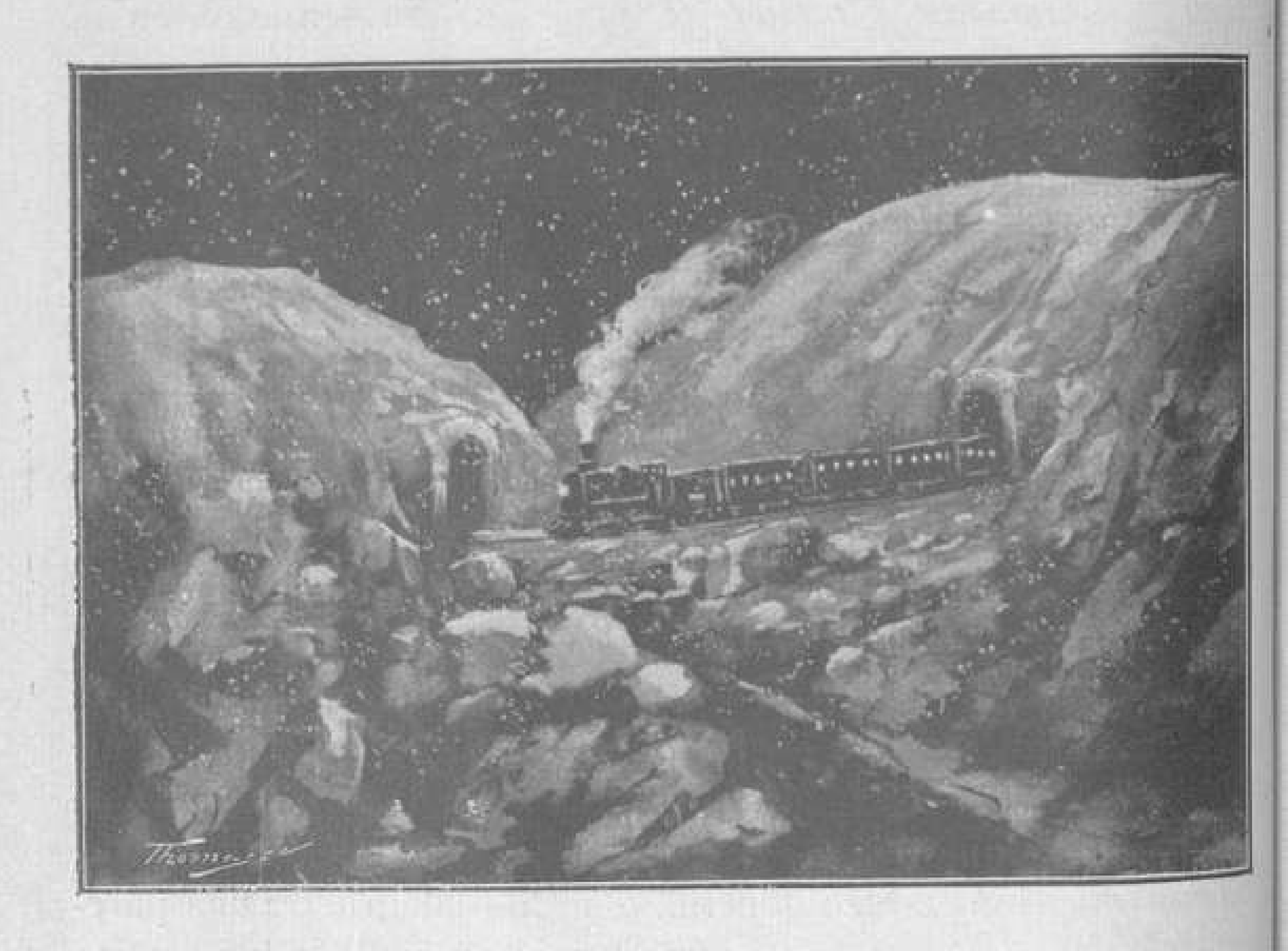
Acabado el cuento y suspendido el juego de los viejos, se comieron sabrosas castañas rociadas con picante *pitarra*, que era servida en un vaso que corría de mano en mano, y se llenaba á medida que se vaciaba; después de esta colación, la conversación se hizo general, con gran alegría de una parejita de enamorados que, sentados al amor de la lumbre, se aprovechaban de la pequeña algazara, no precisamente para contarse cuentos ni chismes, sino para decirse dulces palabras y ternezas que alegraban sus corazones.

Como era la noche de un sábado, único de la semana en que se permite bailar, las muchachas se apresuraron á concluir sus tareas para entregarse á tal diversión. Y entre bromas y risas avanzó la velada, hasta que en un viejo reloj de sonoras voces que en la vecina habitación había sonaron grave y pausadamente las doce.

Inmediatamente cesó el baile, los viejos levantaron sus soñolientas cabezas, y todos, alegres y contentos, se despidieron de los dueños de casa, siendo acompañados hasta la puerta.

La luna había desaparecido, y la noche tendía su negro y estrellado manto sobre aquel paisaje nevado.

Agrupados en la puerta del caserío, contemplamos un momento aquel cuadro, cuando de repente hirió nuestros oídos el potente silbido de la locomotora; dirigimos nuestra mirada á las montañas, y entre dos de éstas vimos, primero un resplandor inmenso que se refractaba en la nieve, luego una cabellera de fuego, y después una larga línea de luces;

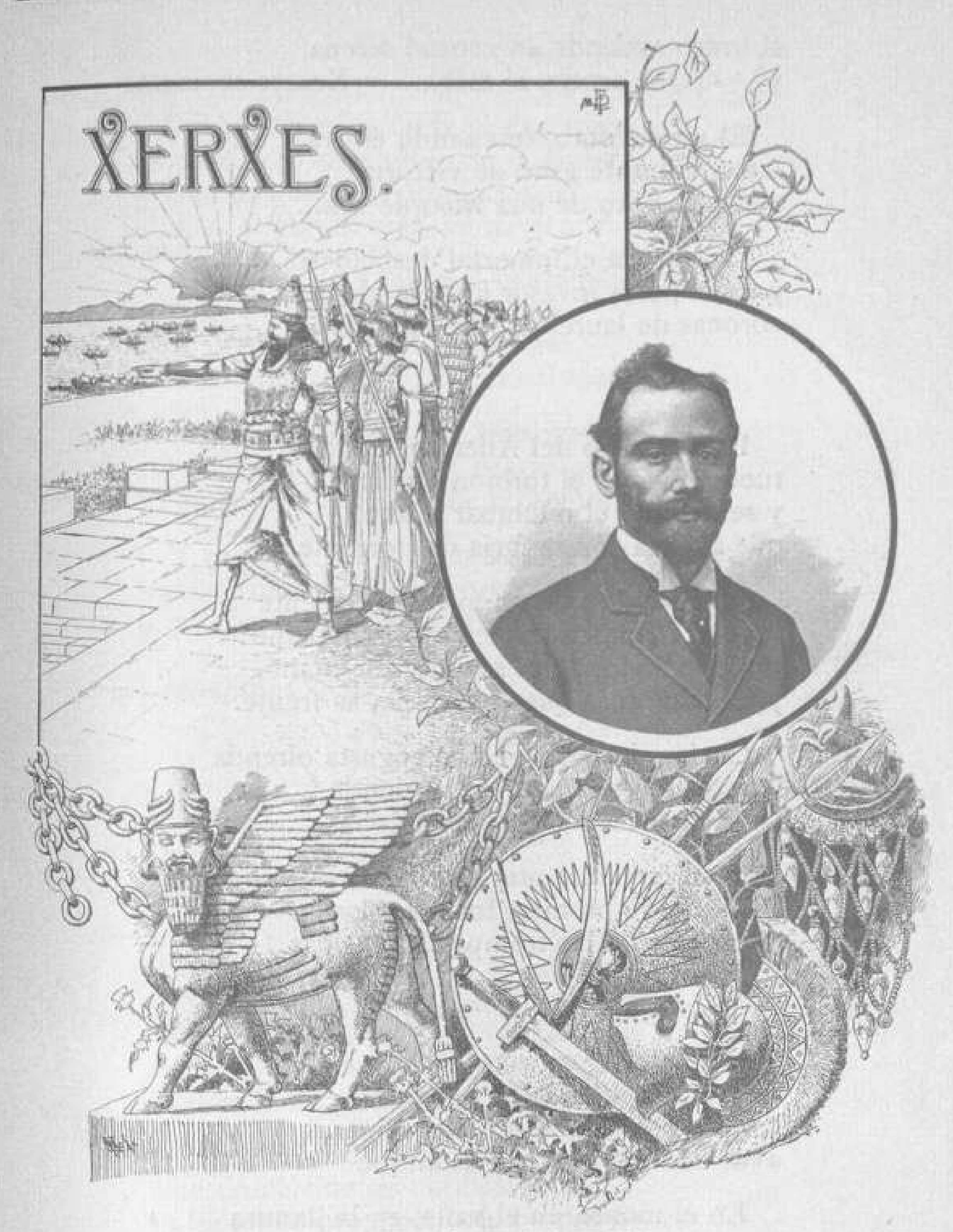


era un tren que salía de un túnel, y rápido, precedido de sonoro grito, se hundía en las entrañas de otro monte. Poco después se dirigieron todos á sus caseríos, en los que vimos brillar algunas luces.

Pasaron breves instantes, las luces fueron extinguiéndose poco á poco, el silencio se hizo más imponente, y al dirigir mi última mirada á aquel cuadro, sólo distinguí en la ladera de una cercana colina, las negras siluetas de dos ó tres aldeanos que se dirigían á su caserío, iluminando el tortuoso sendero con rústicas antorchas de paja.

Tomás Otaegui.

Buenos Aires, Junio de 1896.



A ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

I

El Helesponto enfurecido brama;
de sus olas agita la melena
como león sobre la roja arena
cuando la fiebre del amor le inflama.

Entre la muchedumbre que le aclama,
de orgullo y odio la mirada llena,

el brazo extiende en actitud serena
y —«¡Que azoten el mar!...»—Xerxes exclama.

El viejo Ponto, rebosando en ira,
lanzó vibrante grito de victoria
como el Peán de una tricorde lira...

¡Y allá, en el inmortal desfiladero,
para el persa invasor forjó la gloria
coronas de laurel y almas de acero!

II

Bajo el cielo del Ática esplendente
rueda sus olas el turbión humano
y se percibe el retumbar lejano
que avanza con la furia del torrente.

A la sombra de un mirto floreciente
tuvo el monarca ensueño sobrehumano:
era el mundo, á sus plantas, un enano,
y, erguida más que el Osa, era su frente.

Cuelga del árbol, como augusta ofrenda
los soberbios tapices de su tienda,
las joyas de sus regias concubinas;

Y en ferviente oración, puesto de hinojos
del vencido promete los despojos
al claugor de las trompas argentinas.

III

Impulsadas por vientos de bravura
atraviesan el golfo las galeras
con los remos abiertos, cual ligeras
aves marinas por la azul altura.

En el monte, en el valle, en la llanura
combaten los hoplitas como fieras
y oye Xerxes las voces lastimeras
que anuncian su derrota y su amargura.

A la distancia el Parthenón surgía
como tácito emblema de venganza,
cual una amenazante profecía...

Y el gran rey vió brillar en lontananza
un destello de sol que refulgía
sobre el oro bruñido de una lanza.

IV

Fulguraba en la tarde el firmamento
como el rojo encendido de la gloria,
y cual una oración propiciatoria
el mar, el glauco mar, vibró su acento.

Atormentado y triste el pensamiento,
juguete del destino y la victoria,
lloró Xerxes su inútil vanagloria
y su amargo gemir extinguió el viento.

De pie sobre la plaza, ensangrentado,
roto el cetro y el manto desgarrado,
irguió la frente con dolor supremo.

Y perseguido alción entre la bruma,
franjas cortando de salobre espuma,
huyó con él el último trirremo.

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, 1896.

LECTURAS

Á DANIEL MARTÍNEZ VIGIL

De la dichosa edad en los albores
amó á Perrault mi ingenua fantasía,
mago que en torno de mi sien tendía
gasas de luz y flecos de colores.

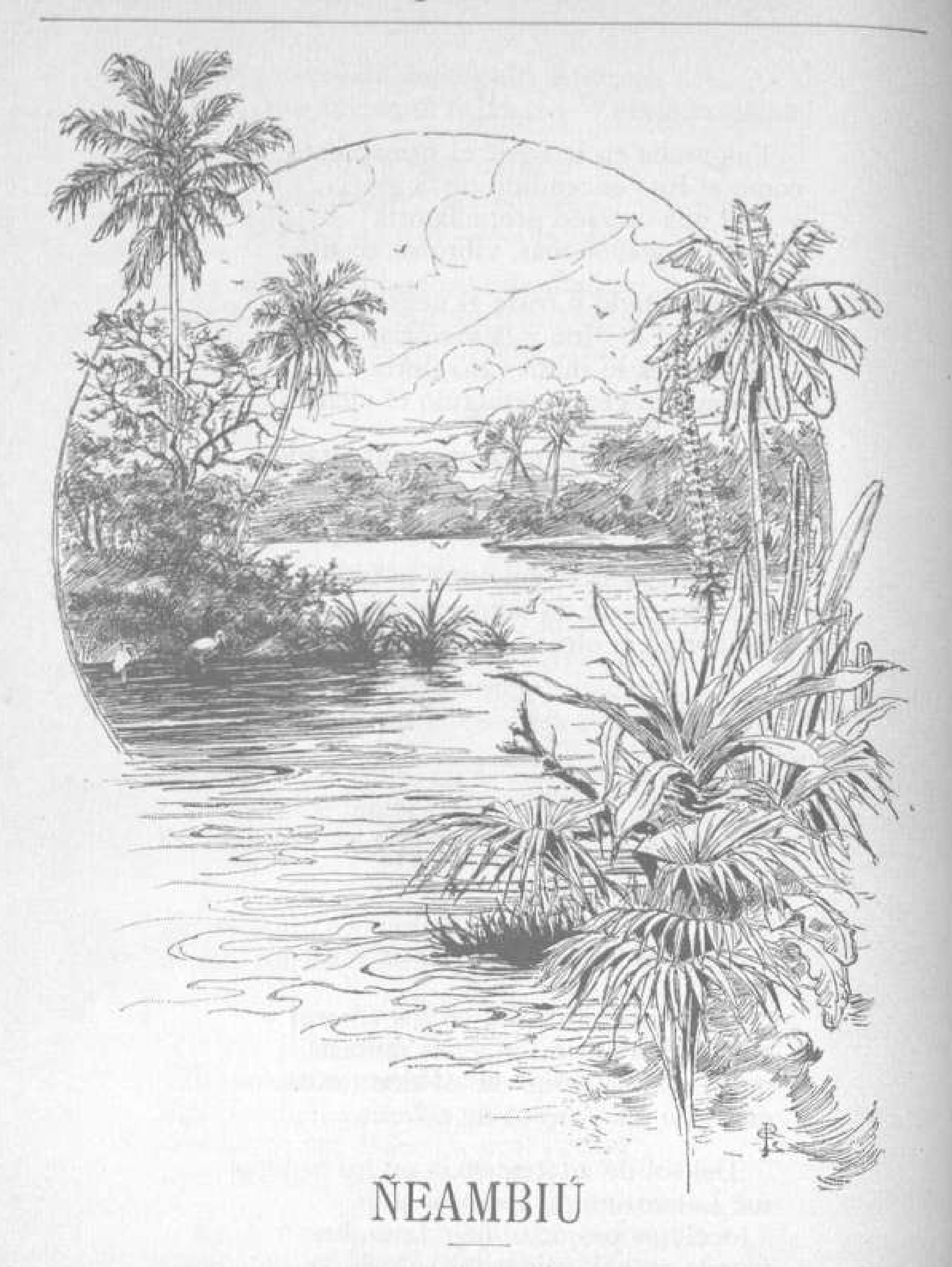
Del sol de adolescencia en los ardores
fué Lamartine mi cariñoso guía.
«Jocelyn» propició, bajo la umbría
fronda vernal, mis ocios soñadores.

Luego el bronce hugoniano arma y escuda
al corazón, que austeridad entraña.
Cuando avanzaba en mi heredad el frío,

Amé á Cervantes. Sensación más ruda
busqué luego en Balzac... y hoy ¡cosa extraña!
vuelvo á Perrault, me reconcentro, y río!...

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Montevideo.



ÑEAMBIÚ

LEYENDA GUARANÍTICA

Las aguas del Uruguay, mansamente ondeadas por el aire embalsamado de las regiones que se avecinan á la hoguera de los trópicos, mecieron la cuna de Ñeambiú, joven guaraní, hija única de un poderoso cacique de la comarca que le viera ejecutar hazañas nunca vistas de ojos humanos.

Las dulces aguas del Uruguay enviaban de continuo al

mar salado las ardientes lágrimas amargas con que Cuimbaé, fuerte mocetón generoso, desahogaba la pena inmensa que le producía el empeño con que el susodicho cacique obstaba á las legítimas aspiraciones de un amor correspondido. El cacique y la cacica (su mujer), no querían ni siquiera pensar en que la hija única en quien adoraban pudiera algún día separarse de su lado. Arrancarla de su hogar, para ellos, era lo mismo que arrancarles el corazón.

Una vez preguntó á sus padres la apasionada Ñeambiú:

—¿Conque no me dejáis casar con Cuimbaé?

— Hija del alma, le respondieron sus padres, tú no debes casarte aún, y mucho menos con hombre que pertenece á la raza de los tupíes, que ayer fueron nuestros crueles enemigos y sin duda mañana volverán á serlo de nuevo.

— ¡Crueles! repuso Ñeambiú: soislo vosotros más con esa hija que decís del alma. ¡Ah! ¡Yo soy hija de la desgracia!

Decir que Ñeambiú era por extremo hermosa, y que á la prenda de la hermosura reunía la más estimable de una sensibilidad tan delicada que se traslucía en todos los movimientos de su semblante y en todos los fulgores de sus ojos hechiceros, está de más. Está de más; porque el menos experimentado alcanza que si la tierna Ñeambiú no fuera tan bella y sensible no hubiera podido ser tan desgraciada. Un día desapareció de la casa de sus padres. Acudieron éstos á la de Cuimbaé, sospechando que, de concierto con él, hubiera tomado su hija la determinación de escaparse. Cuimbaé, con no menos sentimiento que los caciques, manifestó á las claras la singular sorpresa que le causaba el que una joven tan discreta y obediente como era Ñeambiú hubiese salido fugada del hogar paterno. Pero dijo:

— Yo soñé que una mujer muy fiera, llamada la *Desgracia*, la había llevado á los montes del Iguazú, donde mora entre las aves y los cuadrúpedos, que ni la ofenden ni huyen de su presencia.

— ¡Al Iguazú! ¡al Iguazú! clamó con delirio el cacique, ¡al Iguazú, á buscar á mi hija, que se la ha llevado *Caaporá!*

— ¡*Caaporá, Caaporá*, repiten á una los vasallos del in-

fortunado cacique, se ha llevado á Ñeambiú! ¡A buscar á Ñeambiú, que se la ha llevado *Caaporá*, el demonio de los bosques! ¡A buscar á Ñeambiú!

El clamoreo de los *ipecúes* (*carpinteros* en castellano), pájaros que gritan mucho cuando ven gente, excitó la curiosidad de la fugitiva, quien, saliendo de entre espeso monte,



topó con los vasallos de su padre, el cacique, los que cariñosos, la rodean é invitan á volver al seno de su familia. Mas el exceso del dolor sin esperanza y sin consuelo ahogara en el corazón de Ñeambiú el dulce fuego de los afectos. Había perdido la sensibilidad, y, junto con la pérdida de la sensibilidad, perdiera el habla. Muda é insensible Ñeambiú, nada respondió á los solícitos vasallos de su padre, ni dió muestras de importarle la vida del hogar. Volvió las espaldas é internóse de nuevo en los montes del Iguazú.

Las compañeras de Ñeambiú, aunque la conocieron her-

mosa entre las hermosas, no por eso la odiaron. Al contrario, queríanla mucho, como que ella se hacía querer á fuerza de bondad y de indulgencia. Fué cacica entre las jóvenes indias, por serlo de la tribu su padre; mas, por buena, gobernaba con mayor poderío los corazones. No era más prestamente obedecida que ella, con una blanda insinuación, la ruda autoridad del cacique dominador de naciones por fuerza de armas. ¡Cuánto mayor es la fuerza de los afectos!



Las amigas de Ñeambiú, en vista de la inutilidad de los esfuerzos que hicieran los vasallos del cacique para conseguir el regreso de la fugitiva, determinaron ir ellas á buscarla. Las persuasiones de la amistad cariñosa debieran sin duda moverla. Pero, ¿y si topaban con *Caaporá,* el horrible gigante cerdoso que hacía desgraciados para toda su vida á los que tenían la mala suerte de verle una vez? — No importa, se decían; mayor sería nuestro castigo, si dejáramos de socorrer á una desgraciada. *Añangá*, el genio del mal que todo lo penetra, no quiere más que un pretexto para hacer daño. Corramos á buscar á Ñeambiú.

Pensativa y solitaria hallaron á Ñeambiú sus amigas.

Creyeron éstas, y no sin razón, que siendo Ñeambiú una joven tan buena, no se podían tocar mejores resortes, para inducirla á volver al seno de la familia, que los muy sutiles de la compasión. Anunciáronle, con efecto, la muerte de algunas de las personas que estimaba. Como si nada oyese, Ñeambiú nada respondía. Ñeambiú era una fría estatua de piedra, insensible y muda. Necesitaba una revulsión moral profunda que pusiese en movimiento é hiciese revivir el apagado fuego de la sensibilidad que la empedernía.

Retiráronse desconsoladas las amigas de Ñeambiú, y volvieron nuevos emisarios con el propio designio.

—Ésta y aquélla de tus amigas han muerto, le decían... Éstos y aquéllos de tus deudos han muerto... Ha muerto el cacique tu padre... Tu madre ha muerto...

Ñeambiú nada respondía, ni manifestaba el más mínimo sentimiento. Muda la lengua y mudo el corazón...

Mudo permanecía también Aguará-Payé, el adivino, que contemplaba la triste escena.

—Haz que sienta, le dijeron...

Aguará-Payé se adelanta pausadamente y profiere estas palabras:

— *Cuimbaé ha muerto...*

Una chispa eléctrica no obra con mayor rapidez y eficacia en un cuerpo inflamable. Ñeambiú, exhalando repetidos ayes desgarradores, desaparece instantáneamente á los atónitos ojos de los circunstantes, que, penetrados de dolor, quedan convertidos en sauces. Ñeambiú, convertida á la vez en *urutaú*, elige la más vieja y deshojada de las ramas de los apretados sauces, para llorar eternamente su desventura [1].

DANIEL GRANADA.

Salto Oriental, Marzo de 1896.

[1] El *urutaú* (voz guaraní) es pájaro nocturno, á quien particulariza su extraño modo de gritar semejante al clamoroso lamento de una mujer, terminando con amortiguados ayes. Busca, para posarse, los árboles más secos y desnudos de hojas y ramas, en los que exhala sus gemidos. (*Vocabulario Rioplatense razonado* por el autor de esta leyenda).



EVA EN EL PARAISO

Lleno de efluvios, el Edén fulgura.
Vuelan las brisas con rumor sonoro;
cantan las aves en alegre coro,
y Eva aparece deslumbrante, pura.

De los pálidos lirios la blancura
tiene su cuerpo, virginal tesoro;
el sol envuelve con reflejos de oro
la casta desnudez de su hermosura.

Con tibios é irisados resplandores
la luz le forma sideral ropaje;
semejante á una ninfa, entre las flores

corre gentil, espléndida, sonriente,
mientras, traidora, oculta en el follaje
asoma su cabeza la Serpiente.

CARLOS ORTIZ

Buenos Aires, 1896.

COLORINES

Junto á la flor que tiembla en la corriente,
do al pez brillante solazar se mira,
la nívea garza, que en el aire gira,
desciende á la ribera blandamente.

Desdeñosa, pausada, negligente,
á la obscura arboleda se retira,
donde un rayo de sol, travieso, aspira
á inflamar su plumaje reluciente.

Mas, de pronto, en la margen rumorosa
del vegetal efluvio entre las brumas,
velo sutil del ave misteriosa.

Dispara un cazador... saltan las plumas,
salpicadas de púrpura y de rosa,
y el ave flota cual jirón de espumas.

F. D.

Coro (Venezuela).

MUERTA

AL POETA MOISÉS NUMA CASTELLANOS

I

Yo amo una sombra pálida, una muerta,
muerta, porque no existe para mí;
su amor perdióse como el vago viento
que cruza por el llano y va á morir...

II

Quizá en lejano y misterioso día
ese amor, como el viento, volverá...
¡También entonces amará ella á un muerto!...
¡Sé que su olvido de hoy me va á matar!

Buenos Aires. PEDRO J. NAON.



Doña Gabriela Roca

INSPIRADA INTÉRPRETE DE LA ÓPERA LA DOLORES,
DEL MAESTRO BRETÓN

LA DOLORES.—GABRIELA ROCA

Tomás Bretón compuso una *Dolores* que dió qué hacer al mundo musical, mundo de la armonía si hemos de atenernos al exacto significado que su denominación determina, pero, en realidad, bolsa de gatos, en que las garras de los compañeros se esgrimen con saña contra aquel que, presa de veleidades independientes y consciente de que algo le bulle por dentro, pugna por salirse de las filas y proferir él también la verdad artística según la entiende, dejando los senderos trillados ya por los antecesores, para que por ellos sigan los que carezcan de alas para volar á un terreno propio.

Sería extemporáneo y fuera de lugar venir á recordar aquí las querellas que, en remedo de las famosas entre gluckistas y piccinnistas, dividieron en tantas fracciones el campo de la crítica sin conseguir torcer de su camino á la citada obra que, serena é impertérrita, sigue su marcha triunfante recogiendo sufragios en todos los escenarios que atraviesa.

No es tal, pues, nuestro propósito, sino el de agregar nuestro tributo de elogio á los muchos recibidos ya por la creadora de la obra entre nosotros.

¿Habrá dado Bretón, en España, con la intérprete que ideara? No lo sabemos, pues es difícil discernir la verdad exacta entre los informes periodísticos leídos á tal distancia, cuando versan sobre personas desconocidas para el lector. Allá como acá, y en todas partes, el artista que pisa las tablas ofrece pábulo á los juicios más discrepantes, apasionados casi todos, cuyas diversas aseveraciones hacen difícil la formación de un parecer único que los condense.

Pero lo que sí sabemos es que aquí en Buenos Aires hemos tenido á *la Dolores*, á la verdadera, á la genuina, con todas sus cualidades y desfallecimientos, con su alma puramente española, con sus arrebatos amorosos, su irreflexiva y redentora generosidad, su lealtad innata y sus característicos arranques pasionales.

Todos los espectadores del Teatro Victoria habrán reconocido en estos mal trazados perfiles á Gabriela Roca, á *la Dolores* verídica, si es que, dejándonos de particularizar,

hemos de acudir á la designación genérica que define la creación de dos ilustres ingenios, á la que supone presentación de cuerpo entero de la fisonomía moral ideada por dos celebrados hijos de España.

Puede cualquier artista buena haberle dado vida palpable, con más ó menos suerte, con más ó menos verdad; pero no nos imaginamos á la impetuosa á la par que tierna aragonesa de otra manera que como la ha representado Gabriela Roca, la bella é inspirada artista á quien cupo en suerte revelarnos á la heroína de la obra, que hoy por hoy puede considerarse como punto de partida del drama lírico español.

De medios artísticos no del todo adecuados al género que actualmente nace en la Península, de educación teatral distinta de la requerida por la nueva escuela hispana, Gabriela Roca apeló á su clara inteligencia, salvando mediante tal ayuda el, al parecer, infranqueable espacio que dista entre una buena artista de zarzuela, y lo que ha de ser la actriz y cantatriz encargada de interpretar los personajes concebidos según el moderno criterio.

¿Que si fué decisiva la prueba? Ahí están para decirlo los miles de espectadores que noche tras noche se sucedieron en las aposentadurías del Teatro Victoria, experimentando el doble goce de saborear la célebre partitura, y de seguir paso á paso la reproducción fiel de las amarguras y penas de que tan pródiga fuera la suerte para con la pobre criada del mesón de la Gaspara. Y si exhaló Dolores sus penas con voz algo débil, aunque suficiente, ¡con qué intensidad no nos pintó las tribulaciones que destrozan su alma, la dolorosa sucesión de afectos que constituyen su vía crucis!

Quien tal hace merece á todas luces el título de artista. Joven aún, en la plenitud de la vida y en completa posesión de todos sus medios, ábrese nuevo campo ante los esfuerzos de Gabriela Roca; disípase en su obsequio la nube ocultadora de esta otra senda del arte que éxitos futuros la invitan á recorrer, y honrosos galardones la esperan en esta nueva etapa de su vida artística, feliz realización de todo lo bueno que su pasado teatral hiciera augurar.

JUAN CASENAVE.

Buenos Aires, Junio de 1896.



PÁLIDAS

Cruzaron ligeras las diosas desnudas
de flores sembrando las rocas agudas
al borde sereno, tranquilo del mar...
Contaban historias de amores perdidos,
vibraban sus voces los tristes gemidos
de vago, terrible, lejano huracán!

—

De pámpanos verdes ceñida la lira,
sus pálidos versos el bardo suspira
en notas que lloran angustias de ayer,
y en tanto la noche sombría que avanza
dibuja castillos allá en lontananza...
verdades de un sueño... ¡mentiras también!

—

Estrofas del bardo, palabras sin vida,
rodaron en brusca, terrible caída
llevando la pena y el duelo al cantor...
Callaron los labios, tendióse la bruma,
y locas las olas cubiertas de espuma
siguieron cantando su eterna canción.

—

Y en tanto ligeras las diosas desnudas
de flores sembrando las rocas agudas

al borde sereno, tranquilo del mar,
contaban historias de amores perdidos,
vibraban sus voces los tristes gemidos...
. . . .

—

Ensueños que vienen, delirios que van!

Buenos Aires, Abril de 1896. MANUEL B. UGARTE.

COSAS

I

¡Salve, modesto pescador de caña,
dentro y fuera de España
con notoria injusticia escarnecido!
Yo te saludo y tu amistad te pido,
¡oh, paciente anfitrión de hambrientos peces,
por tantos tantas veces
en objeto de burlas convertido!
Yo también, como tú, las horas cuento
sentado en las orillas del talento
y encaneciendo voy en la tarea
de pescar, sin pescar, alguna idea
en el revuelto mar del pensamiento.

II

Se amaban con locura; pero un día
se les murió el amor de pulmonía.
Al amor, más que el frío,
mata el aire colado del hastío.

III

A cambio de su lote de inocencia
se doctoró Pilar en esa ciencia
que tiene por maestro al niño alado,
y entrándose de lleno en el pecado,
curtida al parecer por la experiencia,
tan hábil cuanto astuta pecadora,
amaba sin amar á toda hora.
Y con risa de llanto se reía
del amor que inspiraba y que vendía.
Pero en una revuelta del camino,
nuestra sabia doctora,
en presencia de un necio perdió el tino,
y amándole con ansia desatada
nos probó que podía su experiencia
compararse á la ciencia
de los sabios que apenas saben nada.

1896 ROBERTO DUPUY DE LÔME.



¡Cuán dichoso, niña bella,
cuán dichoso es tu portero,
pues él, como el Santo Apóstol,
tiene las llaves del cielo!

—

Una mujer, por el mío
su corazón me cambió;
¡y aun te extrañas de que sea
voluble mi corazón!

—

Para *cazar* á los hombres
se adornan las chicas tanto;
por eso, sin duda, nunca
pasan de moda los *lazos*.

—

¡Extraña contradicción
la que ofrece el bello sexo!
siempre fué, la de más *humos*,
la que tuvo menos *fuego*.

—

Mirando tus claros ojos
muerto un amante cayó,
y al ver cual brillan, sospecho
que fué de una *insolación*.

Casimiro Prieto.

Bellezas americanas



CALIFORNIANA



CUENTO DE NAVIDAD

IMITACIÓN DE DICKENS

La escuela del monasterio debía cerrarse aquel día, la víspera de Pascua, el último del año escolar...

Tal vez por eso se vió llegar trabajosamente á la más vieja de las religiosas del convento hasta la puerta de la escuela, para despedir ahí, acaso por última vez, á todas

aquellas pequeñuelas de cabecitas rubias que habían llegado á ser una necesidad de su existencia.

La madre María quedaba sola y triste, con su cabeza temblorosa bajo las grandes alas de su toca blanca...

Las muchachas, formadas de dos en dos, salían ya muy alegres de la escuela, á que tal vez no volverían.

Una, la más pequeña, la más humilde, miraba con indecible ternura...

Era á ella á la que le había dicho sonriéndose la madre María:

—Inesilla, ¿te quedarías conmigo?

—No, le respondió con timidez la muchacha, besando la mano arrugada de la vieja monja, á quien emocionó dulcemente la tierna caricia de aquellos labios infantiles.

* * *

Libre ya, lejos de la escuela, la bulliciosa turba empezó sus diálogos inocentes y locos.

—¡Hoy es Pascua!

—La Pascua del Niño...

Y un grupo numeroso, sonriente, con esa sonora alegría juvenil, se encaminó á una de las calles del barrio comercial, donde están las grandes tiendas y las lujosas vidrieras, que se ostentan repletas de polichinelas y reyes magos...

La pequeñuela siguió aquel grupo y continuó andando sin saber por qué, avergonzada de su traje.

Se detuvo á mirar con sus grandes ojos muy abiertos todos aquellos ensueños y prodigios de Navidad: muñecas de ojos azules, tambores, cornetas, palacios de cartón, reyes magos,—negros como tallados en ébano,—novias vestidas de blanco, cubiertas de azahares, envueltas en el albo y transparente velo nupcial...

—¡La muñeca vestida de novia! pensó la muchacha, y se dijo tristemente ¡que no la volvería á ver!...

Y con su carita más pálida volvió al miserable cuartucho

de arrabal, pensando en la muñeca y en aquellos espejos en que se había visto tan pobre al pasar.

Entró en silencio.

La novia no se le apartaba un instante de la mente.

—Yo no tengo muñecas bonitas, no tengo nada; pensó en ese instante.

Y corrió con las mejillas encendidas en busca de una muñeca harapienta que había nacido entre lágrimas y miserias en aquel mismo cuarto, tan frío en invierno.

La besó y la dejó luego abandonada sobre su lecho.

El sol, próximo á ocultarse, llenaba la habitación de suave languidez.

Sólo ecos y rumores venían á interrumpir el silencio de aquel cuarto triste, sin estera, sin muebles, y hasta sin esos santos descoloridos que alegran tanto con su apacible compañía las habitaciones de los pobres.

Las campanas empezaban á llamar: era el toque de oración, el *Angelus* de una tarde que se iba, envolviendo á un sol rubio y hermoso en los cendales blancos y vaporosos con que se adorna el día para morir.

. . . .

La muchacha olvidaba sus penas con una vieja revista ilustrada que había hallado registrando al azar.

Miraba con sus ojitos negros, como velados por un ensueño, una alegoría de Navidad que aparecía en aquella pobre revista... Entonces la muchacha fué otra: se pintaron en ella las más extrañas impresiones de gozo, confusión y alegría: ¡la muñeca vestida de blanco había trastornado su cerebro!

En aquel cuadro obscuro, en aquella borrosa alegoría de Navidad había muchas flores, mucha luz; los colores brillantes del verano y un ángel de cabellos negros y ojos azules descendía de lo alto, en medio de la noche, cargado de juguetes y aguinaldos: ¡era el ángel de los niños pobres!

La pequeñuela lo veía descender hacia ella, batiendo sus enormes alas blancas.

Entonces rompió á llorar, y en su delirio vió después, con el más dulce gozo infantil, que el ángel traía los muñecos cogidos á montones de las piernas y de los cabellos.

Fué en busca de su vieja muñeca abandonada, la llenó de besos y, por fin, reclinó pesadamente su cabecita rubia, poblada de mil visiones risueñas, en la almohada de su lecho.

* * *

Cuando despertó, las campanas llamaban á los fieles con sus mil ecos sonoros y alados.

Era la hora de ir á saludar al Dios niño, al Dios de cabellos rubios que dormía en el fondo de una gruta, perdido entre la luz de los cirios, en medio de la atmósfera suave, perfumada por los frutos que habían dejado á sus pies, como humildísima ofrenda, los pobres y felices labriegos.

—¿Estás durmiendo? preguntó la madre desde la obscuridad.

—Soñaba con un ángel... me ha venido á ver y me ha traído unas muñecas y un vestido muy bonito...

—No hables..., tienes fiebre. Mañana, si Dios quiere, te levantarás á jugar con tus muñecas.

—El ángel volverá, ¿no es cierto?... ¿Quién será ese ángel, mamacita?

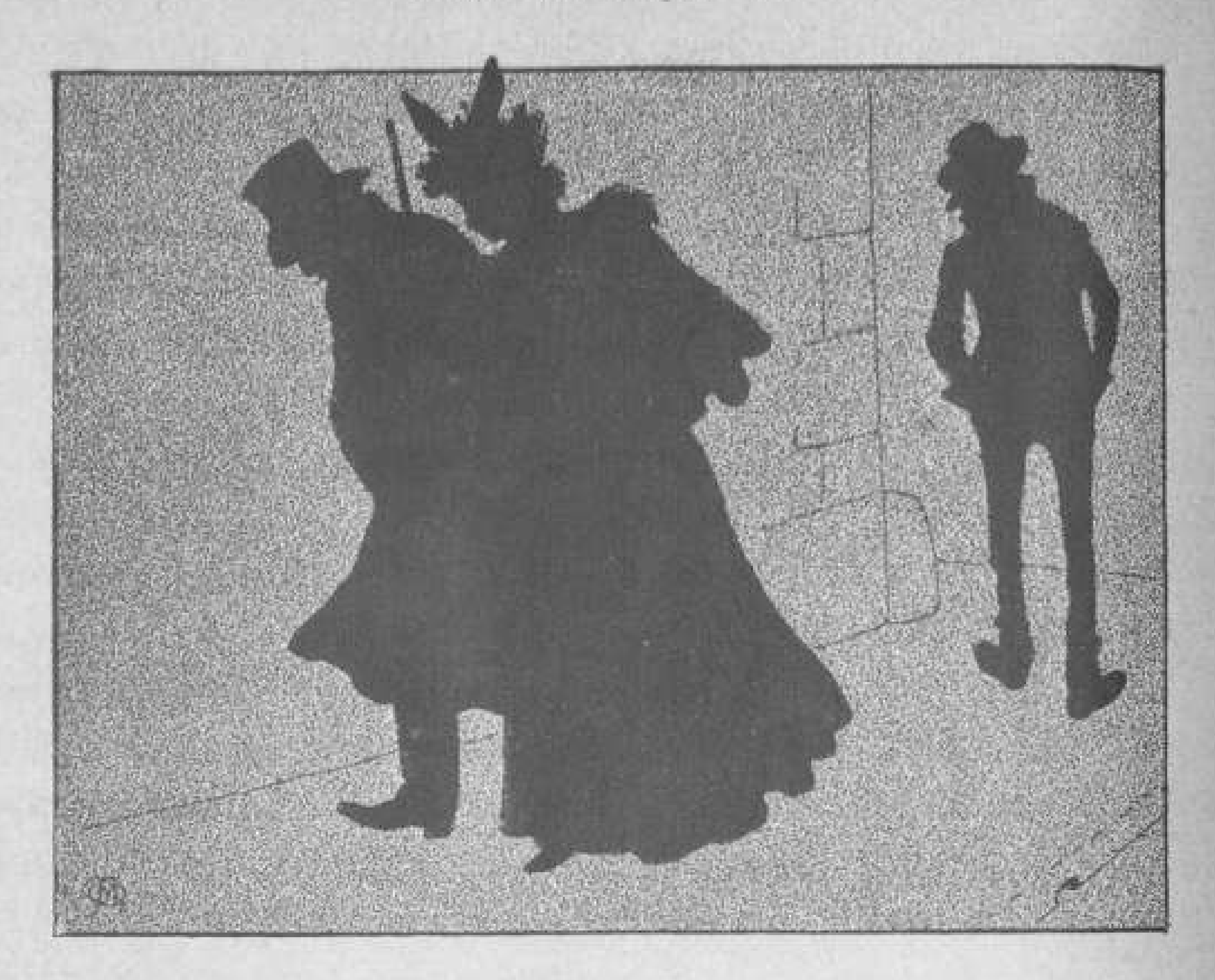
—Duerme, hija, duerme, si quieres que el ángel no se enoje contigo...

Y la favorita de la madre María, la pobre Inesilla, se quedó dormida para siempre, pensando en el ángel de ojos azules como la esperanza y de cabellos negros como la muerte..

Emilio Rodríguez Mendoza.
(A. de Géry)

Santiago de Chile, Abril de 1896.

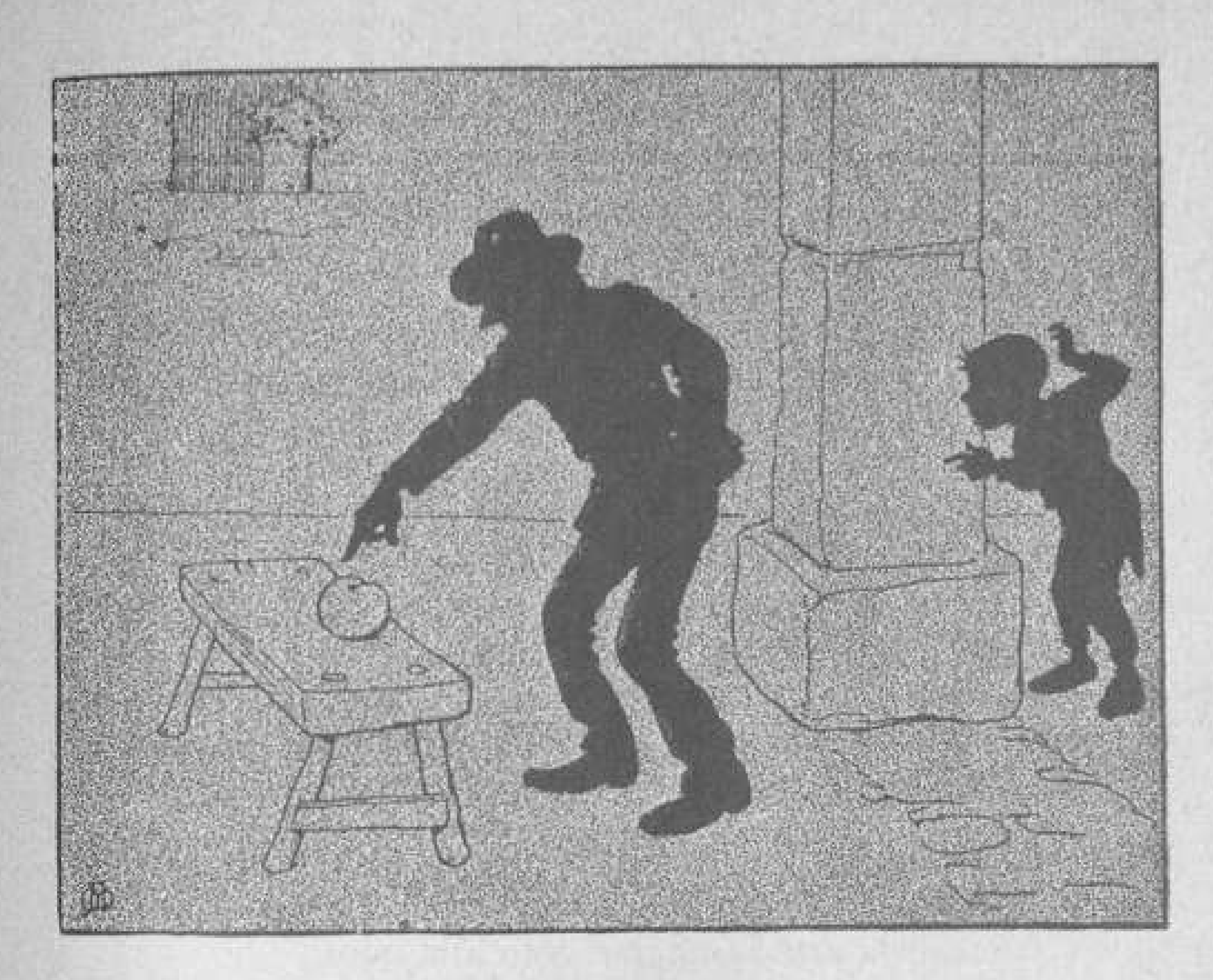
La manzana



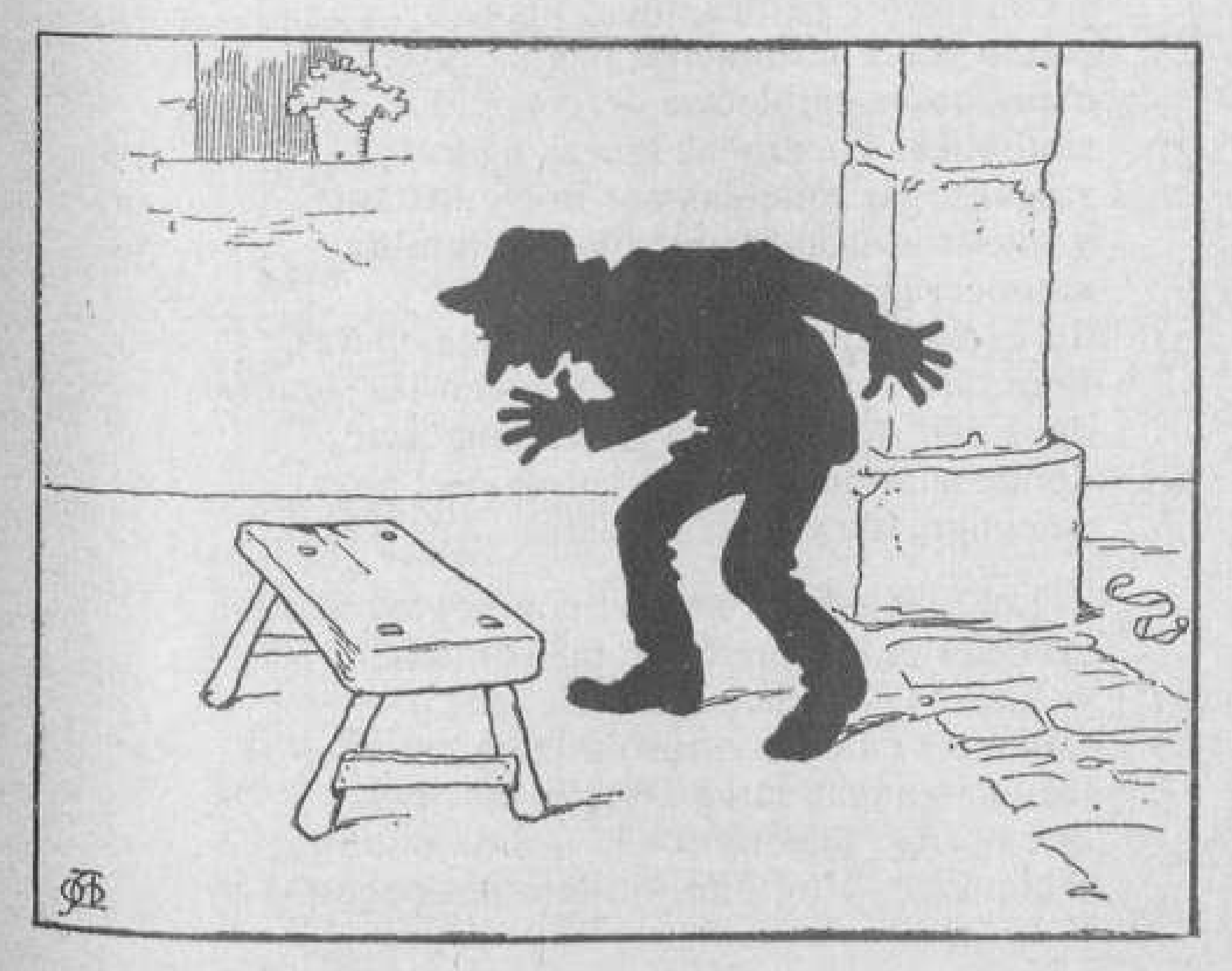
—Aprieta el paso, Gabriela,
pues hace un frío que pela.



—¿Un *frío que pela,* ha dicho?
pues ¡hombre! tengo un capricho.



—Quiero ver de aquí á mañana,
si me pela esta manzana.



—¡La peló!... ¡Dios sea loado!
pero... ¡pela demasiado!

FOSFORESCENCIAS

Á D. FRANCISCO J. AMY

Sombría está la noche: de la tormenta
huye atemorizada la vagabunda
reina de los espacios, con su cortejo
de pálidos luceros y estrellas fúlgidas.
Sobre nuestras cabezas pesadas nubes
el viento arremolina con grande furia,
y tras la enervadora fúnebre calma
se siente el aire présago de recia lluvia.
Los árboles sacuden sus ramas secas
y el suelo de las muertas hojas se inunda;
del huracán juguete, luego esas hojas
irán do las empuje su saña ruda...

Sombría está la noche: sólo allá lejos
vense en el horizonte cómo fulguran,
cual luminosos dardos, las encendidas
centellas que aparecen, giran, se cruzan,
y con fosforescentes líneas fugaces
trazan sobre la inmensa página obscura
caprichosos emblemas desconocidos,
simbólicas y extrañas ígneas figuras;
rásganse las tinieblas por breve instante
y nuestros asombrados ojos deslumbra
entonces la sublime visión radiosa
del cielo con que sueñan las almas puras...
Pero otra vez más densas vuelven las sombras,
del Edén desparece la puerta augusta
donde supremos bienes entrevió el alma
y acongojado el pecho vuelve á sus dudas...

Lóbrega está la noche: con negros mantos
las celestes lumbreras su faz enlutan;
y, luceros con alas, astros del suelo —
radiantes cual los otros de las Alturas, —
las luciérnagas surgen, vivientes rayos
que bordan primorosos la fronda obscura;
relámpagos tangibles, brillan, se apagan,
y presto á nuestra vista su luz ocultan;
y más hórridas vuelven las tristes sombras
é infunden en el alma mayor pavura!

Es la existencia humana lóbrega noche
que del dolor el fuego tan sólo alumbra;
dolor que es rayo á veces cuya luz viva
rompe del horizonte las densas brumas
y el pórtico nos muestra resplandeciente
tras el que está la eterna dicha futura
que ha de lucir un día para las almas
que el lodo de este suelo no manchó nunca:
si el vendabal se aleja, tímidas se alzan,
luciérnagas fugaces, nuestras venturas,
fuegos fatuos que exhalan en negras noches
de sus fúnebres astros las sepulturas...
¡Y afanosa tras ellas sigue corriendo,
aunque valen tan poco, nuestra alma ilusa!

LASTENIA LARRIVA DE LLONA.

Callao, Julio de 1896.

LA FLOR DE NIEVE

Su raíz en el hielo
vida y frescura bebe;
y sus hojas, que inunda luz del cielo,
abre la flor de nieve.

Dura un instante; apenas
la contempla el viajero.
Que no es mansión que ofrece albas serenas
el rudo ventisquero!

En menudos diamantes
se disuelve ella sola.
Que los besos de sol, brasas quemantes,
liquidan su corola...

En nieve de los años,
flor de lo ideal, tú creces;
y la pasión y acerbos desengaños
te arrancan, te deshojan y pereces!

GUILLERMO MATTA.

Santiago de Chile.

MODESTIA



—¿Conque Carlos la olvidó?
—¡Pts! ¡qué quieres! se cansó;
para amor firme y constante,
¡yo y tú!
—El burro delante.
—¿Delante? pues bien: tú y yo.

Á UNA AZUCENA SILVESTRE

Blanca, blanca azucena,
que en la hondonada en que murmura el río
abres tu candidísima campana,
de aroma dulce y penetrante llena;
húmeda por las gotas de rocío
irradiante á la luz de la mañana;

Blanca, blanca azucena,
de polen de oro y en el tallo erguida,
de aroma dulce y penetrante llena,
y á los besos de Céfiro mecida;
tú de los cielos, á la faz serena,
tú eres la frágil copa de la vida.

FRANCISCO GAVIDIA.

San Salvador.



BRINDIS

Versos recitados por el niño Héctor M. Prieto, hijo del autor, en una fiesta celebrada con motivo del cumpleaños de la distinguida Sra. LUISA ZUNINI DE VILA

Señores: no os cause risa,
aunque conocéis mi pico,
que siendo casi el más chico
me atreva á brindar por Luisa.
Y que entre los mil loores
que entonan labios diversos,
lluevan sobre ella mis versos
como un diluvio de flores.
De la inspiración la llama
siento que en mi mente arde,
y antes que sea más tarde...
y me soplen en la cama,
quiero aprovechar mi vena,
mientras el *champagne* rebosa,
para cantar á una esposa
como no hay otra más buena.
¡Cuánto amor! ¡cuánto desvelo!
su pasión raya en locura...

mas oigo que alguien murmura:
—«¿Qué sabe usted, mocosuelo?»
Pues no os sorprenda, señores,
mi infantil sagacidad:
los mocosos de esta edad
somos muy observadores.
Yo sé que, firme y constante,
se embelesa con su esposo,
y que si él suspira, ansioso...
pero no sigo adelante,
pues me hacen señas, y á hablar
de amor que tan mal se esconde,
¡vaya usté á saber á dónde
iríamos á parar!
En suma: es tan dulce y fiel,
que de fijo no hay ni ha habido,
en el mundo, otro marido
más feliz que don Manuel.
Y si como esposa, es tanta
su bondad, mal que le cuadre
mi lisonja, como madre...
¡como madre es una santa!
Por ser su encanto mayor,
y en ellos los ojos fijos,
de los ojos de sus hijos
hace espejos de su amor.
Tanto su ventura ansía,
que á la propia la prefiere...
¡Ah! una madre que así quiere,
¡qué buena es!... ¡como la mía!
Pero advierto, á mi pesar,
que no es prudente seguir,
pues yo os quise hacer reir
y acabaréis por llorar.
Mas antes que cierre el pico,
cediendo á tales temores,
que me acompañéis, señores,
en mi brindis, os suplico,
por la que este hogar alegra
y atesora virtud tanta,
que nadie, al verla, se espanta
de llamarla un día ¡suegra!

Casimiro Prieto.

Nuestros colaboradores



Dr. D. Matías Alonso Criado

DISTINGUIDO PUBLICISTA ESPAÑOL

RASGOS HISTÓRICOS DEL PARAGUAY

(FRAGMENTOS)

Si no es la extensión territorial ni el número de habitantes lo que constituye la verdadera grandeza de las naciones, como no es la corpulencia ni el desarrollo físico lo que caracteriza á los grandes hombres de la historia, podemos afirmar que el Paraguay no cede en dignidad subjetiva á la nación más grande del continente americano. Hubo un tiempo, sin embargo, en que hasta esas condiciones puramente cuantitativas las unió á las de su especial calidad la región llamada por el historiador Guevara GIGANTE *de las Provincias Indias*, como quiera que, por las capitulaciones del rey de España con los adelantados del Río de la Plata, se extendía desde Venezuela y las Guayanas hasta el cabo de Hornos con doscientas leguas más sobre el Pacífico, mientras por el Atlántico subía desde el mismo cabo hasta seis leguas más arriba del río é isla de la Cananea, demarcándose á través de la isla de Buen Abrigo y el cabo de Humus hasta dar con los límites Sur de las Guayanas por el Amazonas, terminando su contorno con los límites de Venezuela, Perú, Tucumán y Chile. El Paraguay primitivo comprendía, en efecto, al nacer para la civilización cristiana, no sólo su actual territorio y el de las regiones adyacentes del Plata, sí que también todas las provincias de Río Grande del Sur, Santa Catalina, el Paraná, parte de San Pablo y de Goyás, todo el Matto-Grosso y parte considerable del Pará, y del Amazonas, que hoy pertenecen al Brasil, y los territorios de Mojos, de Santa Cruz de la Sierra y de Chiquitos, que hoy forman parte de Bolivia, así como todo el Chaco al Norte y Sur del Río Bermejo.

Y en la remota antigüedad prehistórica, sumida en las tinieblas de la barbarie, antes del descubrimiento, aún fué más grande, en cuanto á proporciones materiales, el dominio

de Tapaicuá, cuyos hijos Guaraní y Tupí se dividieron todo el espacio al Oriente de los Andes, comprendido entre el mar de las Antillas y la conjunción de los Océanos por el Sur.

Pero no es de esta grandeza ya remota y más aparente que efectiva de la que pretendemos trazar algunos rasgos á la ligera, como es permitido en los estrechos límites de un artículo, sino de la que dignifica á la hoy reducida nación paraguaya entre las mayores que la rodean en Sud-América; de la que le da fisonomía propia y carácter singular en el proceso de su vida política; de la grandeza especial que hizo temible á toda la Grecia el pequeño recinto del Peloponeso llamado Esparta y lo hace la admiración de todos los siglos, comprobando con hechos la atrevida paradoja del sabio Feijóo *lo máximo en lo mínimo.*

Teatro el Paraguay de arriesgadísimas expediciones y de continuos combates en el siglo XVI, ya con el objeto de la conquista, ó ya con el de la comunicación con el Perú, vieron los carios ó guaraníes, tales y tantos ejemplos de intrepidez en sus vencedores, los escasos españoles conducidos por capitanes del temple de Ayolas é Irala, que se regeneraron por un nuevo espíritu, y merced á la alianza con éstos triunfaron de las tribus más salvajes y feroces que hasta entonces habían contenido su propensión natural á la agricultura y á la industria, obligándoles á estar á la defensiva en perpetua guerra; y luego, merced al cruzamiento con la raza dominante, en la cual prevalecía la pura y vigorosa sangre éuskara, constituyeron un pueblo especial de índole bien diferente de los demás que componen la gran familia hispano-americana.

Estéril, ingrata y furiosamente enemiga la región elegida por el adelantado Pedro de Mendoza para base de la conquista y colonización, vino pronto á ser el Paraguay la metrópoli civilizadora del Río de la Plata, y la Asunción el centro de todas las operaciones militares, políticas y mercantiles.

Se exploraron ríos que, como el Pilcomayo, han vuelto á quedar en el misterio; se abrieron caminos para el Perú, que

luego han sido borrados; se crearon poblaciones en los desiertos, muchas de las cuales han desaparecido también á pesar de su importancia; y, bajo la acción del Paraguay, renació la ciudad de Buenos Aires para no temer más el furor de los querandíes ni los horrores del hambre.

Al genio de Irala se debe esa actividad, tan pasmosa por lo fecunda, que ha dejado un timbre de gloria imperecedera para España, del que participa naturalmente el Paraguay. Este grande hombre, electo gobernador por sufragio popular, en virtud de privilegio otorgado por el monarca, organizó la colonia y creó el *Cabildo* ó *Concejo municipal*, que tan gallardas muestras de independencia y autonomía dió por vez primera en la América, llegando á luchar como de potencia á potencia, bajo la dirección del obispo Cárdenas y el visitador Antequera, contra todo el poder de la realeza y la teocracia aliadas.

La primera iniciativa en el sentido de la libertad é independencia, no ya en las regiones del Plata, sino en todo el Nuevo Mundo, partió, en efecto, de la Asunción, ofreciendo propagandistas entusiastas y mártires gloriosos en aquella *revolución de los Comuneros del Paraguay*, no menos célebre ni menos infortunada y noble que la de las *Comunidades* de Castilla ó la de las *Germanías* de Valencia. La primera imprenta también establecida en el Plata, los primeros libros impresos y los primeros destellos de ilustración para estos países se deben al Paraguay, á ese pueblo desinteresado y generoso que, después de haber resucitado y alimentado á Buenos Aires, la elevó á capital del virreynato, por acto de raro desprendimiento de *Hernando Arias Saavedra*, ilustre paraguayo, por tres veces gobernador de la patria.

Esta es otra de las grandes figuras que resaltan en la breve, pero sin igual historia, del por todos conceptos fertilísimo Paraguay. Vió que la fuerza militar era inadecuada á todas luces para satisfacer las necesidades de la colonización en un territorio tan extenso como el sometido á su inteligente celo, y propuso con éxito al gobierno español, no sólo la segregación del gobierno de Buenos Aires, sino también la

asociación más decidida del elemento religioso al político y al militar. De aquí las famosas *Misiones de los Jesuítas* que, por lo pronto, hicieron una especie de paraíso de las desiertas riberas del Paraná, cubriéndolas de florecientes poblaciones y de valiosos cultivos, aunque después produjeran efectos muy discutidos, mas de cuyo antecedente consta el hecho singular en los fastos de la humanidad de una *república comunista* gobernada por procedimientos jamás ensayados.

Desde Irala (1537), hasta Antequera (1724), es un período de constitución á través de guerras con los indígenas y de alzamientos contra autoridades abusivas: es un período verdaderamente revolucionario, cuyos pormenores no pueden ser más honrosos para el pueblo paraguayo. Desde el trágico fin de Antequera hasta el no menos trágico de Velasco, ó más bien dicho, desde 1735 en que Zavala hizo su entrada triunfal en la Asunción, restableciendo al obispo Palós y á los jesuítas; desde 1811 en que Velasco rechazó la invasión revolucionaria de los argentinos al mando de Belgrano, es un período de reacción monárquico-religiosa que cambia profundamente las condiciones sociológicas del pueblo paraguayo. Pero viene en seguida el anhelo de los americanos por la independencia, y el Paraguay, por boca del doctor Francia, es el primero de estos pueblos que, después de haberse batido contra hermanos por la soberanía de Fernando VII, se declara terminante y solemnemente desligado de toda obediencia á la metrópoli ó á cualquier otra potencia europea ó americana.

La sola dictadura de Francia es un período de reconstrucción.

¡Pero qué reconstrucción tan original, sin un detalle copiado de ejemplos ó precedentes históricos!

El doctor Francia personifica á su patria, y con esfuerzos verdaderamente sobrehumanos afirma su independencia, la libra de pavorosos peligros interiores y exteriores, y en medio de un absoluto aislamiento la dignifica moralmente, á la vez que desarrolla todos sus cuantiosos elementos de riqueza, demostrando prácticamente que el Paraguay no necesita de nada ni de nadie para vivir y prosperar.

Carlos Antonio López no pudo menos de aprovechar algunas de las ventajas alcanzadas durante el *reinado del terror*, como algunos llaman á la prolongada administración del *patriarca autócrata* del Paraguay, y así es que estableció la primera vía férrea y las primeras líneas telegráficas que revelaron el progreso moderno en esta parte de la América; pero su hijo *Solano López*, orgulloso al verse después al frente de un pueblo tan unido y compacto, tan obediente y sumiso á sus legítimas autoridades, tan poseído de la dignidad nacional, tan brioso y tan rico, no vaciló en declarar la guerra á las naciones colindantes, por creer en peligro la independencia del Uruguay, por el derrocamiento de su gobierno legal y el triunfo de la revolución apoyada por la Argentina y el Brasil. Asunto es este que no nos corresponde juzgar ahora; pero que hemos de mencionar sencillamente á fin de recordar las proezas innumerables, aunque desgraciadas, que han dejado al heroísmo paraguayo muy por encima de toda ponderación.

La guerra de la *Triple alianza* dejó al Paraguay materialmente casi aniquilado; pero moralmente á una altura envidiable, pues que á costa del más cruento de los sacrificios, se captó la admiración del universo entero, sin excluir á las naciones hermanas colindantes.

Y ahí está ahora ese Paraguay, postrado ayer en dolorosa agonía sobre lecho de ennegrecidos escombros, recobrando maravillosamente sus tradicionales energías; se ha levantado por un milagro de su poderosa voluntad; sin auxilio de nadie ha comenzado á andar por las vías del trabajo, del orden y del progreso; y apenas ha comenzado á dar señales de su actividad, obtiene triunfos notables en los certámenes universales de la industria, en las esferas de la publicidad y de la enseñanza, en el ejercicio de las libertades democráticas, en la pacífica competencia á que están llamadas las naciones cultas por la civilización moderna.

. . . .

Matías Alonso Criado.

Montevideo, 14 de Mayo de 1896.

UN IMPORTUNO



—Dispense usted...
—¡Ea! ¡al grano!
—Como no estoy muy seguro...
¿es usted don Sixto Muro
ó su hermano?
—¡Soy mi hermano!

¡VENECIA!

—¿A Venecia quieres ir
en pos de tu amante infiel,
y á mí me dejas ¡oh cruel!
de amor y celos morir?
Antes bien debieras huir
del que tu pasión desprecia,
y dejar, bella Lucrecia,
á él y á Venecia en paz,
aunque te grite, tenaz,
la voz de tu amor:—*¡Ve-necia!*

CASIMIRO PRIETO.

EL HIMNO DEL MARTILLO

I

Yo amo el himno de notas armónicas
que el martillo del yunque en la fragua
con compás uniforme modula
sobre el trozo de hierro hecho ascua:
—es el himno bañado de chispas,
y el más viejo de todos los himnos:
desde el día del hombre primero
lo oyen siglos, y siglos y siglos.

II

Yo amo el himno de notas robustas
con que el combo del roto nervudo
labra un lecho á los rieles bruñidos
en la cima del Andes abrupto:
—es un himno cuya arpa es la piedra
que se canta entre nubes y nieves,
cuyo acorde en la cima brumosa
la agria roca repite y devuelve.

III

Yo amo el himno de notas metálicas
que el martillo con golpes veloces
les arranca á las planchas de acero
en la cumbre de eiffélicas torres:
—es un himno que brota en el éter
y desciende vibrante á la tierra,
entonando á través del espacio
el hosanna del arte y la ciencia.

IV

Yo amo el himno de notas iguales
y de ritmo monótono y seco
con que canta el sutil martinete
en la máquina audaz del telégrafo:
—es un himno del arpa unicorde
en que se hablan las razas distantes
con la eléctrica lengua que vuela
por las ondas del agua ó del aire.

V

Los poetas de lira averiada
hagan himnos de acentos silábicos,
y los echen al álbum lujoso
ó los griten de frac ante el piano;
¡oh martillo, prefiero tus himnos,
porque en todos tú pones un alma;
porque, en notas de hierro, tú el triunfo
del cerebro ó del músculo cantas!

MARCIAL CABRERA GUERRA.

Santiago de Chile.

FINAL DEL APOCALIPSIS

Ved lo que á Electa, su devota amiga,
escribía San Juan:
« Permite que el destino te prediga
de los hijos de Adán.

» El hombre del progreso indefinido,
por su ciego sentir,
no conoce el gran Ser desconocido
ni al nacer ni al morir.

» Llevado por sus locas ambiciones,
de su apetito en pos,
siempre pone delante sus pasiones,
y detrás á su Dios.

» Llamándole el deseo hacia adelante
y el recuerdo hacia atrás,
á espaldas de su Dios, vive ignorante
y muere mucho más.

» Por la pasión en guerra, siempre en guerra
con la fe y la razón,
la bestia apocalíptica se encierra
en su ruin corazón.

» Siempre el hombre ha de ser el prisionero
de todo lo fatal,
y morirá, lo mismo que el primero,
el último mortal.

R. DE CAMPOAMOR.

Robar la media sin quitar la bota

CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES



Abrumado por los rigores del sol y la fatiga de una larga jornada quedóse un jinete dormido sobre su caballo.



Advertido lo cual por un truhán, imaginó jugarle una treta digna de su ingenio.



Y fué que viéndole un agujero en la punta de una de las botas empezó á tirar por él de la media.



Y como el caballo siguiera andando, fuése descorriendo la media punto por punto.



Y el truhán se la llevó hecha un ovillo.



Y el bueno del caballero murió de viejo sin acertar á explicarse cómo demonios, calzada la bota y puesto el pie en el estribo, habían podido robarle la media.

NIEBLAS

Á RUBÉN DARÍO

He aquí el invierno, con sus días brumosos, húmedos, interminables; con sus ráfagas heladas y cortantes, como navaja sevillana; con sus lluvias torrenciales á veces, menudas otras, fastidiosas siempre, que hacen desear los pasados días estivales.

Las golondrinas, — esas mensajeras de la bonanza y de la dicha, — se alejaron ya en bandadas, en peregrinación á otras comarcas; abandonaron el alero, en busca de climas más templados, en busca de una naturaleza más propicia para su vida; se fueron, no para no volver, — como ha dicho el poeta gaditano, — sino para tornar en el estío, á rehacer los nidos deshechos por las borrascas y los vientos.

¿Por qué Dios no nos habrá ceñido alas? Así, en esta época gélida, volaríamos también nosotros á los países del sol!

—

Ved: todo se torna gris. El sol se nubla. Los campos pierden su lozanía y su verdor. Las plantas, sin hojas y sin flores, están mustias; su savia, marchita por el cierzo helado.

En el aire no hay píos de pájaros, ni zumbidos de abejas, ni arrullos de paloma.

Los animales se guarecen debajo de los grandes árboles, buscando un abrigo contra la escarcha y la intemperie.

La naturaleza sufre.

En el hogar los chicos, con la cara amoratada, los miembros ateridos y los ojos lacrimosos, rodean la estufa, ambas manos tendidas hacia la llama, en actitud suplicante. Se empujan, disputan, riñen por tomar las mejores posiciones, y terminan llorando en coro, hasta que la madre, la buena madre, los levanta en sus brazos, y cubriéndoles de besos ardientes, los calienta en su seno.

¡Pasan las horas y el sol no aparece! Está metido entre una capa de vapores espesos, que lo ocultan á nuestras miradas, y cuando sus débiles rayos logran rasgar un momento esa valla cenicienta, no dan calor ni luz; parece que no existieran. De vez en cuando el sol asoma su cara demacrada de sátiro en un retazo de cielo límpido; nos hace una mueca grotesca, y vuelve á esconderse en la bruma.

Las tardes, en vez de las plácidas y serenas de la primavera, llenas de colores y de himnos, en que todo sonríe y resplandece, se tornan opacas, bajo la nieve que empaña. En vez de las auras densas y tibias, tibias como una caricia blanda, soplan vientos polares, que congelan hasta la sangre, ásperos como un insulto enconado.

¡Húmeda la atmósfera, húmeda la tierra, húmedo el organismo!

—

Allá, á lo lejos, en los confines del horizonte borroso, se ve un punto negro; una nube que crece y se ensancha, á medida que se acerca, y acaba por llenar todo el espacio. Es el huracán, que avanza con la triple rapidez de la máquina sobre el riel, devastándolo todo en su camino. Los árboles se quiebran, «transformándose en fantasmas;» el hombre busca su choza y las fieras su guarida, mientras el viejo invierno entona su canción siniestra, al compás de la ráfaga, entre el fulgor de los relámpagos que trazan jeroglíficos y el redoble de los truenos, cuyos ecos aterran la comarca, se prolongan en los valles y las lomas, y se pierden en la inmensa bóveda enlutada.

Las nubes rompen su válvula de escape, y baja de los altos cielos una corriente de agua interminable, que lava las ciudades y los pueblos, llena los arroyos y los ríos, inunda las chacras y los huertos, se extiende en la planicie sin fin, y va á mezclarse, por último, á las ondas eternamente azules del Océano.

Entretanto Eolo, encolerizado, silba y ruge, recorriendo todo el diapasón de los sonidos. «En el fondo del cielo, ceniciento, cruzan luces fantásticas é inquietas.» Las nubes,

barridas por el *pampero*, huyen desbandadas como un ejército en fuga. En el mar una barca zozobra. El náufrago, solo entre dos abismos, se resigna con su negro destino y espera la muerte, una muerte horrenda. No intenta siquiera pedir auxilio, porque comprende que un clamor en la inmensidad es una voz sin eco. En el instante supremo le acosa un deseo frenético de vivir, se agolpan á su cerebro toda la vida pasada y todos los goces entrevistos, é impotente para conjurar la catástrofe, cae de rodillas, alza sus brazos al cielo y murmurando una plegaria desaparece entre los silbidos de la ráfaga...

¡Oh, suerte cruel!

La noche ha cerrado por completo, una noche profunda, siniestra.

Los elementos, enfurecidos, después de haber hecho explosión, se aplacan. La calma recobra su imperio.

El viento cesa...

Ni un rumor, ni una queja, ni un grito rompe el silencio del nocturno misterio.

—

¡Qué triste se pone la naturaleza en estos días invernales!

La aurora, que nos recordaba apacibles, entre el arrullo del céfiro y el canto de las aves matinales, *no existe;* pasa por un período cataléptico.

Ya no hay tules de púrpura en las nubes flotantes que nimban el Oriente, ni gorjeos de zorzales, ni trinos de calandrias que saluden ¡oh Sol! tu salida.

Los flamencos y los cisnes, que desplegaban en los aires acuarelas de Watteau, han emprendido también la marcha, produciendo con sus aletas, «el sordo rumor de velas agitadas.»

Quedan, en cambio, dominando la campiña, los cuervos fétidos y los buhos asquerosos, con su facha macabra, imágenes vivientes de la muerte, cuyo fúnebre graznido trae erizamientos histéricos á la piel; y las ranas, las infames ranas, que sumergidas hasta el cuello en los arroyos y las lagunas continúan demandando agua á las nubes que pasan,

con un cinismo horrendo, como si el diluvio recientemente caído no les bastase aún!

Su sonata crispante, sin gradaciones y sin intervalos, en el mismo tono invariable de lamento, produce en mis nervios idéntico efecto que el zumbido de un mosquito en los oídos á la hora del sueño, ó el grito estridente de un muchacho llorón.

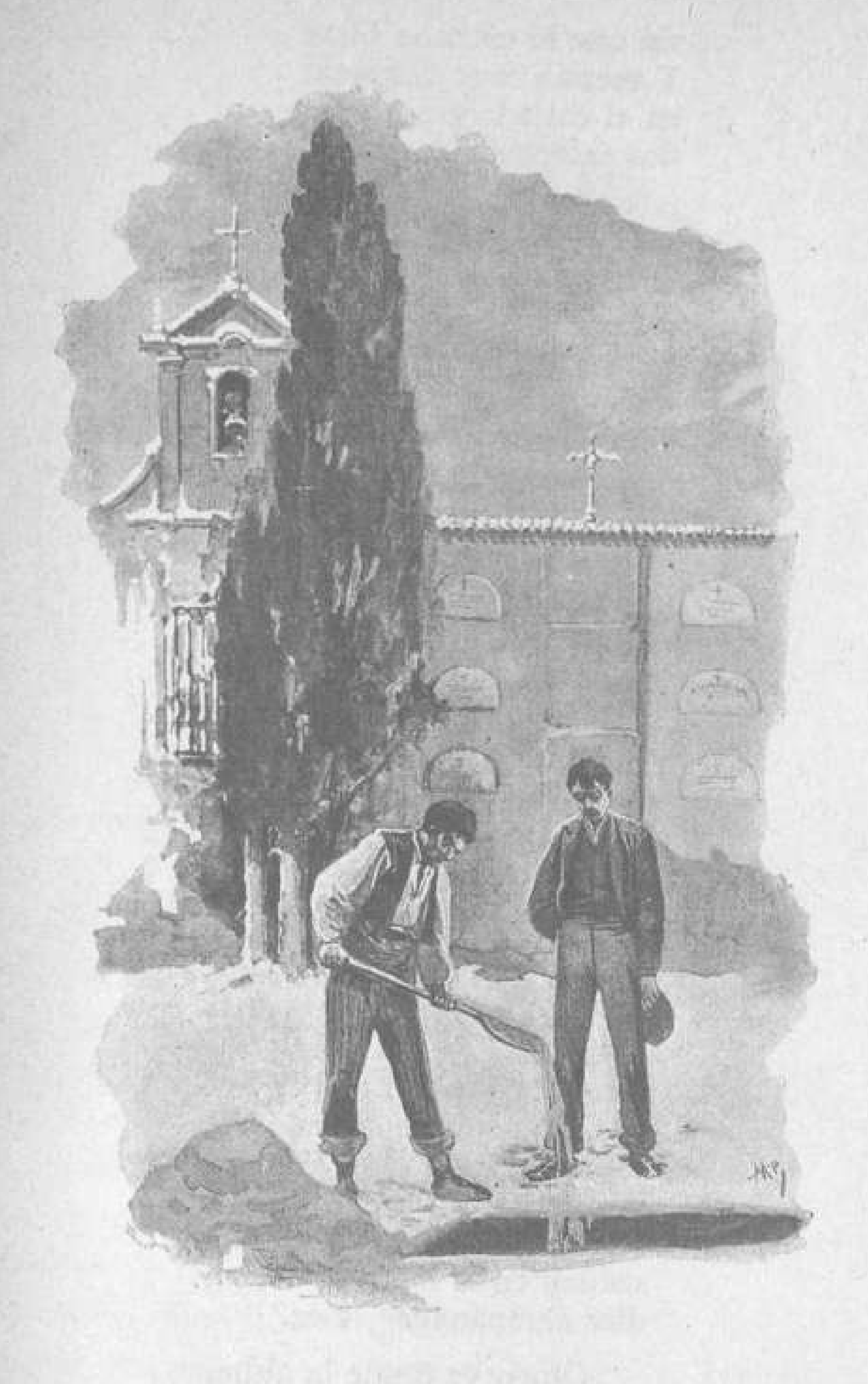
El espíritu, con esta sinfonía sin término y en este ambiente glacial, se congela, se atrofia, se contagia, envolviéndose en una melancolía indefinible, que no inspira al poeta, que no da valor al soldado y que no alienta al hombre para las batallas de la vida.

—

Véte, pues, al diablo, viejo invierno, con tus brumas y tus hielos, con tus lodazales y tus lluvias, con tus corrientes de aire destemplado, con la música crispante de tus ranas, que traen el *spleen* y el desencanto; véte, porque tú marchitas las ilusiones y la bella flor azul de la juventud; encorvas al anciano y al niño; bajo los rigores del cierzo implacable despedazas el nido de la débil paloma y sepultas la nave en el Océano. Y vuelve tú, ¡oh primavera gentil! con tus alboradas luminosas, con tus tardes tibias y serenas, con tus crepúsculos llenos de rumores y de misterio, con tus noches de luna melancólica, evocadora de recuerdos queridos, sueños grandiosos y amores imperecederos; vuelve á cuajar de esmeraldas las praderas, de mieses los campos, de uvas los racimos, de fragantes rosas los jardines y de dorados frutos los árboles añosos del soto, mientras los pájaros canoros saludarán la aurora de tu vuelta en el triunfo del sol, llenando las quebradas, los montes y los llanos con gritos de victoria!

Luis Berisso.

Entre Ríos (República Argentina).



LOS QUE SE VAN

Á CASIMIRO PRIETO

¡Qué frío en la buhardilla!
Sentada en una silla,
á obscuras y sin fuego
y envuelta en negro luto,
da al niño el pecho enjuto,
y eleva á Dios un ruego,

sin que lo escuche Dios.
Y suenan muy despacio
en el callado espacio
dos campanadas, dos.

Sólo la sangre brota
del pecho gota á gota,
y al niño, casi inerte
y en su regazo opreso,
da un largo y frío beso,
el beso de la muerte.
Murmura «adiós» después,
y suenan muy despacio
en el obscuro espacio
tres campanadas, tres.

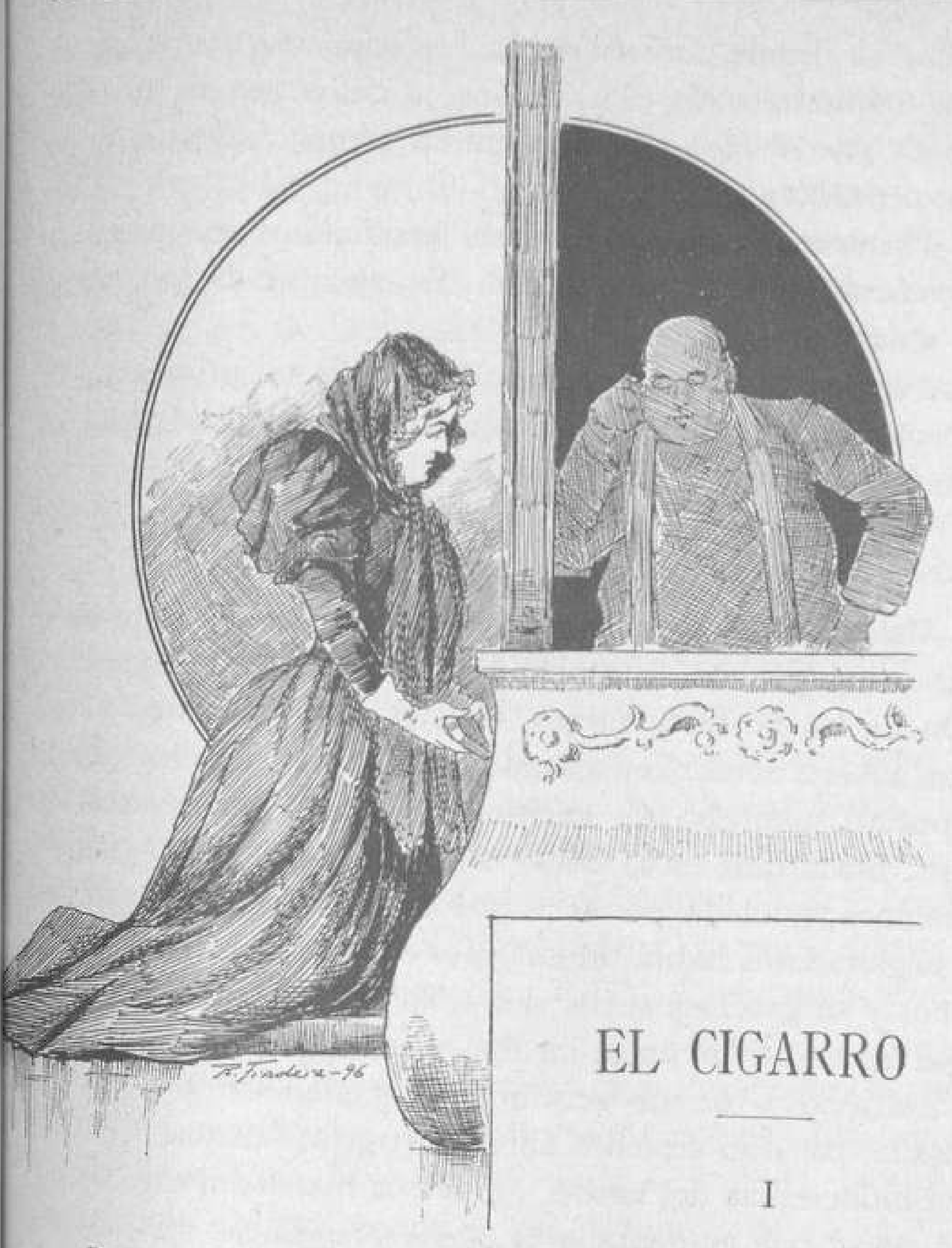
El sol de invierno brilla
y alumbra la buhardilla.
Un hombre abre la puerta,
contempla al niño muerto,
mira á la madre muerta
y grita: —¿No me veis?
Y suenan muy despacio
en el brillante espacio
seis campanadas, seis.

Sin cura, sin mortaja,
sin luces y sin caja,
los llevan á la fosa,
sobre ellos echan tierra,
y el hoyo que se cierra
no cubrirá una losa.
Mas sobre la aridez
del vasto cementerio,
suenan en el misterio
diez campanadas, diez.

¿Quién ve desde la altura
la humana desventura?
¿Nadie? Ni hoy ni mañana
se enlutarán los cielos
por esos grandes duelos,
y siempre una campana,
las horas que se van
anunciará despacio
en el sonoro espacio
tocando tan, tan, tan.

Christián Roeber.

Buenos Aires, Enero de 1895.



EL CIGARRO

I

Levísimo siseo que semejaba el murmullo del viejo arroyuelo que serpea por campos de verdor y esperanza, interrumpe el silencio de la obscura iglesia.

Pausada, con entonación cariñosa, la cascada voz del Padre Cosme se dirige á una *hija de confesión*, que con fervor cristiano escucha los sabios consejos de su anciano director espiritual.

—Bueno, hija mía: le quieres y te quiere; nadie se opone á tu casamiento y... *no tienes que dejar á tu padre y á tu madre por seguir á tu marido*... ¡Dios bendiga tan santos lazos!

Elena, cuya enguantada mano contenía con nervioso

esfuerzo su frente calenturienta, permanecía silenciosa en interna contemplación: los sueños y deliquios de un idilio *bendecido por el cielo* alborotaban la serena reflexión de su mente pensadora.

—Hasta mañana, hija mía: mi bendición y mis preces te acompañarán en la gran ciudad. Sé siempre buena, como hasta ahora.

Las inquietas nubecillas, besadas por el sol primaveral en su última carrera del día, iluminaban las blancas casas del pueblo, como postrer saludo.

II

—Usted lo sabe, Padre Cosme: tenía diez y siete años: riqueza, halagos de la amistad y almibarados elogios del mundo de las fiestas y saraos sociales me rodeaban. Jorge, *el ideal de mis sueños*, encarnado en la envoltura elegante de un apuesto mancebo de veinticuatro años, me requería de amores. Doctorado en la Universidad, bienquisto en círculos y reuniones, adulado por *la mentira mundana*, en cuyos torneos engañadores había brillado por sus elocuentes discursos públicos y su graciosa verba derrochadora de sutilísimo ingenio, *mi Jorge* fué mi única ilusión, y sus ojos de varonil mirada el *único espejo* de mis sentimientos y afecciones.

Pero... pasaron aquellos años de rosas é ilusiones: el desvío, la indiferencia del hastío... en él; la mordedura de cruelísimos celos, que alimentaba la *chismografía* de mis amigas de la infancia... cebándose en mí, fueron quebrantando aquel amoroso entusiasmo y doblegando mi espíritu á las contrariedades. Y, por la abierta herida de mi desencanto, fueron infiltrándose traidoramente las delicadas atenciones de un amigo de... ambos. ¡Ay, Dios mío! Y, sin *él*, alejado siempre del hogar por sus tareas del bufete y sus enmarañados negocios, que, en la ausencia, confiara al *suavísimo amigo*, éste me visitaba con frecuencia, con la más respetuosa corrección, con las más dulces galanterías, ocultando el labio mal reprimido el incendio que acusaban las llamaradas de sus ojos pesquisidores, que sondeaban en mi conciencia.

¡Padre Cosme, ayudadme! ¡Virgen Santa!... Me abismé en el *mundanal ruido*, y la tibieza religiosa me empujó impetuosamente: seguía las desordenadas aberraciones de la moda, con ardor infantil, y trajes, tocados, cintas y encajes constituían el *único pasto intelectual* de mi existencia y el privilegiado tema de nuestras *causeries* amistosas, en la intimidad del *boudoir*, después que el asociado de mi ausente dueño me informaba del fastidioso curso de los negocios y especulaciones de bienes y propiedades.

Un día, por un capricho de niña, después que se habló del *humo de las vanidades*, asociación de ideas tal vez, nos ocupamos del humo de los cigarros, en moda en la sociedad rusa, y permití á mi asiduo visitante que fumase... y quise fumar; tomé un cigarrillo que me ofreció... Una visita oportuna cambió el curso de nuestra conversación.

Pero, estoy perdida: me he visto por dentro, y mi alma, en el misterio de sus expansiones .. besaba al locuaz galanteador; tal vez, mis ojos me vendieron... ¡Qué horror!

No le he visto más: vine aquí de temporada... huyendo, huyendo de... mí misma: Padre Cosme, yo rezo, quiero rezar con fervor y pienso... pienso en él. Y le veré en la ciudad, y tendré que recibirle. . ¡Dadme fuerzas, Dios mío!

—La oración te salvará, débil criatura: *no hay virtud sin lucha*, y vencerás con la fe: retrasa tu regreso á la capital, y allí, en aquel foco de perdición, sigue á la moda, pues que tu posición te obliga, menos en sus dementes desvaríos. Dejad á los hombres sus vicios... molestísimos. No fumes, no fumes.

III

—No esperaba verla ya, hija mía. ¡Hace tantos años que olvida usted al... Padre Cosme! Vine á la ciudad, y á su casa, por indicación de la Sra. B.; sé que usted quiere contribuir á la erección del altar de Nuestra Señora del Carmen, en mi pequeña iglesia, y vengo... á recibir la limosna... ¡Que Dios la pagará su caridad, y la ayudará en sus aflicciones... porque la veo enlutada!

—Sí, Padre Cosme: viajando por Europa, Jorge... murió en un horroroso choque de trenes. ¡Dios lo tenga en su santa gloria! ¡Virgen santa del Carmen! Perdonad, Padre Cosme, mis sollozos...; soy muy pecadora; amo... locamente; soy adorada y... soy infeliz. ¡Castigo del cielo!

—Señora, en confesión puedo escucharla, pero aquí... no: orad, rezad con fervor: ¡la misericordia de Dios es infinita! Vengo aquí, como sabéis...

—Sí, sí; tomad, Padre Cosme, esta cartera; es mi óbolo: ¡Dios me lo tome en cuenta!

—Él se lo premiará: en la vecina iglesia estaré mañana desde las seis de la tarde, si queréis que os oiga en confesión.

IV

Del severo carruaje baja una dama de altivo continente: con breve paso nervioso sube la blanca escalinata de mármol que conduce al templo: avanza en la semi-obscuridad de la espaciosa iglesia, y se arrodilla humildemente al pie de un modesto confesonario, cuya enrejada ventanilla se abre á su llegada. Susurro misterioso forman las voces de penitente y confesor.

—Tu situación, Elena, hija mía, es difícil: joven, rica y viuda, debes casarte, ó renunciar á esas relaciones... inconvenientes.

—No puedo, Padre Cosme: él... no sé si querrá; yo no se lo digo. Le resistí: hace seis meses, vino... en visita de duelo; volvió... para enterarme de los asuntos del finado. Olvidé: el *vivo* borró las huellas del amor muerto; fumé... por otro capricho, sin que hubiese visitas... inesperadas. ¡A Dios pluguiera! Diéronme unas náuseas... caí en sus brazos...

Después, cuando volví en mí, ayudada por mis doncellas, mis labios quemaban, y mi mente, en confusión espantosa, recordaba palabras tiernísimas de un encanto indefinible...

Eso fué... hace un mes: no le veo ya... vengo dolorida, arrepentida... ¡Ayudadme, Padre Cosme!

—Hija mía, *pede pœna claudo*. Cásate, cásate, y... no fumes.

—Pero, padre, si ya... fumo cigarrillos perfumados... es... la moda.

—Bien, bien: fuma, pero... no te tragues el humo: da... náuseas. Ya lo has visto.

MARINO BRAIS.

Buenos Aires.

NUPCIALES

La luna ilumina la verde arboleda;
pasando al través de las hojas, remeda
sutiles encajes su suave fulgor.
La noche está tibia, la noche está cálida,
y entona á la lumbre de la luna pálida
sus trovas galanas galán trovador.

Formada de luces, en las verdes frondas
se esfuma á lo lejos errátil visión;
fantásticos danzan en rápidas rondas
las Willis y Silfos que rige Oberón.

La noche está tibia, la noche está bella,
está con el bardo la pálida estrella,
la estrella que enciende la luz del amor;
la virgen más blanca que el mármol de Paros,
la de ojos muy grandes, muy grandes y claros,
que tienen del cielo la luz y el color.

Al soplo del aire, como arpas eolias
suspiran las ramas con suave rumor;
y ritma sus trinos, oculto en las folias,
en las verdes folias, alado cantor.

Las blancas magnolias el aire embalsaman;
los astros sobre ellas sus rayos derraman:
celebra sus nupcias el astro y la flor.
¡Oh, nupcias astrales! — Con dulce embeleso
dos bocas se juntan temblando en un beso,
la pálida virgen se enciende en rubor.

¡Oh, nupcias astrales! — ¡Oh, blancas magnolias!
rubores de virgen, perfumes de flor;
la brisa que pasa temblando en las folias,
y el alma en que canta sublime el amor!

CARLOS ORTIZ.

Buenos Aires, 1896.

UN DISCÍPULO DE CACO



—¡Suelta el saco!
—¡Qué gritos! ¡habrá necio!
—No me conviene dártelo *á ese precio.*
—Pues peor para usted.
—¿Peor?
—¡Es llano!
porque se queda usted sin parroquiano.

EPIGRAMA

—¿Tan hábil tirador es Juan Perojo
que se hace lenguas de él toda la villa?
—¡Uff! ¡una maravilla!
donde pone la bala, pone el ojo.

PERFIDIA DE MI CRIADO

FRUSLERÍA BUCÓLICO-POLÍTICO-MORAL

Humilde, servicial y diligente,
atento, cariñoso y delicado,
fué *Faustino Mercado*,
mientras le tuve en casa, de sirviente.
¡Oh! ¡cuál me acreditaba con la gente
de amable, manso, dadivoso y bueno!
¡Oh! ¡con cuánta elocuencia
ponderaba las dotes singulares
del único *patrón* que, entre millares,
excelente le dió la Providencia!

Mas cometió una falta
de esas que el mejor amo no perdona,
y tuve que buscar otra persona
que en el destino de él se *diese de alta*.
Apenas el bribón recibió el *cese*,
cuando, con sorprendente villanía,
publicó, á voz en cuello, que no había
patrón más iracundo,
más tacaño, más vil, más insufrible,
de peores entrañas, más terrible,
más perverso, que el... tal, en todo el mundo.

Por calles y por plazas difamado,
desde entonces, me veo,
y no sólo soy *pícaro*, hasta *feo*,
según el voto, soy, de mi criado.
A expensas de mi honor quiere el taimado
proporcionarse el pan de que carece;
por eso me envilece,
dando á entender que es él quien, descontento
de la conducta mía,
resolvió, como *chico de talento*,
privarme de su honrosa compañía.

Pero si, necio yo, con dulces voces,
cual *Coridón*, dijese, enternecido:
—«¡Ah, Faustino crüel! me desconoces [1],
¡me obligas á morir! Vén, mi querido:
tengo aquí leche fresca,

[1] Parodia de la Égloga II de Virgilio.

ciruelas exquisitas,
membrillos olorosos y abundantes;
bien sabes cómo soy rico en ganado;
mías son las errantes
ovejas que divisas en la altura,
y todo es para tí .. no soy tan *feo;*»
¿te parece, lector, que mi criado
tardase en devolverme con usura
el crédito que, inicuo, me ha quitado?

¡Quítemelo el infame en hora buena!
nunca le llamaré; que no es prudente
al austro echar las flores
y á inmundo jabalí la limpia fuente.

¿Debo pagar, acaso, con ternura
el odio de un ingrato?
¿Quién no me trataría de insensato,
si, con afán inútil, á los montes,
confiase solitario, bajo el haya
frondosa, mi dolencia?
¿Quién, movido á clemencia,
al escuchar mis ayes, no podría
decirme condolido:
—«¡Coridón! ¡Coridón! ¿de qué demencia
te encuentras poseído?
Distráete, más bien, podando vides;
teje de mimbres cestos;
¿qué clamores son estos?
cien Faustinos tendrás, si ciento pides.»

¡No! Nunca, en mi cabaña, canastillos
para el ruin, habrá, de lindas flores;
no más le cantaré versos de amores;
ya no, con mis cabrillos,
la leche gustará, nívea y sabrosa,
dos veces cada día;
no tocará mi flauta melodiosa;
¡lejos de mí el infiel, el fementido!
Busque otro Coridón... pero éste sepa
que, al terminar el plato consabido,
por Téstilis dispuesto [1],
más iras que las *tristes* de *Amarilis*
tendrá que soportar y más desdenes;
pues no obtiene sino esto,
de gente baladí, quien le hace bienes.

[1] *Téstilis*, pastora que en esta composición representa á la caja nacional.

Quede el *hermoso niño*, y burla necia
haga de mis favores;
con el negro *Menalcas*, que me aprecia,
viviré más feliz. Las blancas flores
de la amapola caen; los jacintos
se cogen, aunque negros.
Muy rastreros y viles los instintos
del nuevo *Alexis* son, que, fatigado,
del lucro en pos se lanza,
cual ciervo por los canes acosado.
La leona feroz persigue al lobo;
el lobo á la cabrita; la cabrita
retozona al cantueso;
Faustino va tras el *henchido hueso* [1].
¡Su pasión á cada uno precipita!

Mas yo que, escarmentado
estoy de su perfidia, no quisiera
que el corazón ardiera
de nadie en el amor de mi criado.
¡Pastores, no confiéis vuestro ganado
á Faustino el aleve! ¡Labradores,
nunca con ese infiel partáis el fruto
sabroso con que Ceres y Pomona
vuestras fatigas premian y sudores!
¡No pongáis en sus manos, mercaderes,
de Cachemira el chal, ni de Bretaña
las superfinas telas! ¡Gobernantes,
nunca el sagrado, popular dinero
malgastéis en tunantes
como el mío; pues, si hoy, con lisonjero
servilismo, os adulan, prosternados,
mañana, con el *cese*, en enemigos
mortales vuestros los veréis cambiados!

¡Ciudadanos, en fin, los que testigos
de la inconstancia sois y la bajeza
de mi desleal sirviente;
la necia, la impudente,
la menguada y falaz vocinglería
despreciad de esos falsos *liberales*
que insultan al poder, como rivales,
cuando les quita el *pan de cada día!*...

Luis Cordero.

Quito.

[1] Cuerno embutido de carne. Alude el autor á otra satirilla suya contra los empleomaniacos.



Quizá en lo que llevamos de era cristiana no ha habido otra época en que haya florecido tanto la oratoria como en la que atravesamos, pues donde quiera que se reuna media docena de amigos con el plausible objeto de comer ó beber, no tarda en aparecer algún orador continuo, ni en chisporrotear la elocuencia en discursos de circunstancias que, si no dan siempre una clara idea del talento del autor, la dan, y acabada, de la infinita misericordia de Dios al poner sordos en el mundo.

Y lo más sensible es que nadie se libra en casos semejantes de la contribución oratoria con que se grava á los que quieren gozar de las inapreciables ventajas de la sociabilidad moderna, aunque no todos puedan pagar esa contribución directa con las brillantes monedas de oro de la retórica, pues los ruegos y las súplicas y hasta las exigencias llueven á cántaros sobre el que, atrincherándose en el silencio, no se anima á decir esta boca es mía, por temor de soltar un disparate. Y lo peor es que se ve obligado al fin á soltar una colección.

Raro es ya el que no se halla familiarizado con la oratoria, sobre todo al llegar los postres y al servir el *champagne* espumoso en la brillante copa de cristal, que es cuando la elocuencia se desborda en fulgurantes períodos... y se sale de madre. Después de comer bien y beber mejor, hay ciuda-

dano que se siente grandilocuente y encuentra con la mayor facilidad, en el huerto de su imaginación, las flores de retórica con que matiza sus discursos. Las palabras fluyen en sus labios que es un portento, y cualquier tema, desde el político hasta el culinario, le sirve á maravilla para hacer gala de sus dotes oratorias.

En otras épocas de menos cultura intelectual que la nuestra, eran pocos, relativamente, los que se atrevían á hablar (exceptuando las mujeres, se entiende); pero en los tiempos que corremos es raro el que, llegada la ocasión, no se sienta contaminado con la verbosidad del vecino y deje de hacer oir su voz en discursos más ó menos académicos.

Verdad es que no ha habido tampoco ninguna época tan propicia como la presente para el desarrollo de la oratoria de sobremesa, pues apenas pasa día sin que se celebre un banquete en honor de tal ó cual benemérito ciudadano, ya con motivo de haber sido nombrado esto ó lo otro, ó de estar en vísperas de casarse, ó de haberse dejado el bigote y la mosca.

Oradores de sobremesa hay que echan discurso tras discurso, desde que salta el tapón de la primera botella de *champagne* hasta que humea en la diminuta taza de porcelana el aromático moka, ese momento tan temido por los que no aciertan á balbucear una frase, como esperado por los que son capaces de brindar hasta por los codos. Y todavía no es eso lo peor, sino que, creyendo quizá que el don de la palabra es común á todos, se empeñan, en los momentos de descanso que les deja su oratoria intermitente, en que hablen los que nunca tuvieron facilidad para ello.

—Con todo, como decía á los postres de una comida de bodas un erudito orador epitalámico, prefiero, locuaz como es y alegre de cascos, la Musa del *champagne* á la insoportable Musa de los sepulcros, y á la fúnebre oración encaminada á ensalzar los méritos y virtudes de muchos que tal vez en vida fueron desterrados por la ingratitud al valle de lágrimas del olvido, el brindis que pronuncia el labio ardoroso y seco, entre el chocar de las copas, el sonreir de las bellas y el relampaguear de los ojos.

—¡Ah, señores! continuaba el orador entre sorbo y sorbo de *champagne*, si es execrable la memoria de Sexto Tarquino, tengo para mí que no lo es tanto por su bellaquería, por la infamia de que hiciera víctima á la hermosa y casta Lucrecia, como por haber sido causa, aunque indirecta, de que Valerio pronunciase la primera oración fúnebre que se conoce, ante el cuerpo ensangrentado del vengador de la altiva matrona romana. Desde aquellas lejanas edades hasta nuestros tiempos, ¡cuántas elegías y cuántas herejías se han oído!

—¿Y quién fué el vengador de esa señora? preguntó tímidamente un comerciante en jamones, para quien la noticia de aquel hecho histórico era completamente nueva.

El orador le miró fijamente y dijo:

—¡Bruto!

—¡Caballero! me parece que mi pregunta no le autoriza á usted para insultarme de este modo, exclamó el comerciante, rojo como un cangrejo y echando chispas por los ojos.

—Ya veo que no conoce usted la historia, observó el orador, sonriendo con aire de lástima.

—¡No, señor! ¡no conozco la historia, bufó el de los jamones; pero en cambio usted no conoce la educación!... ¡llamarme bruto! ¡á mí! Pues mire usted, con todo y ser bruto, no comulgo con ruedas de molino como usted y no creo jota de la cacareada inocencia de esa señora Lucrecia de mis pecados. ¡Mal rayo la parta! ¡pues qué! ¿ignora usted acaso que envenenaba á sus amantes? Y no es esto sólo, sino que la muy... bribona, cometía las mayores iniquidades con la mayor frescura de este mundo: ¡cantando!

—¿Cantando?

—No me diga usted que no, porque he visto la ópera.

—¡Bah! usted me habla de la incestuosa hermana de César Borgia y yo me refiero á la noble hija de Septimio Lucrecio Triciplino, casada, creo que en primeras nupcias, con Colatino, y mujer de tal honestidad y de virtud tan extremada, que habiendo sido ofendida de una manera vil por Sexto Tarquino y no pudiendo sobrevivir á su deshonra, se dió muerte á sí misma.

Aprovechando el murmullo de admiración que el relato de acción tan ejemplar como heróica produjo en los circunstantes, el novio se inclinó al oído de su reciente costilla, y le dijo:

—Oye, Paca, ¿qué harías tú si algún día te tentase algún... Sexto?

—¡Sería otra Lucrecia Borgia! contestó la novia con fiera altivez y barajando lastimosamente los nombres históricos.

—Bueno, bueno, exclamó el comerciante, cuando se hubo extinguido el último eco de aquel murmullo, que pasó por todos los labios como una ráfaga de admiración, y encarándose con el orador, que estaba saboreando con deleite su triunfo oratorio; todavía no sé por qué me ha hecho usted una alusión tan directa llamándome bruto, á propósito de la hija de ese señor sietemesino.

—¡Septimio! rectificó indignado el orador. ¡Septimio Lucrecio Triciplino!

—¡Bueno! ¡Septimio Lucrecio Tri... etcétera! ¿me quiere usted hacer el favor de decirme qué tengo que ver yo con los asuntos de esa familia?

—¡Pero, hombre, no sea usted tan quisquilloso! dijo entonces el dueño de casa, hombre conciliador si los hay, al de los jamones, creyendo llegado el momento oportuno de intervenir en el incidente, al ver el sesgo desagradable que iba tomando; el señor no lo habrá dicho por mal...

—Si tuviera usted alguna tintura de historia, contestó pausada y majestuosamente el orador, sabría que el vengador de la casta Lucrecia fué Bruto.

—Algo fuerte me parece la palabreja, observó el comerciante, que no daba su brazo á torcer; y no me parece bien que á un hombre que procede tan noblemente, le llame usted bruto. ¡Si al menos hubiese dicho que el vengador de esa casta señora fué tonto!

—El tonto es usted que no comprende que me refiero á un noble romano llamado Bruto, si bien de sobrenombre, el cual viendo propicia la ocasión para concitar las iras del pueblo y sublevarle contra Tarquino, padre del calavera Sexto,

y uno de los mayores tiranos que han deshonrado la tierra, arrancó del seno de la infortunada y valerosa Lucrecia el puñal con que se había dado muerte y juró por todos los dioses purgar el mundo de bribones, empezando por el aludido.

—¿Y cumplió su palabra? preguntó el dueño de casa, á quien iba interesando la historia.

—Arrojó de Roma á Tarquino el Soberbio y estableció la república; pero no queriendo el emperador derrocado morirse de fastidio en el destierro, en lugar de irse... á París, como otros príncipes y emperadores venidos á menos, se fué con un ejército al encuentro de Lucio Junio Bruto, y si no derrotó á los soldados de éste, consiguió al menos que un hijo suyo matase al que había puesto fin á su poder... y á sus picardías. Y entonces fué cuando Valerio, ante el cadáver del noble patricio, llevado triunfalmente á Roma, pronunció la primera oración fúnebre de que hace mención la historia de aquellas remotas edades. Y al lamentar, señores, que Valerio tuviese tan desdichada idea, no es porque me parezca mal que en los funerales de los hombres notables se haga su apología, que deber de los vivos es honrar á los muertos, sobre todo cuando, como la nave en el mar, dejan luminoso rastro de su paso por la tierra: lo deploro, porque sin ese precedente histórico, tal vez á nadie se le hubiese ocurrido todavía cultivar la oratoria fúnebre, y no tendríamos que añadir, al pesar que nos causa la pérdida de tal ó cual ciudadano sobresaliente, los disgustos retóricos que suelen proporcionarnos muchos á quienes ni siquiera les dan vela en el entierro.

—¡Pero, caballeros! exclamó una señora; ¿no podrían ustedes elegir tema más agradable para sus brindis? ¡mire usted que venir á hablarnos de entierros en una boda!

—¡Que brinde el señor Casado! dijo el dueño de casa, aludiendo al comerciante en jamones.

—¡Brindo por su futura novia! agregó otro, levantando la copa y promoviendo una tempestad de aplausos.

—Ni la tengo ni me casaré nunca, dijo apresuradamente el señor Casado; creo que la ley no me lo permite.

—¿La ley? exclamaron todos con sorpresa.

—Sí, señores... ¿no ven ustedes que sería dos veces *casado?*

—Entonces que brinde por la novia aquí presente, apuntó uno.

—Dispense usted, no vengo preparado... balbuceó el comerciante.

—Vamos, diga usted cualquier cosa.

Y llovieron los ruegos, y el desdichado se defendió todo lo posible en el terreno de las excusas, hasta que, estrechado por el enemigo, se levantó, empuñó la copa, pensó un largo rato, y por fin dijo: —*¡Salud!*

—Lo que es su brindis no ha podido ser más lacónico, dije yo, sonriendo, al de los jamones poco después en la calle.

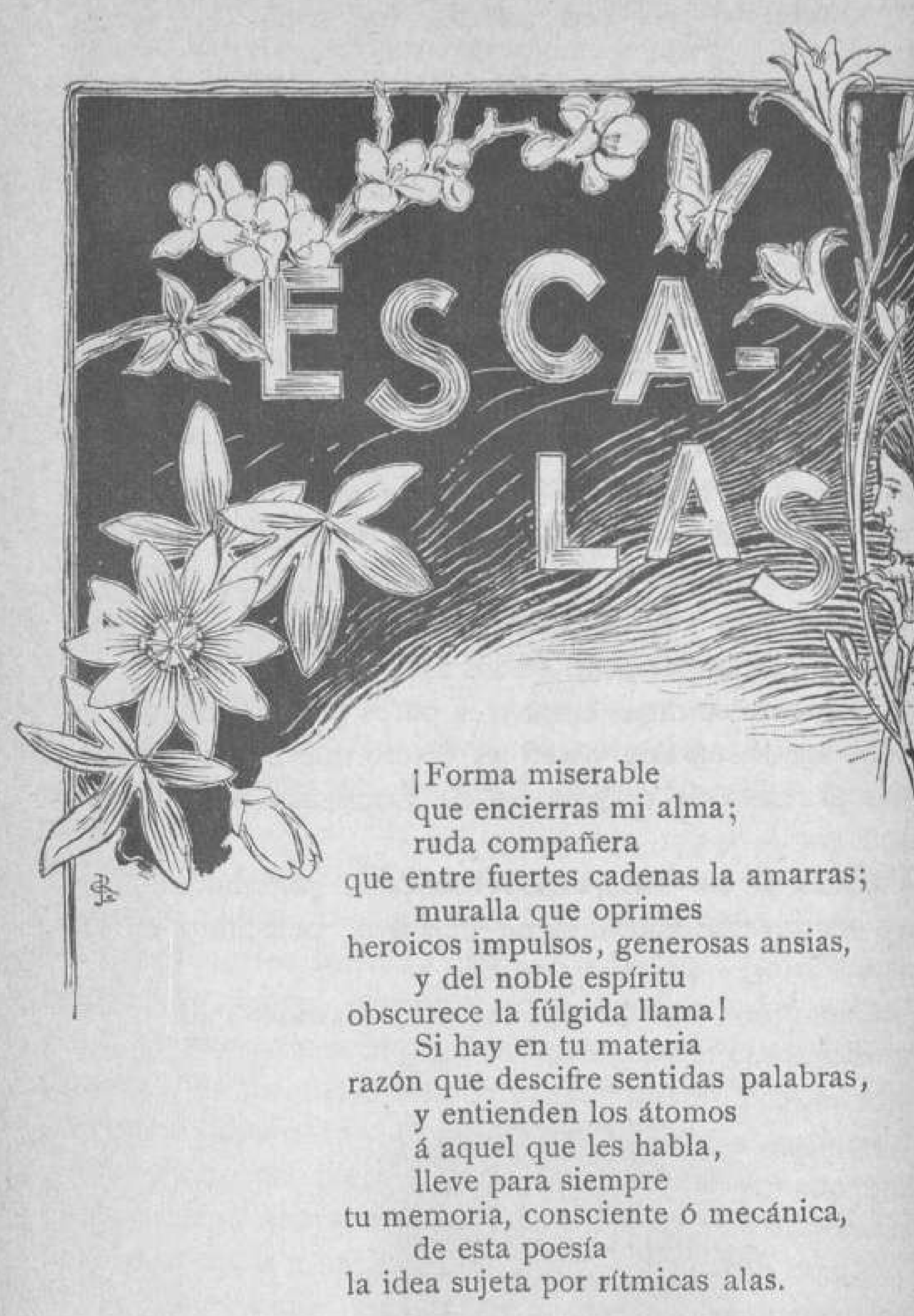
—Y dé usted gracias á que estaba por casualidad de vena y á que se me había pasado el berrinche, contestó. Porque, ¡mire usted que meterme á mí en los asuntos de ese señor sietemesino... ó como se diga, tiene tres pares de perendengues!

—¿Y no ha observado usted el efecto que ha producido en la novia el relato del trágico fin de Lucrecia? dije al comerciante.

—¡Vaya si lo he observado! contestó, guiñándome un ojo; estoy seguro que aún le sigue el susto, pensando en el tal... Sexto.

Casimiro Prieto.





¡Forma miserable
que encierras mi alma;
ruda compañera
que entre fuertes cadenas la amarras;
muralla que oprimes
heroicos impulsos, generosas ansias,
y del noble espíritu
obscurece la fúlgida llama!
Si hay en tu materia
razón que descifre sentidas palabras,
y entienden los átomos
á aquel que les habla,
lleve para siempre
tu memoria, consciente ó mecánica,
de esta poesía
la idea sujeta por rítmicas alas.

Dicen que en la tierra
hay miles de almas
que mudan de sitios
y recorren del hombre á la planta.
Debajo del suelo
en las piedras preciosas son ráfaga,
fleco de oro en la estrella latente,
y sonido en las cuerdas del arpa.

Aquella que, airosa,
prendida á la rama
fué rosada corola de almendro
en la veste de Abril dibujada,
al pasar con su luz la creadora
primavera casta,
en fruto se trueca
que guarda entre poros la almendra dorada

La burbuja loca,
que chispea y salta
en la onda que se abre y se riza
cubriendo la playa,
al rodar de otras olas, nutriendo
de la concha la nítida estancia,
del collar de una reina ser puede
la perla más clara.

El fétido estiércol,
que aviva la savia,
del rosal junto al tronco esparcido,
vegetales urdimbres traspasa,
en las fibras penetra, subiendo
de la vida la incógnita escala,
y la planta, crisol misterioso,
purifica la inmunda sustancia,
y á los rayos del sol la devuelve
hecha rosas brillantes de nácar.

Si en la madre tierra
de círculo en círculo los átomos pasan
y recorren los órdenes todos
que en ella se enlazan;
si, á su modo, discurren y sienten
cuando van en errática marcha,
variando de vida en la piedra,
en la luz, en el aire, en las aguas;
cuando de mi cuerpo
se aleje mi alma,
yo ambiciono ser nieve en el mármol,
brillo alegre en las luces del alba,
en el viento molécula leve,
y arco azul en la onda que canta.

Esparcida entonces
mi materia humana,
vibraría en el todo sublime
que contiene misterios y causas,

y sería en la lira una cuerda,
en el pájaro músico un ala,
en el cráneo fatídico hueso
y luciérnaga de oro en la mata.

Por escalas de vida diversas
mi forma filtrada,
con lo puro del molde primero
luciría perfecta y sin mancha;
y si al paso de miles de siglos
mis moléculas leves tornaran
á reunirse de nuevo en mi cuerpo,
encerrando de nuevo á mi alma,
¡qué ser grande mi ser no sería!
¡qué nobles mis ansias!
¡qué ardiente mi espíritu!
¡mi mente qué alta!

Llevaría en mi lira los sones
de todas las ciencias, por hondas y raras;
las virtudes en ella serían
las cuerdas sagradas;
y, pedazo de cielo mi frente,
las ideas hermosas y claras
mostraría en temblor palpitante
como fondo de noche estrellada.
Si torno á la vida
después de dejarla,
así quiero que surjan de nuevo
mi cuerpo y mi alma.
Mientras tanto, esperando la muerte,
cumple, ser, con las leyes trazadas:
¡trabaja, materia!
¡Espíritu, canta!

SALVADOR RUEDA.

Madrid.

¿QUÉ ES DOLOR?

A M...

¿Preguntas qué es dolor?... Un viego amigo
inspirador de mis profundas quejas,
que se halla ausente cuando estás conmigo,
que está conmigo cuando tú te alejas.

JOSÉ RIVAS GROOT.

Bogotá.

LOS AMIGOS DE LEONOR



—¡Hola, Luis!
—¡Adiós, Julián!
—¿Qué has sabido de Leonor?
—Que el círculo *El Gavilán*
va á dar un baile en su honor...
—¡Bonito se lo pondrán!

EL PREMIO Á LA VIRTUD

DOLORA

I

No alcanzó el premio á la virtud María,
aunque con santa calma
vivió como una niña casta y fría
casada con el cuerpo y con el alma.

II

Mas lo alcanzó cierta mujer casada
que, con ánimo fuerte,
aunque vivió de otro hombre enamorada,
fué fiel á su marido hasta á la muerte!

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

AGOSTO

AL INSPIRADO POETA CASIMIRO PRIETO

I

En Agosto ni Venus ni mosto. Creo inútil advertir á mis lectores que no estoy conforme con el proverbio. Una guapa moza y un vaso de vino añejo, son aceptables en todos los meses del año haga frío ó sofocante calor.

Este mes los cristianos lo consagraron al corazón de María. Por lo tanto, bendito sea.

Basta de protestas y bendiciones y entremos en materia.

Rezan antiguas crónicas y lo aseguran graves autores, que este mes fué el sexto del de Rómulo, que dividió su año en diez meses, á saber: Marzo, que era el primero; Abril, Mayo, Junio, quintil, sextil, Septiembre, Octubre, Noviembre, y Diciembre. Cuando el ciudadano Numa añadió los meses de Enero y Febrero, pasó á ser el octavo, y se le dió el nombre de *Augustus*, en obsequio y memoria de Octavio César Augusto, por haber nacido este emperador en este mes, en el haber sido elegido cónsul, terminado la conquista de Egipto, y dado fin á las guerras civiles que tantos días de luto ocasionaron al imperio, cerrando el templo de Jano, como diciendo: «Señores, deponed las armas, que ellas están de más.»

Por lo tanto, el mes de Agosto es un mes pacífico, y no gusta de algaradas y motines; por algo algunos escritores le han llamado el de la madurez del año. El hombre, al dar un adiós á la juventud, al acercarse al crepúsculo de su vida, se vuelve grave, serio, pacífico y reflexivo, y el Agosto, al sentir el frío en el rostro, no gusta de cantos de pájaros, de nidos, de galas y flores; se viste de cierta lánguida melanco-

lía y ofrece ricos frutos, buenos y sazonados, que raras veces producen indigestiones y malestar.

Es un caballero pródigo, que le molestan las músicas, las fiestas y las aclamaciones, y su traje es serio, algún tanto usado, y desdeña los colorines, las telas chillonas con que se atavió en la juventud; y preside ó presidía sus actos la juguetona y agraciada Ceres, la hija de Saturno y de Cibeles, la que enseñó á los hombres la agricultura y se pasaba los días en el campo en la recolección de los frutos. Dos personas ricas y ordenadas, que gracias á su laboriosidad hacen todos los años un buen Agosto.

II

Este mes, á pesar de sus larguezas y prodigalidades, era mirado con malos ojos por los poetas latinos. Decían que la canícula, esa hermosa estrella que brilla en el cielo de Europa, que es un astro de primera magnitud y se ve hacia el polo austral, encerraba más males que la caja de Pandora; que su aparición en el firmamento era presagio de toda clase de enfermedades, y que en ningún mes del año el hombre estaba más cerca de la muerte que en el Agosto.

Simpáticos hijos de Apolo, vade retro, no admito vuestras acusaciones y vuestros siniestros epítetos, de los que se hacían eco todas las clases sociales. No, mil veces no. El calor es la vida, es parte integrante de nuestro ser, es la fuerza universal que imprime movimiento y acción á todo lo creado. Sólo en este mes aparecen los *efímeros*, esos hijos del calor, esos maravillosos insectos, que se cuentan á millares y se reproducen y mueren en un día. Levantad la voz, soñolientas cigarras, que debéis la existencia á la canícula, y decid á esos señores poetas que se vayan con sus liras á otra parte, y que si temen la asfixia que se zambullan en el mar.

III

En Agosto el campo tiene grandes atractivos, y es el mes en que el agricultor no se da tiempo de reposo. Ha

llegado la época de la recolección. Al mismo riempo coge afanoso las legumbres propias del estío y siembra las del invierno, que ya se aproxima. No deja de vista los melones y los coloca bajo teja, para preservarlos de la humedad de la tierra; labra por tercera vez las viñas; prepara los sitios á propósito para conservar los sabrosos melocotones y los apetitosos higos; presta al toro la compañía de la vaca, con gran contento de los dos, pues no podían acostumbrarse á una larga ausencia, y siembra las clavellinas y lirios blancos, que serán gala y encanto del prado al sonreir la primavera.

Si en este mes los truenos dejan oir, por vez primera, su aterradora voz, temblad por los peces y otros animales, pues ha llegado la hora de su muerte. Los truenos en el Agosto no amenazan solamente tempestad sino males sin cuento y otras plagas.

¡Pobrecito mes! cuando le dejan en paz los poetas antiguos, lo toman por su cuenta los naturalistas y no le dejan hueso sano. Yo me he preguntado muchas veces: ¿Por qué le tratarán así?

IV

La religión, el más hermoso de los sentimientos, le ha consagrado una de sus más bellas y poéticas páginas. Por eso la Virgen de los Ángeles abre su puerta y San Ramón Nonato le despide. ¡Qué hermosa portera te ha concedido el cielo, respetabilísimo Agosto!

La celestial Señora recibe en este día muchas visitas, y algunas de ellas las debe á San Francisco de Asís. Este santo poeta, entusiasta de los niños y de los pájaros, prototipo de la modestia y de la humildad, que si mucho pecó en su juventud, oró y lloró mucho más en su edad madura, estando un día en fervorosa oración se le apareció Jesucristo, diciéndole que se dirigiese al Papa, quien le concedería una indulgencia plenaria para todos los que, verdaderamente arrepentidos, visitasen la iglesia de la Porciúncula, y Honorio III le concedió al momento esta indulgencia.

¡Quién dijera que aquellas hermosas doncellas que atavia-

das con la mantilla, los ojos bajos y humildes, el paso moderado, la actitud modesta, compungido el rostro, con el ramo de albahaca en una mano y el rosario en la diestra, que entran y salen tres veces de la iglesia en donde se gana el jubileo, fueran las mismas que, alegres, amorosas y expansivas, se las adivina en la velada del día siguiente, en la víspera de Santo Domingo de Guzmán, velando la capilla de su barrio, y ocultas en la sombra probar tiernas y amorosas caricias cantando al mismo tiempo:

«¡Viva María,
viva el rosario,
viva Santo Domingo
que lo ha fundado!»

¡Noches de verbena, de romería y de velaciones, cuántas poesías, cuántos dramas y cuántas novelas picarescas habéis inspirado á la musa nacional; y cuántas y cuántas mozas, que dejaron de serlo en esas fiestas, os recuerdan con vergüenza y con dolor!...

V

La fiesta magna de este mes, la que se celebra con más solemnidad, con más bulliciosos regocijos, con más fervor y entusiasmo, es la de la Ascención de María, que los griegos con su pintoresco lenguaje llaman desde muy antiguo sueño de la Madre de Dios.

¿Recuerdas, querido Prieto, la iglesia parroquial de la ciudad que nos vió nacer, aquel hermoso templo compuesto de una sola nave, en el que recibimos el agua del bautismo y rezamos cuando niños, á la preciosa Virgen recostada en la litera, rodeada de ángeles y bajo un elegante pabellón de damasco y seda, en el día en que la Iglesia conmemora su muerte y su gloriosa Ascención?

Me parece que era ayer cuando mi abuela, llevándome de la mano á visitar á la Virgen, me decía:

—La Virgen María, la madre de todos los mortales, murió en brazos de San Juan, el discípulo amado, como le llamaba Jesucristo, y á quien la había confiado desde la cruz. Pocos

días después de su muerte, un apóstol, no recuerdo su nombre, que volvía de lejanas tierras, suplicó llorando que le dejasen abrir su sepulcro para contemplar sus celestiales facciones por última vez. Accedieron á su súplica, quitaron la losa funeraria, miró el sepulcro, y sólo vió en él algunas flores poco menos que marchitas y una túnica blanca que le había servido de mortaja. La Virgen había sido llevada al cielo por coros de ángeles y querubines, y desde él acoge tus oraciones.

¡Con qué ilusión el hombre en la edad madura evoca los recuerdos de la infancia!

VI

Basta de sentimentalismo, querido amigo. Los aires repiten mil cantares que se escapan de los labios de centenares de muchachas que recogen avellanas por valles y montañas recibiendo los besos del sol. Agosto, caluroso mes, si ocasionaste la muerte de miles de hugonotes en la horrorosa noche de San Bartolomé, que aún recuerda con terror la historia, en cambio, durante tu reinado salió Colón del puerto de Palos en busca de un nuevo mundo; Hernán Cortés pisó por vez primera la ciudad de Méjico; el pueblo de París atacó las Tullerías lanzando al aire el grito de libertad, y nació en Córcega Napoleón I, el capitán del siglo XIX, este siglo notable en tantas cosas.

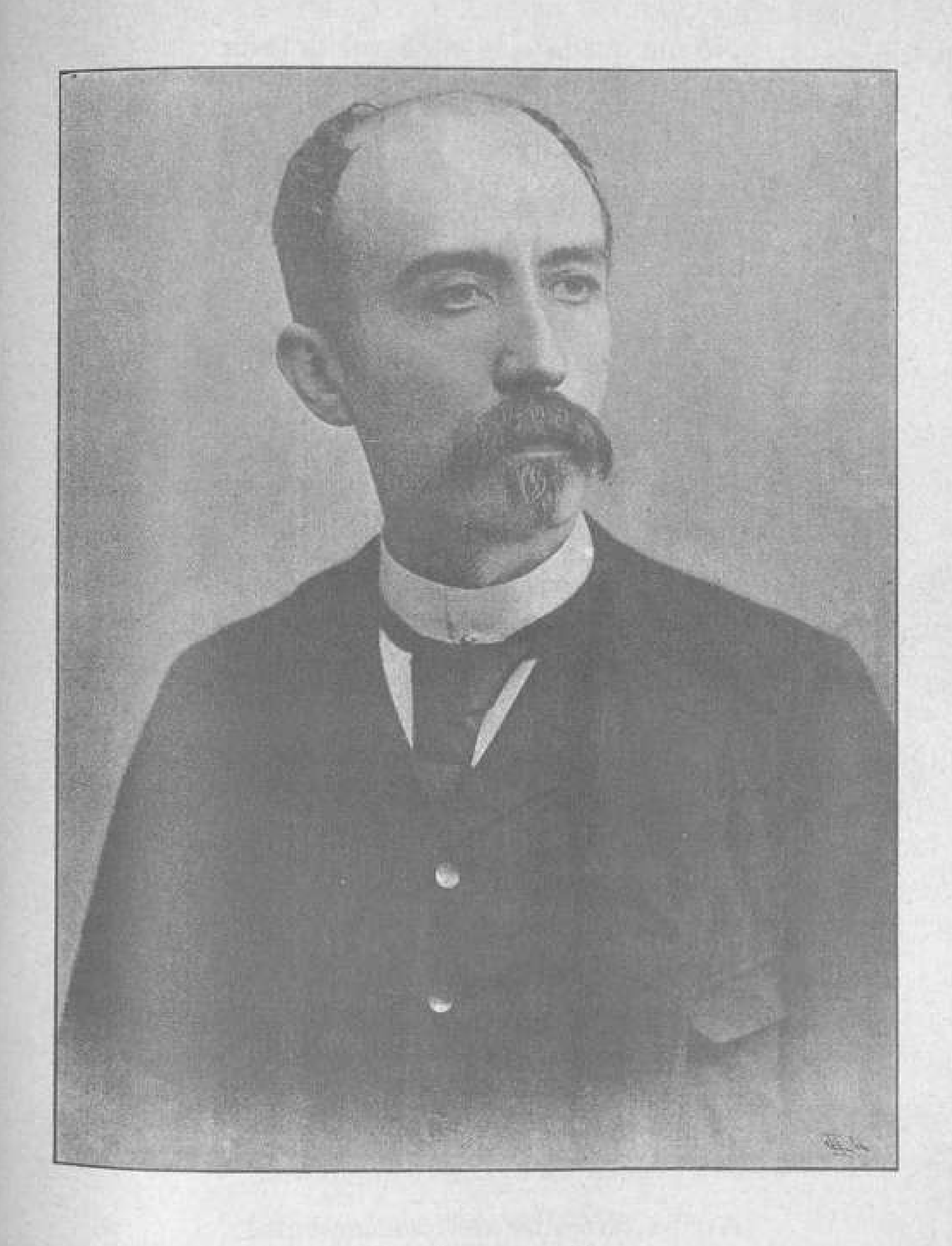
En todo eres grande, octavo mes del año. Tú constituyes la esperanza de los labradores, y cuantos realizan un buen negocio te llevan á los labios exclamando con satisfacción: «Señores, hemos hecho un buen Agosto.»

Francisco Gras y Elías.

EPIGRAMA

El marimacho Teresa
que es *baronesa* asegura,
y hablara con más cordura
llamándose *varonesa*.

Nuestros colaboradores



D. Enrique Freras

REPUTADO CRÍTICO Y LITERATO ESPAÑOL

¡LA GRAN VIDA!

No me queda más alma que la justa
para el servicio humilde del sentido;
que á fuerza de querer he consumido
—¡torpe de mí!—su parte más augusta.

Pero no lo deploro, antes me gusta
vegetar dulcemente embrutecido
sin el alma que tanto me ha dolido,
pues el dolor del cuerpo no me asusta.

Por nada ya mi pecho late á prisa,
ni nada me perturba ó me despierta;
decir á todo «amén» es mi divisa;

y si me asalta la memoria incierta
de todo cuanto amé, lloro... de risa.
¡Qué bien se vive con el alma muerta!

ENRIQUE FREXAS.

Buenos Aires.

¡EXCELSIOR!

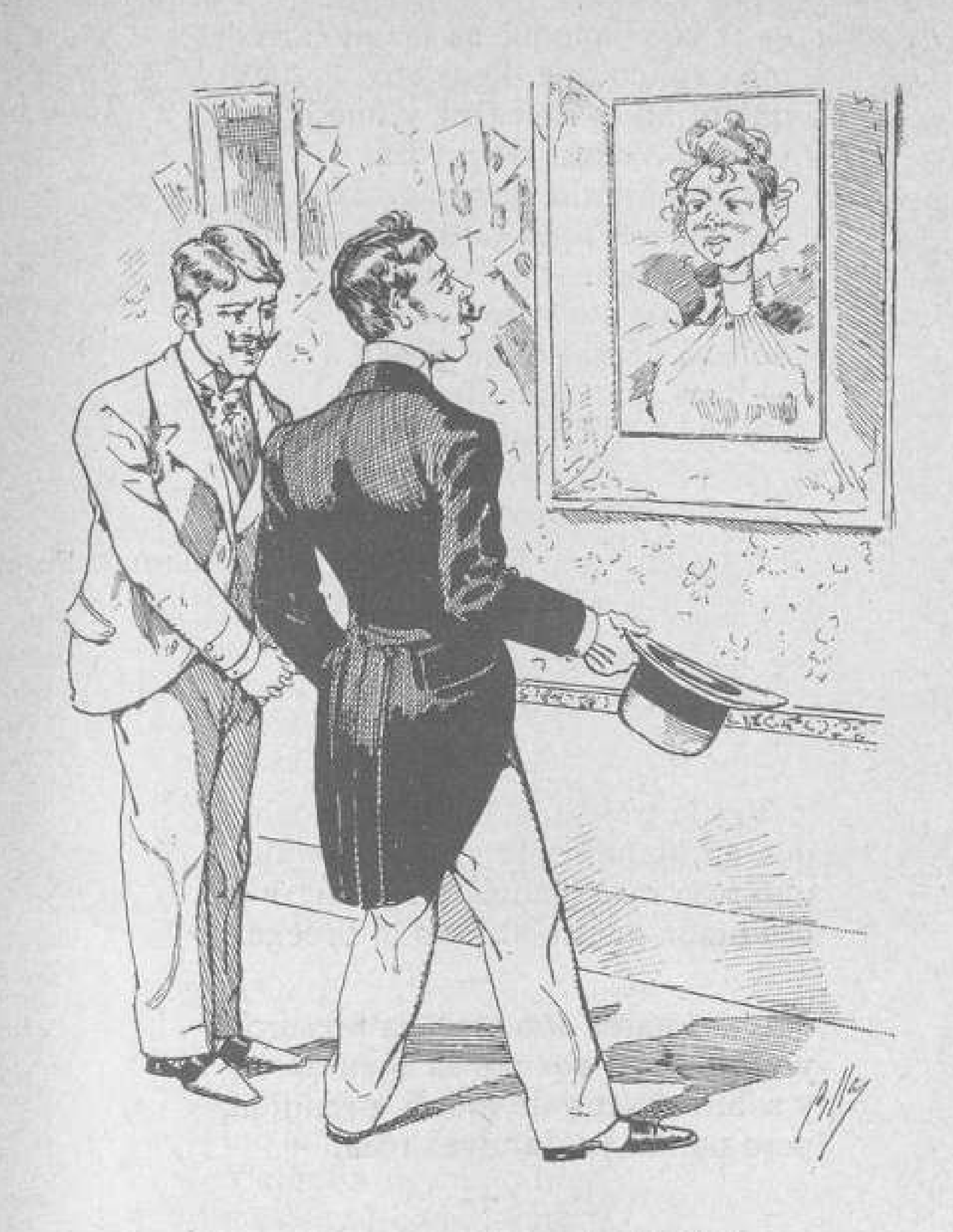
¡Ah! ¡Cuánto he recorrido
en la profunda noche de la vida
con las alas del vértigo en el alma,
la nada abajo, y el vacío arriba!...

—¡Excelsior, luchador desconocido!
La santa fe de tu entusiasmo aviva.
Avánzate al futuro
por sobre los escombros de tus ruinas.
Sólo en la lucha se retempla el alma,
como el metal en el crisol de arcilla.

¡Arriba, labrador del pensamiento!
No es eterna la sombra en que te agitas:
de un trozo de carbón brota el diamante;
pasa la tempestad y el iris brilla;
y tras la noche pavorosa y muda,
en ráfagas de luz estalla el día!...

EDUARDO GREZ.

Chile.—Linares, 1896.



LA MUJER DE PASCUAL

—¡Virgen santa! ¿esa es tu esposa?
—¿No te gusta, Andrés?
—Ni pizca.
—Cierto que es un poco bizca
y otro poco ceceosa...
—Y otro poco mamarracho,
si vale decir verdad.
—Pues con toda su fealdad,
no tuve en casarme empacho;
y soy, en mi hogar tranquilo,
tan feliz con su querer,
que no cambio mi mujer
ni por la Venus de Milo.

—¡Claro! aunque su faz me arredra,
me explico que digas eso,
que al fin es de carne y hueso,
y la tal Venus, de piedra.
Mas, con todo, si algún día
me volviese, por mi mal,
antropófago... ¡ay, Pascual!
no era yo quien te comía.
Sólo al pensarlo me asusto...
—Pues, francamente, no sé
porqué lo dices...
—¿Por qué?
porque tienes *muy mal gusto*.

CASIMIRO PRIETO.

ESBOZO

Vestía traje azul la última noche
que en Mendoza la ví; su seno aleve
una rosa más blanca que la nieve
ostentaba gentil, abierto el broche.

—

La ví pasar con marcha presurosa
y volver otra vez por la avenida,
y sobre el seno de marfil, prendida,
pero pálida ya, la nívea rosa.

—

¡Qué voluptuosa y deslumbrante y bella
con aquel traje celestial se vía!
¡y cómo lentamente se moría
sobre su corazón la rosa aquella!

—

Sus ojos claros, de color de cielo,
posáronse en la flor, la contemplaron
y dos pétalos tiernos, que temblaron,
de su cáliz rodaron hasta el suelo...

—

Pasó otra vez, y entonces con tristeza,
en su albo seno contemplé ondulando
á la pálida flor que iba colgando
como un muerto que inclina la cabeza!

EDUARDO B. RUIZ

Mendoza (República Argentina), 1896.

LAS PRIMERAS NUBES



—¿Por qué, necia, no seguí
de mamá el sabio consejo?
Aunque don Juan era viejo,
me amaba con frenesí.
Y siendo su único bien
y estando con él casada,
hoy, en vez de desdeñada,
fuera querida...
—¿De quién?

EPIGRAMA

—Tu rusticidad da grima,
¿niegas el saludo á Artal?
—Y hago bien, desde que el tal
le tiene en tan poca estima.
—¿En poca estima? lo dudo,
Gedeón.
—Dos veces ó tres
le saludé, muy cortés,
y me *devolvió* el saludo.

LAS DOS MARGARITAS

I

LAMBERTO y Leandro, hijos de unas pobres gentes, no eran felices en el seno de su familia, y resolvieron correr el mundo en busca de fortuna.

A este fin, pusiéronse en marcha una mañana de primavera. Leandro tenía quince años y Lamberto diez y seis; y como eran muy jóvenes, aunque les animaba la esperanza, no dejaban de experimentar ciertos temores con respecto al porvenir. Sin embargo, infundióles ánimo y valor la aventura que les ocurrió al principio del viaje.

Al recorrer la ladera de un bosque, presentóseles una hermosa mujer, cubierta de flores y pámpanos de la cabeza á los pies. Era el hada Primavera, la cual dijo á los dos hermanos:

—Puesto que partís para un largo viaje, quiero haceros un valioso regalo. Tú, Lamberto, toma esta margarita; y tú, Leandro, esta otra. Os bastará arrancar á esas flores uno de los pétalos y lanzarlo al viento, para que en el acto experimentéis un goce infinito, que será precisamente lo que hayáis deseado. Seguid vuestro camino y procurad hacer buen uso de los presentes de la Primavera.

Los dos hermanos dieron las gracias al hada y se pusieron en marcha. Pero al llegar á una encrucijada, se suscitó entre ellos una desavenencia. Lamberto quería tomar por la derecha y Leandro por la izquierda; mas no pudiendo armonizar sus pareceres, resolvieron que cada cual obrara á su antojo, y se separaron después de haberse dado un estrecho abrazo.



II

Al entrar en la inmediata senda, notó Leandro la presencia de una joven asomada á la ventana, y apenas pudo contener un grito de admiración ante aquella hermosura. En su vida había visto un ser tan encantador.

Leandro no vaciló ni un instante, y arrancó uno de los pétalos de su margarita, que se apresuró á lanzar al espacio.

En el acto mismo, la niña de la ventana se hallaba en la calle junto al viajero.

Diéronse los dos las manos, y salieron de la población diciéndose mil ternezas. Anduvieron juntos por espacio de algunos días, hasta que la muchacha exhaló el último suspiro en una tarde de otoño, mientras las hojas, arrastradas por el viento, chocaban contra los cristales, como los dedos de la devastadora muerte.

Leandro lloró por espacio de largo tiempo, pero consolado al fin, vió un día una mujer admirable, vestida de raso de oro, de hermosos ojos y labio purpurino. Lanzó al aire otro pétalo y partió con ella apresuradamente.

Desde entonces pidió á cada instante la realización de un nuevo deseo, anheloso únicamente de conseguir lo que encanta, enloquece y extasía, sin cuidarse para nada de su porvenir y ocupado tan sólo en deshojar su margarita.

III

La conducta de Lamberto fué muy distinta, porque era el mozo un joven económico é incapaz de malgastar su tesoro. Al verse solo en medio del camino, hízose la promesa de no hacer uso irreflexivo del presente del hada. Porque al fin y al cabo, por numerosos que fuesen los pétalos de la flor, llegaría un momento en que la vería despojada de todos ellos, si los iba arrancando por cualquier causa fútil. La prudencia le aconsejaba guardarlos para el porvenir, sin duda con arreglo á las intenciones de la Primavera. En el primer pueblo por donde pasó compró una cajita en extremo sólida, con su correspondiente cerradura, y colocó dentro la flor, resuelto á no mirarla siquiera, para evitar todo género de tentaciones.

No quería mirar á las mujeres, y siempre razonable y metódico, sólo se ocupaba en cosas serias y provechosas. Dedicóse al comercio, realizó buenos negocios y logró acumular grandes ganancias, menospreciando constantemente á los jóvenes licenciosos, que pasan la vida consagrados á los placeres sin tener jamás en cuenta el día de mañana.

Por lo tanto era Lamberto hombre muy entendido y considerado por las gentes honradas, que por unanimidad lo elogiaban, señalándole sus conciudadanos como ejemplo digno de imitación. Y el joven seguía enriqueciéndose y trabajando desde por la mañana hasta la noche. Pero en honor de la verdad, no era tan feliz como hubiera deseado, pues á pesar de todo, pensaba en los grandes goces de que voluntariamente se privaba. Habríale bastado abrir la caja para lanzar

al viento un solo pétalo para amar y ser amado. Sin embargo, refrenaba al instante tan peligrosas veleidades, consolándose con la idea de que le sobraba tiempo para desquitarse luego de sus privaciones.

Nada le importaba esperar, toda vez que la flor estaba intacta en su caja.

Por más que la brisa le murmuraba al oído:—«Arrójame uno de los pétalos de esa margarita para que pueda yo arrastrarlo y para que tengas un momento de solaz,»—el mozo hacía oídos de mercader al misterioso halago, y el viento se alejaba para consagrarse á mover las ramas de los rosales y agitar sobre las mejillas de las mujeres el encaje de los velillos.



IV

Al cabo de muchos, muchísimos años, al visitar Lamberto una de sus fincas, se encontró de manos á boca con un hombre haraposo, que pasaba por el campo.